

DR. JUAN BOSCH MILLARES

MIEMBRO CORRESPONDIENTE

DE LAS REALES ACADEMIAS NACIONALES DE MEDICINA Y DE LA HISTORIA

**CUENTOS
DE
MÉDICOS
CANARIOS**

— LAS PALMAS DE GRAN CANARIA —

Para Manuel Hernandez
Suarez Con todo afecto
Diciembre 1. 1965 Suas Pobsch

CUENTOS DE MEDICOS
===== CANARIOS =====



CUENTOS DE MEDICOS — CANARIOS —

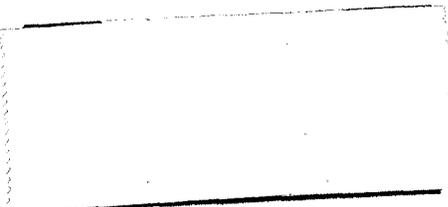
POR EL

DR. JUAN BOSCH MILLARES

MIEMBRO CORRESPONDIENTE

DE LAS REALES ACADEMIAS NACIONALES DE MEDICINA Y DE LA HISTORIA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
Nº Documento.....	469.792
Nº Copia.....	469.796



ES PROPIEDAD

N.º DE REGISTRO GC - 1051 - 65

AÑO 1965 - IMP. MINERVA - LAS PALMAS - DEP. LEGAL G. C. 433

*A mis hijas Encarnación, Isabel,
Dolores y María Cristina, madres
de mis nietos.*

LA Medicina, como ciencia y arte de evitar y curar las enfermedades, no se limita a conocer el dolor humano, en cuanto es sensación molesta y aflictiva de una parte del cuerpo, por causa interior y exterior, ni se reduce a disponer y aplicar los remedios necesarios para hacerlo desaparecer. Su campo de acción se extiende a múltiples facetas de la vida del hombre enfermo, desentrañándolas y poniéndolas en evidencia, pues no sólo trata de poner en acción las condiciones necesarias para que sus funciones se efectúen normalmente, sino que es la única rama de la Ciencia que sabe interpretar sus maneras de pensar, actuar, reaccionar y querer.

El médico, como legítimo representante en la tierra de esta potencia que la vida ha creado, es a la vez el único depositario de los problemas que se plantean en muchos hogares nacidos al calor de sus luchas por la existencia. El, con su experiencia y trato afable y sin ceremonia, despertó siempre la confianza de los que reconocieron, en sus condiciones, los caminos necesarios para depositar con firmeza y seguridad los secretos, bienes y tantas otras cosas que constituyen el fin y objeto de la vida matrimonial.

De ahí que el médico de familia, la más grande institución de la convivencia humana, no puede desaparecer del acervo común, porque ha formado y sigue formando parte de esa fundación constituida por ascendientes, descendientes, colaterales y afines de un linaje y porque al acercarse al hombre enfermo, supo recoger sus sensaciones de la manera más ingenua y cariñosa posible.

Pensemos pues en la serie de sufrimientos experimentados durante su camino, para saber decir, expresar y mantener en órbita a todos los que en él pusieron la integridad de ánimo y disposición del alma para conservar la salud corporal y anímica. Por eso el médico de familia siente llenarse su interior de íntimo gozo, cuando tiene a su lado lo que más quiere en el mundo, pues si el ejercicio de su profesión le entristece unas veces y le alegra otras, al fin y a la postre todas estas manifestaciones del dolor físico y moral, se

traducen en un material de enseñanzas que las páginas de un libro saben guardar amorosamente.

He aquí los motivos por los cuales salen a la luz pública estos cuentos vividos e impregnados de emociones y sentimientos recogidos en la asistencia y trato diario con los pacientes y hombres de ingenio. Sumados ellos a los obtenidos por la música y la lectura, van llenando, unas veces, el corazón de melancolía y profunda congoja y otros, de ritmo vivaz que empuja al hombre al movimiento. Quieren ser ellos, en una palabra, expresión de la reacción que un hecho cotidiano de la vida produce en el alma de algún isleño que sigue siendo, a pesar del ambiente que le rodea, socarrón, humorista y ocurrente.

Se comprenderá, por lo tanto, que no trato de poner de relieve en las páginas que siguen, el alma popular cantada maravillosamente por Pancho Guerra, en sus «Memorias, Aventuras y Cuentos de Pepe Monagas», por los Hermanos Millares en las «Canariadas de Antaño», por el poeta Alonso de Quesada, en las «Crónicas de la Ciudad y de la Noche», por Víctor Doreste, en su «Faycán», «Ven Acá Vino Tintillo» y otras producciones, por Leandro Perdomo en sus «Narraciones Breves y el Puerto de La Luz», por Eduardo Millares Sall en su «Humor Isleño», por Juan Márquez en sus crónicas de Panchito y Pepito», por Orlando Hernández en su «Sancocho» y tantas otras publicaciones, muchas de ellas inéditas, de nuestros escritores de antaño y hogaño.

Con estos cuentos quiero hacer presente la pervivencia médica de nuestra manera de ser, en frases, modismos y palabras que siempre despertaron en los canarios la explosión de la carcajada incontenida, o la risa hecha girones que brota de las caras, cuando lo que nos cuentan es producto del ingenio o de las inclinaciones y usos que forman el carácter distintivo de nuestro pueblo. Díganlo si no, el «Léxico de Gran Canaria», refundido más tarde en el título de «Cómo hablan los Canarios» de los Hermanos Millares y «Al Margen del Vocabulario Isleño», del periodista Jordé.

Y de la misma manera que los médicos del último tercio del siglo XIX y primero del presente, sintieron el influjo del mar, cielo, paisajes y el sonar de las campanas que mecieron nuestra isla apagando su voz hasta concentrarse en sus propios pensamientos, los tipos populares de aquellos tiempos, los que alegraban el ambiente con sus isleñadas, como Roque Morera, Pepe Castellano, Juanito Argumento, Barbariña, Juan el Bóbo, Abelardo, Baldomero,

Guarín, Alejito y Pancho el Bruto entre otros, han ido perdiéndose paulatinamente en la lejanía para hundirnos en la indiferencia y apatía.

Por ello, requerido por el dulce coloquio establecido entre los hombres de buena voluntad que hicieron famosas las caídas del isleño y obedeciendo al amor puro y santo de los que me rodean, espero que estos recuerdos de mi vida profesional reflejados en los «Cuentos Médicos Canarios» que siguen, sean leídos con toda benevolencia y cariño.

LA CHATA Y EL REMOLCADOR

I

En uno de los lugares más hermosos de la isla, por el silencio de su ambiente, el verdor de sus tierras y la belleza de su paisaje, se alza con personalidad propia y orgullo de la función que desempeña en el campo de la Medicina, el Sanatorio Antituberculoso de Las Palmas, conocido con el nombre de «El Sabinal». Erigido con la ayuda del Estado y las cuestaciones públicas obtenidas en la llamada «Fiesta de la Flor», el benéfico establecimiento da cobijo a los que faltos del mejor tesoro de la Vida, sienten cada año renovar el aleteo vivificador de nuestras jóvenes mujeres, cuando prenden y piden, con sus divinas manos también flores, en las solapas del caminante, la simbólica representación de la Caridad humana.

En el sanatorio viven y duermen los que atacados por la peste blanca buscan remedio a su mal y esperanza de recobrar la salud, para volver a ser útiles a la Humanidad. En él viven y duermen, los que imposibilitados de seguir en sus hogares para evitar un mal mayor, se ven obligados a abandonar las camas que les vieron nacer y crecer, abrumados por la tristeza que da la pérdida del dulce halago y encadenamiento a los seres que lo fueron todo durante los años que vivieron juntos.

Para alejar esa tristeza y soledad amarga e indescriptible, para poder saltar al hogar que dio alimento al cuerpo y luz brillante al alma, si la salud retorna, y para evitar ese complejo misterioso en el que entran la ternura, la desilusión y el ansia de desviarse en el remanso de la muerte, fueron creados estos establecimientos benéficos, obra de la ciencia de los hombres, con el fin de que en sus amplias salas llenas de luz, sol y aire purificador, vivan los que necesitan reposo, tranquilidad de espíritu y la precisa confianza para desechar del pensamiento la duda y zozobra que de continuo les atormentan.

Para convencer al tuberculoso, de que su enfermedad es tan humana como las demás y de que hay que poner en su curación las mismas sensaciones y sentimientos de que goza el individuo sano, fueron construidas en ellos, soleadas y extensas galerías, llenas de «perezosas», alineadas como expresión de la convivencia humana, para que durmieran sus siestas, arrulladas por el frescor de la temperatura, el cantar de los pájaros y el tintineo de la gota de agua de la fuente que suena, en la tanqueta, como los latidos del corazón sobre el pecho. En otros, esas largas galerías fueron edificadas para que los enfermos pudieran mirar los paisajes que les brindan estas tierras junto a su mar y su cielo, esos paisajes llenos de factores espirituales, difuminadas reminiscencias y claros recuerdos de la infancia capaces de despertar en el alma, la emoción que hace llorar, sin que se arrugue la cara ni se cierren los ojos. Paisajes en forma de valles y cañadas, que se hunden mansamente en el regazo de las islas sembradas de casas blanquecinas y cubiertas de yedras y veroles, paisajes ásperos y secos de sus cumbres que lanzan al aire prominencias toscas o afiladas, amenazando al cielo con su lento crecimiento, paisajes, en fin, que nos brinda el horizonte en las tardes maravillosas del otoño, cuando el sol al ocultarse, lo hace en una tempestad de colores. En otros establecimientos análogos, esas amplias galerías fueron planeadas para que los afectados por la peste blanca pudieran pasar sus horas de ocio, entretenidos en los juegos de mano, donde los movimientos de sus piezas alejen del cerebro los pensamientos llenos de presagios y desesperaciones.

Y sin embargo, a pesar de estos fines y de que en ellas cuentan con el personal sanitario y benéfico, competente y eficaz, esta gran obra social que se ha llevado a cabo en todas las naciones del Mundo, incomprendido injustamente por sus beneficiarios, ha servido, entre otras cosas, más interesantes, para descubrir la psicología del enfermo tuberculoso, psicología que ha sido objeto de estudio en todos los tiempos por literatos y sociólogos, pues al lado de aquellos en los cuales la enfermedad constituía un signo de oprobio y de vergüenza ante la humanidad traducida en el apartamiento de la sociedad y en el silencio con el que suelen ocultar su mal, existen otros que se muestran indiferentes ante el peligro de contagio, haciendo caso omiso de cuanto les recomiendan sus médicos y familiares, des-

oyendo, al mismo tiempo, los consejos y enseñanzas que les prodigan las autoridades sanitarias de la Nación.

II

Es de repetida observación la existencia de enfermos tuberculosos que desesperados por los largos años de sufrimientos y miserias en espera de una terapéutica eficaz, capaz de recuperarles ante el mundo, poseen el alma ennegrecida y carecen de las ilusiones más comunes de la vida. Están dominados por un sentimiento arraigado de tuberculofobia que les hace ocultar su padecimiento, como si fuera un oprobio el padecerlo y un grave pecado el sostenerlo, hasta el punto de que muchas gentes, al oírlos, no sienten deseos de consolarles y alentarles.

Y si ingresan en el sanatorio para buscar remedio a su mal, la serie de sensaciones que recoge en su interior, sobre todo si el enfermo es inteligente, es campo abonado para despertarle una neurosis de angustia que los hace disconformes e inadaptados. La lentitud con que pasa el tiempo, la monotonía del paisaje visto y repetido diariamente, la necesidad de buscar en el libro el diálogo con sus propios pensamientos, la atmósfera de aislamiento con que suelen envolverse para evitar el trato con los que sufren, moral y orgánicamente, son entre otras causas, las que llegan a destruir las raíces que les unen al mundo físico, y les hace perder la voluntad, las ansias de vivir y los deseos de que sus nombres no desaparezcan en la oscuridad de la ignorancia.

Por eso, hasta hace poco tiempo, se miraba al tuberculoso como un apestado que huía de la gente para ensañarse en la soledad del cuarto, triste, o en el silencio forzado de las salas del centro benéfico, hasta sentirse dominado por el sentimiento de la injusticia que estalla, al fin, en imprecaciones e insultos. Por eso les llega el momento en que faltos de resignación, de evocaciones románticas, de convivencia social y de ilusiones para vivir, se dejan llevar de lamentaciones, de desengaños, de disconformidad ante el destino y se revuelven con ironía y rebeldía hacia lo que les rodea, convirtiéndose en personas de carácter agrio, inadaptados y resentidos contra sus

semejantes y el poder divino. El tuberculoso piensa en la vida entera que pudo haber sido y que no fue y por esto, por lo que pudo haber sido y ya no será, es por lo que todo lo que le rodea y pueda rodearle en la posteridad, le tiene sin cuidado. Al fin y al cabo este grito de rebeldía que le hace imprecator contra lo estatuido y de que está más lejos de nosotros, es la voz que le da origen al nacimiento del rencor y a su conversión en hombres llenos de amarguras.

A pesar de todo, el sanatorio fue creado para ayudar a la curación de estos seres que, no obstante los sentimientos que los embargan, se avienen a confiar en su total curación, porque la ciencia y la medicina trabajan de continuo para lograr la desaparición de este mal, llamado peste blanca, que cada día cuenta con menos prosélitos donde poder anidar y evolucionar.

III

En camas contiguas descansan sus cuerpos. dos enfermos naturales del Puerto de La Luz, víctimas hace un año, de tuberculosis pulmonar. Amigos de la infancia, lo siguieron siendo en la juventud, no solo porque los unía un entrañable afecto, nacido al calor de la vecindad, sino porque habían elegido el mismo oficio.

Avezados al mar, mirando de continuo las aguas azules del Océano, sintiendo en sus fauces el olor de sus mariscos y extasiados ante el espectáculo que les regalaba diariamente el puerto con la entrada y salida de buques, lanzando al aire el blancor de sus velas o el negro humo del carbón encendido y quemado en sus entrañas, nuestros dos personajes ocuparon plazas de marineros en la goleta «Los Tres Hermanos» dedicada a la pesca en las costas africanas.

Pero un día, ¡oh triste día! acuciados por la tos, la falta de apetito y el adelgazamiento, tuvieron que solicitar su ingreso en el Sanatorio por consejo de sus médicos y familiares. Uno de ellos llamado Chanito Siverio, conocido en el barrio de su nacimiento con el sobrenombre de «Rapadura», en atención a su dulce manera de hablar y a la forma de su cuerpo, más ancho de caderas que de pecho, era pequeño de tamaño, melindroso para las comidas, amigo de juergas y entusiasta partidario del ron y similares, porque decía «era bebida

que en el verano refresca y en el invierno calienta». El otro, roncote de pura cepa, Marcialito Pérez, más conocido en el argot mariner por el apodo de «Trafalgar» en atención, recuerdo y admiración a la gran batalla naval que en tiempos de Carlos IV dieron muestras de inestimable valor, nuestras naves y marinos españoles, era, por el contrario, alto, delgado de aspecto rudo, voz bronca, áspera y perezosa como corresponde al isleño que adora al dios Baco, sobre todo si le sirven el aguardiente de la isla de Cuba que lleva por marca «El Ancla».

Chanito y Marcialito, después de pensarlo mucho, ingresaron en el benéfico establecimiento para someterse al tratamiento que les había aconsejado el Director, porque tenían la confianza y esperanza de que con los puros aires que allí se respiraban, los buenos alimentos que repartían, los medicamentos que recetaban y la ayuda de Dios, pronto recuperarían la salud perdida, para volver, otra vez, a las faenas de la pesca y gozar del viento y del mar, elementos que enseñan a los hombres a luchar y hacerse fuertes.

De esta manera pasaban los días y las noches en comunidad con todos sus compañeros, esperando el paso de las horas, mirando el verdor del paisaje y sintiendo como luchaban la Vida y la Muerte en aquellas amplias salas, mientras los enfermos se quejaban o ardían en fiebre. Chanito y Marcialito se consolaban en sus coloquios pensando que ellos, a diferencia de los restantes enfermos, lograrían su curación, pues no habían olvidado que los médicos les habían dicho que la *nemia en el pulmón* que cada uno padecía, era solo una sombra comparada con la de aquéllos.

Así las cosas y mientras las hojas del almanaque se pasaban en silencio marcando la fecha del mes, una noche, Chanito tuvo más tos que otras veces y no pudo conciliar el sueño. Tos pertinaz, seca y rebelde que sonaba en el ambiente de aquella mansión con toda la intensidad metálica del clásico cujum-cujum que tanto carácter da a las toses espasmódicas del isleño, tos violenta y ruidosa que en uno de los esputos expulsados dio origen a la aparición de unas manchas de sangre. Observarlas Chanito en la semioscuridad que inundaba la sala para que nada impidiera el sueño de los demás, y quedarse de una pieza, fue todo uno, a tal punto que no era para descrita la cara que puso, en un instante, ante aquel espectáculo.

Comenzó a temblar como un niño, sus mandíbulas castañetearon de pánico y un sudor frío corrió por todo su cuerpo. Fue tal la sorimba y el susto que se apoderaron de su organismo, que no se atrevió a moverse de la cama, al recordar los consejos que daba el Médico-Director cuando, en otras ocasiones algunos de los enfermos tenían hemorragias. Y en estas circunstancias, mientras hacía reposo absoluto para no quebrantar su naturaleza, empezó a notar que en su vientre se despertaban sensaciones extrañas y deseos irresistibles de visitar el cuarto número cien.

Ruidos de tripas, dolores en forma de retortijones y sudores que bañaban su cara en esta lucha de dar paso a su contenido y de aguantarlas para no moverse, le hicieron apretar, con todas sus fuerzas, el botón del timbre que pendía de la cabecera de su cama.

Esperó ansioso a que alguien acudiera a su llamada y cuando Sor Margarita, que pasaba por el pasillo rezando las oraciones de la noche, seguida de su cortejo de batas blancas, inquieta y presurosa hizo acto de presencia ante nuestro protagonista, le preguntó temblorosa y en baja voz para no despertar a sus vecinos.

—¿Qué le pasa Chanito, le ha caído mal la cena?

—¡Hermanita —le respondió en tono suplicante— necesito la chata para hacer una necesidad.

Inmediatamente le fue colocada por el personal auxiliar que acompaña siempre y hace guardia al lado de la Hermana de la Caridad y aquello ¡fue Troya! El pobre Chanito descargó su mercancía en compañía de sonoros ruidos y gases mal olientes que fueron invadiendo poco a poco el aire de la sala, hasta saturarlo de animalidad profunda y características inconfundibles.

Mientras esto sucedía y Chanito gozaba con aquel alivio sobrevenido después de vaciado su cargamento, el olor que volaba, sin alas, por aquellas capas atmosféricas llegó a la pituitaria de «Trafalgar», que, ajeno al espectáculo sucedido, dormía profundamente esas primeras horas en que el cuerpo se aísla del mundo para entregarse al ansiado descanso. Pero como todo llega en la vida, también llegó el momento en que penetró en las fosas nasales de Marcialito aquel gas deletéreo que comenzó a ejercer su acción y dar señales de vida, haciéndole mover primero el cuerpo, después los párpados y última-

mente los labios de su boca, pronunciando entrecortadas y medio en sueño, las siguientes palabras:

—¡Foóss... consio... que jíéé! Y al darse cuenta de lo que veía, esperó pacientemente a que su compañero terminara de hacer operaciones. Y como pasaran diez, veinte, treinta minutos, sin que Chanita diera señales de terminar y la chata seguía en su sitio, «Trafalgar», desesperado y ahito hasta la saciedad de aquella atmósfera que seguía perturbando su sentido del olfato, al darse cuenta de que «Rapadura» no hacía de su parte cuanto debía para despejarla, tocó rápidamente el timbre de su cama y esperó la llegada de la Hermana. Y mientras ésta acudía y Marcial se sentaba en la cama, un tanto nervioso y molesto Chanita, con voz apagada por el temporal que estaba pasando, le dijo:

—¿Qué te pasa Marcial?

—¿Que qué me pasa, jinojo? Que le voy a decir a Sor Margarita que mande a buscar un remolcador, porque la chata se ha encallao.

EL REY... DE COPAS

I

A mediados del siglo XIX, nuestra isla, que había mantenido su supremacía política y mercantil sobre las demás del archipiélago, había sufrido muchos desengaños por la tiránica lucha que sostenía con ellas y con los gobiernos que se sucedían en la Capital de la Nación.

En esta situación, los ánimos de sus habitantes no decayeron un instante apesar de que le amenazaban nuevos despojos, pues el patriotismo estaba tan arraigado en el corazón de los grancanarios, que bastaba solo la voz impulsora de uno, para que los demás, en esa santa unión fraternal de que tanto se alardeó y se hizo gala, respondieran con el mejor deseo y fe en el triunfo.

Esta santa unión fraternal fue el origen del llamado Casino de Las Palmas, que dos hombres ilustres, D. Antonio L. Botas y D. Juan E. Doreste, fundaron el día primero de marzo de 1844 con la denominación de «Sociedad El Gabinete Literario y de Recreo de Las Palmas». Establecido en los salones situados en la parte occidental del edificio que ocupó el teatro Cairasco, tuvo, como fines principales, los de proporcionar a sus socios la lectura de periódicos nacionales y extranjeros, de obras de instrucción y gusto y de contar con lugar adecuado donde reunirse en agradable y culto pasatiempo.

El 9 de septiembre siguiente, se reformaron sus estatutos y se la tituló «Sociedad Literaria, Artística, de Fomento y Recreo de Las Palmas». Con arreglo a los mismos, se dividieron sus objetivos en cuatro secciones y éstas a su vez en varias subsecciones, a fin de abarcar las múltiples facetas del saber humano. En efecto, la primera o científica lo estaba en morales, exactas y materiales, la segunda en literatura, pintura, escultura y arquitectura, música y declamación, la tercera en instrucción pública, beneficencia, agricultura, industria,

comercio y obras públicas y—la cuarta en lectura, juegos lícitos y reuniones.

En los años transcurridos desde su fundación hasta el 51, la laboriosidad, y constancia de sus socios, el generoso desprendimiento y la abnegación admirable traducida en las cantidades recaudadas y en los asombrosos proyectos llevados a cabo, fueron muestra de la honrosa y gigantesca historia de esta benemérita Sociedad, que con la ayuda de la Subsección de Declamación, cubrió en pocos días las desnudas paredes del teatro Cairasco, con seis decoraciones pintadas por don Manuel Ponce de León. Se representaron además, muchos dramas y comedias que produjeron crecidas cantidades, siendo de destacar las que escribió el ilustre patricio D. Agustín Millares Torres, autor consagrado en el ámbito local.

Con el dinero recogido, se abrió el famoso Colegio de San Agustín, centro de donde brotaron las más claras inteligencias que habían de dirigir los destinos de la isla, pues fue el fecundo origen de la legión de varones ilustres que más tarde constituyeron la gloria y honra de nuestra patria. Tiempos después, se estableció una Caja de Ahorros y de Socorros destinadas a mejorar la precaria suerte de las clases artesanas y un Asilo de Mendicidad, en el exconvento de Santo Domingo, para remediar la escasez y carestía de los artículos de primera necesidad entre los menesterosos que se arrastraban por las calles, y proporcionar cuantos recursos precisaban para curar y remediar sus dolencias.

El arte musical languidecía a pasos agigantados y como amenazaban desaparecer las amenas tocatas que se oían en determinadas partes de la Ciudad, el Casino compró todo el instrumental de una banda de música que bajo la dirección del profesor D. Manuel Rodríguez realizó notables progresos en pocos meses. Así mismo atendió al miserable estado de las cárceles y de sus presos, con importantes reparaciones y provisión de camas y abrigos para los pobres encarcelados. De la misma manera contribuyó a la terminación del paseo de la Alameda y al arreglo de la Plazoleta de Cairasco que estaba aún llena de escombros.

Por todo lo expuesto y dicho en pocas palabras, no se puede menos de exaltar la labor de aquellos ciudadanos que movidos por la inquebrantable fe del triunfo y el cariño sin límites rayano en verda-

dero sacrificio y holocausto a su pequeña patria, supieron borrar obstáculos, suavizar disidencias y unirse en el firme lazo del amor, en un solo y único Centro. Fe en el triunfo, cariño sin límites y sacrificio que supieron legar a todos los miembros de las juntas directivas sucedidas desde dicha fecha, hasta nuestros días.

II

Esta Sociedad está llena de recuerdos, anécdotas y sucesos políticos. Su historia y su vida han ido aparejadas a la vida e historia de la isla de Gran Canaria. Cuantos personajes nacionales han pasado por la Ciudad, han dejado rastro en la opinión y resoluciones tomadas por sus dirigentes. Cuantas e importantes determinaciones se han tomado en el seno de las Corporaciones públicas de la isla, han sido estudiadas perfectamente después de haberse oído la palabra y el pensamiento de los patricios que administraron las ideas y los fondos de esta centenaria Sociedad. No es posible hablar de la tierra canaria, sin que salga a la palestra pública, la influencia que sobre ella ha ejercido el «Gabinete de Las Palmas», y por lo tanto, toda manifestación de la vida ciudadana ha tenido como ejecutor un personaje que se ha distinguido como hombre de humor, crítico, científico, artista, literato, y demás facetas del entendimiento humano. No podía faltar, por lo tanto, la figura popular que dejó huella de su ingenio y manera de ser en las tantas ocasiones que se presentaron durante el bregar diario en la lucha por la vida.

III

Por las calles de nuestra Ciudad pasea desde las primeras horas de la mañana, sino le han cogido las últimas de la noche, nuestro gran amigo el barón de Malpica. Con su cabeza calva como una calabaza real, su americana tallada y cruzada sobre su adiposo vientre, su mirada inexpresiva, pero muy suya, y su voz un poco rasgada por las inclemencias del tiempo y la mala calidad de las bebidas espirituosas, nuestro Barón camina y camina dirigiendo sus pasos hacia las

estaciones que alegran su alma. Porque para nuestro isleño amigo, una buena copa del más sabroso vinazo, era manjar que activaba la circulación de su sangre, consolaba las tristezas románticas y daba expansión a sus fundamentos e ideales políticos.

Malpica, popular ejemplar de afectuosos recuerdos en nuestra tierra amada, saludaba con su típica manera a cuantas personas se cruzaban en el camino dejando a su vez huella imborrable de su ingenio, en las páginas de un libro escrito durante las horas trágicas en que nuestra madre patria necesitaba del humor y confianza de sus hombres.

Tuvo siempre, en su vida, dos debilidades, la de su acendrado monarquismo, enfervorecido en los tiempos de la segunda República Española y la de su gran simpatía por el llamado palo de copas cuando jugaba a los naipes, simpatía que le llevaba de la mano, a pesar de los pesares, a cobijarse en el bar del Casino, donde daba rienda suelta a sus sentimientos y opiniones. Hay que confesar con la mayor nobleza, que nuestro barón al acercarse a las cantinas del bar, hotel o cafetería que frecuentaba casi diariamente, sentía una rara inquietud en su cuerpo, pletórico de tropismos espirituosos, que le hacían claudicar su voluntad y fortaleza, ante la presencia de una copa llena de ese licor alcohólico que se obtiene del zumo de las uvas fermentadas y que variaba, en su contenido, según tuviera apetencias, cada día, por el pardillo, el peleón, el seco o el tintillo.

Y ante el peligro, nuestro amigo, no dudaba en pecar, pecar y volver a pecar. Porque es lo que él decía: al as de copas, añadiéndole uno, le sigue el dos, a éste a su vez y de la misma manera le sigue el tres y cuando en la escala progresiva llegaba al caballo, era dominado por un mar de confusiones que le hacía titubear si el que le seguía era el rey de copas, u otro caballo de capa y espada. Y entonces Malpica gesticulaba, accionaba, hablaba con arrastre, runrunneaba alguna canción y seguía bebiendo para afinarla. Ello, sin embargo, no fue obstáculo para darse cuenta de que sus acompañantes vencidos por el terrible veneno de la vida, iban cayendo uno a uno por la acción del tiempo y del espacio. Ni encontraban obstáculos para mantenerse en pie, ni se daban cuenta de la marcha del reloj. Al observarlos víctimas del dios Baco, Malpica, arrugaba el entrecejo, achicaba sus ojos y fijando la mirada en las personas que le

atisbaban y le seguían, sin exclamar palabra ofensiva y molesta, decía levantando sus brazos en alto:

—¡Viva el Rey... Rey... y Rey!

Acto seguido, como el poeta, miró al soslayo, fuese y no hubo nada.

IV

Una de las clásicas fiestas celebradas en sociedades y casas particulares que tenían un alto sentido de finura y distinción, perdidas con el andar de los años, fueron los Carnavales, comenzadas en cada uno de ellos el día de la Concepción e iniciadas con comparsas, donde las máscaras eran recibidas hasta avanzadas horas de la noche, con el afecto y curiosidad que produce siempre lo desconocido. Lo que daba carácter a estas fiestas, lo que hacía palpitar el sentimiento popular era la alegría del ambiente, la plena confianza en el respeto y la absoluta prodigalidad de armonía y amistad. Desde las primeras horas del mediodía, se constituían grupos de personas amigas, enmascaradas con sábanas, disfraces y caretas estrambóticas, que al dar rienda suelta al buen humor, saludaban, daban bromas y cantaban falsificando la voz para no ser descubiertas.

De esta manera, las calles se llenaban de personas hasta impossibilitar la marcha y todas las casas permanecían abiertas durante el día y altas horas de la noche, para dar la bienvenida a cuantos individuos se decidían a entrar en ella. Se improvisaban bailes al son del piano que dejaba oír sus melodiosos vales, alegres polkas y acompañadas mazurcas, o al de la guitarra cuyos sonos lanzaban al aire el deje sentimental de la isa canaria, de la malagueña o de la seguidilla. Ya se sabía que todas aquellas visitas eran agasajadas por sus dueños con la copita y el dulce, sobre todo si de las familias formaban parte alguna dama casadera y cuando los visitantes creían llegado el momento de molestar, se despedían un tanto alegres, para trasladarse a otro sitio, donde los dueños, para descubrirlos, no cesaban de olfatear desde los zapatos al peinado, en busca de algún dato que les diera luz en aquel misterio.

No llamará la atención si se añade, que estos días eran aprovechados por los tímidos para acercarse a las personas objetos de sus preferencias, cruzar con ellas unas cuantas palabras y saber si el falso nombre dado tras de la careta no llevaba otro fin que el de conocer la reacción de la dialogada al descubrirse en la conversación sostenida su verdadero nombre. De esta manera se sucedían los tres días, sin que ningún acontecimiento entristeciera la vida. Por el contrario, si alguna persona quería dar expansión a sus ideales políticos o a sus sentimientos, lo hacía con frases finas, sin herir susceptibilidades ni producir enojos. Y era curioso también saber que a las doce de la noche del martes, toda la Ciudad quedada sumida en el más sepulcral silencio.

V

Otro de los acontecimientos dignos del mejor recuerdo, y que los que frisamos canas no podemos olvidar, fueron las manifestaciones populares que tenían lugar en la Ciudad, cuando llegaban noticias de Madrid o Santa Cruz de Tenerife, contrarias a la obtención de la división de la provincia. Este pleito mantenido desde años antes, por las dos islas mayormente pobladas del archipiélago, hizo, en muchas ocasiones, que los ánimos se enardecieran de tal manera, que era tema obligado sobre las diferencias que teníamos con la isla hermana los numerosos artículos que se publicaban en la prensa de Las Palmas. Bastaba simplemente que las campanas de la Catedral tocaran a rebato y que los voladores explotaran en el aire grancanario, lanzados desde las azoteas del Casino, para que el pueblo acudiera entusiasmado a organizarse en manifestaciones callejeras, en señal de protesta contra lo que se tramaba o impedía. Los caminos de la Ciudad parecían hormigueros de personas de todas las edades y clases sociales que, obedeciendo a la voz de mando de la juventud, emprendían la marcha a pasos vibrantes, cantando el famoso himno de la División de la Provincia que solo el triunfo logrado al obtenerla, después de tantos años de lucha, consiguió grabarlo con letras de oro en las páginas de la historia.

Malpica, como otros jóvenes patricios entre los que se contaban varios médicos ya fallecidos, encabezaba la manifestación lleno de pasión y alegría, precedida por la banda de música municipal que el alcalde ponía a disposición del pueblo. Con voz áspera, bronca y hombruna, lanzaba a los cuatro vientos, medio desafinado, los versos inolvidables:

*Arriba Gran Canaria,
alerta y despertad,
que se oye allá a lo lejos
la voz de libertad.*

*Fuerza y poder tienes de sobra
para vencer,
falta una cosa,
falta querer.*

*Luchar, luchar,
luchar hasta vencer.*

*Bajo tus fuerzas
los férreos lazos,
caigan deshechos
en mil pedazos.*

*Guerra al tirano
que viene ya
la nueva era
de la libertad.*

Implantada en España la segunda República, se celebraban en el Casino de Las Palmas, las fiestas correspondientes a los primeros carnavales del año 1932. El patio de la Sociedad rebosaba de público constituido por sus socios e invitados, cubiertos los rostros y cuerpos, por las caretas o sábanas plegadas, o por trajes de calle. La animación y alegría eran extraordinarias porque se seguía creyendo en los buenos deseos de los dirigentes políticos encargados de la gobernación del Nuevo Estado.

—¿Me conoces, mascarita?—, era la frase obligada ante el encuentro de dos personas que se ocultaban detrás de las máscaras, más o menos pintarrajeadas y más o menos impresionantes por la

fealdad y desarmonía entre sus dimensiones. La orquesta no cesaba de tocar su repertorio, escogido de antemano, y las parejas se deslizaban rítmicamente, a lo largo del patio principal, contándose sus proyectos, sus sentimientos y sus amores contrariados.

Como era de esperar, el Barón de Malpica hizo acto de presencia, en el estado a que he hecho referencia y sus amigos medio templados, le invitaban a seguir adorando al dios Baco. Con estas dosis sobreañadidas y excitado por algunos médicos que le acompañaban y hablaban de los efectos fisiológicos del alcohol, empezó a sentir que sus convicciones monárquicas se encendían, y que el silencio, guardado forzosamente desde hacía unos días, estaba resuelto a manifestarse de un modo violento. Entonces cogió entre sus manos una copa de las que repartían los camareros de la Sociedad, y como pellizco que aprieta las carnes y hace chillar, alzó su brazo en alto y ante el asombro de los concurrentes, dijo sin poder terminar:

—¡Viva el Rey... el Rey!

Pero al darse cuenta de la actitud enérgica con que se acercaban los directivos dispuestos a cerrarle la boca y otras cosas más, y al hacerle ver sus amigos la responsabilidad en que incurría, ya que el buen vinazo no le había, en aquella ocasión, vencido, añadió sin titubeos:

—¡El Rey de Copas!

Y es claro, satisfechos los asistentes con la solución inesperada, respirando a sus anchas, se retiraron de aquel lugar. Mientras esto sucedía, el Barón continuó riéndose para sus adentros, achicados sus ojos y arrugado el entrecejo, sin dejar de pensar en lo fácil que es engañar, cuando se tiene alegre el alma, después de haber saboreado a gusto, el mejor producto obtenido de la uva fermentada.

¡LAS DOCE...!

I

El pueblo de Las Palmas hasta hace unas décadas, fue siempre entusiasta del teatro en todas sus manifestaciones artísticas. Basta leer la prensa publicada en los tiempos de nuestros abuelos y padres, para darnos cuenta de la importancia que daba su cuerpo de redacción, a los artículos firmados por sus críticos, sobre la bondad o fracaso de la obra presentada, sobre el mérito pictórico de las exposiciones de cuadros y dibujos, o sobre la categoría intelectual del disertante, en cuantas conferencias o veladas se pronunciaban en los salones de las sociedades culturales. Recordemos a este propósito dicho sea en honor de nuestros antepasados, que por el escenario del teatro Tirso de Molina desfilaron los mejores cantantes y artistas del mundo, por su dramatismo y comicidad, hasta hacer las delicias del público durante muchas temporadas inolvidables.

Esta afición, este gusto, esta atracción por cuanto es capaz el arte de amansar los espíritus y de proporcionar al alma el goce que vibra y vive al socaire de las bellezas que encierra, comenzó a despertarse en Las Palmas a mediados del siglo pasado. Por entonces, tuvo lugar un hecho que alcanzó características de resonancia en el ámbito de la Ciudad, pues ordenada que fue por la Junta de Gobierno constituida en Las Palmas, a raíz del alzamiento nacional contra la regencia de Doña María Cristina, la demolición del convento de Santa Clara de San Bernardino del Sena y las casas colindantes situadas en la parte Sur de la iglesia y convento de San Francisco, los solares resultantes quedaron separados por una calle que los atravesaba en dos anchos espacios. Uno de ellos, de forma rectangular, fue ocupada por la Alameda, gracias a la generosidad y patriotismo de los canarios que le dieron entrada por la Plazoleta de San Francisco, merced a una portada limitada por dos grandes pórticos de cuatro columnas que sostenían sendas y decorativas estatuas.

Fué el primer paseo público de la Ciudad, al que acudían las personas que necesitaban descansar y silenciar sus preocupaciones alejados del ajetreo de la vida. Así mismo, los niños al cuidado de sus madres o criadas de confianza y los enamorados que, por timidez o miedo a los comentarios de las familias, no se atrevían a hablarse en la calle o en las casas de las amigas. Llenábase de público durante la Semana Santa cuando sus tronos desfilaban por las vías de comunicación de la Ciudad, o cuando un acontecimiento político tenía lugar, pues, por entonces, la simple llegada de un buque era novedad que levantaba la idiosincrasia de los isleños.

El otro espacio fue ocupado por el teatro llamado Cairasco, en honor del canónigo D. Bartolomé Cairasco de Figueroa. Fue debida su construcción al proyecto concebido, en parte, por D. Santiago Barry y D. Esteban de la Torre, maestro de obras, y su inauguración tuvo lugar el año 1845, con la puesta en escena de la comedia de Zorrilla, «Cada cual con su razón», regentada por la Sección Dramática de «El Gabinete Literario y de Recreo». Tenía cabida para quinientas personas y ante él se llevó a cabo la obra de la plazoleta donde fue colocada, más tarde, la estatua que la Ciudad erigió en recuerdo del eximio poeta.

II

Las compañías de óperas que tanto entusiasmo provocaron en los canarios hasta el punto de que llegaron a formarse grupos partidarios de las voces de sus primeras figuras, se sucedían con relativa frecuencia, no solo en el teatro mencionado, sino en el edificado después, con el nombre de Tirso de Molina. Más tarde, en el 1873, existieron en Las Palmas dos sociedades que se disputaban el dominio de la inteligencia sobre las demás facultades del alma, con los nombres de «El Liceo» y «La Tertulia», las cuales rivalizaron en suntuosidad y concurrencia a las representaciones del Arte, pues ambas contaban con sus cuadros de aficionados.

En el año 1879 se inauguró el nuevo teatro a que antes me refería, llamado Tirso de Molina, situado en el mismo sitio donde lo está hoy el Pérez Galdós, con una compañía de ópera, que puso en

escena «El Trovador» de Verdi, teatro que ocupó toda una vida de tranquilidad política y de prosperidad de la isla con su gran Puerto de La Luz al Norte y su rica agricultura extendida por sus campos. No está de más recordar, que por su escenario desfilaron las primeras figuras del arte dramático y cómico español, casi todas ellas desaparecidas y en su recinto se despertaron las más grandes sensaciones y emociones que el alma humana puede experimentar. El teatro, en todas las temporadas de arte se llenaba en sus más importantes localidades, por las numerosas y entusiastas familias de Las Palmas que no dudaban en distraer sus ratos de descanso, después del ajetreo y descanso diario llevados a cabo con tesón y entusiasmo ejemplares. Por entonces, no existían problemas sociales ni reglamentación en el horario de trabajo. Las gentes laboraban de sol a sol y las actuaciones teatrales tenían lugar por las noches, hasta que un día, el día 18 de Julio de 1918, las llamas, en un voraz y sorprendente incendio, terminaron con el edificio que tantas emociones despertó entre los aficionados y tantos recuerdos dejó entre los que aún vivimos.

Con su desaparición, se produjo un c lapso en la vida artística de la isla a pesar de que hacía unos años estaba funcionando el llamada Circo de Cuyás, situado en la calle Viera y Clavijo y en el mismo lugar donde está actualmente el que llevó su mismo nombre. Destinado al comienzo de su fundación, a la proyección de películas cinematográficas mudas que se daban al público en varias noches sucesivas por su largo metraje, constituyeron las delicias de los ciudadanos y de los estudiantes del bachillerato, en particular, porque todas ellas distribuidas en serie, se desarrollaban en un ambiente de carreras, saltos, peleas, tiros y demás manifestaciones del vigor humano. El local era un barracón de madera constituido por pilastras y tablas colocadas a manera de escaleras y sobre ellas, la alegre e inquieta juventud que al impacientarse por la espera, gritaban: «¡Apaga la luz, Isidoro!» Y el mecánico, invisible, obedecía las órdenes con la más dulce sumisión. Otro voraz incendio, tenido lugar años después, le hizo desaparecer en una noche memorable, que puso en pie a los habitantes de la Ciudad, iluminada por aquella inmensa hoguera. Poco después fue construido, también en madera, y sirvió de testigo a la isleñada que a continuación se relata.

III

Inaugurado el segundo Circo de Cuyás, sus dueños y empresarios, en el deseo de atender a gran número de habitantes de la Capital que así lo manifestaban, alternaban las funciones dedicadas al cine con las representaciones de algunas compañías de comedias, revistas y variedades. Por regla general se daba paso durante el año a dos temporadas, una que tenía lugar en el invierno y otra en la primavera. En el resto de los doce meses proyectaban películas habladas y se celebraban conciertos de música, aprovechando la estancia en estas islas de algún pianista famoso.

El Circo de Cuyás ubicado en el mismo sitio que hoy ocupa el actual, estaba formado por un círculo de madera sobre el cual apoyaba el graderío constituido por tablas anchas que en forma de escalera servían para alojar al público. Este mal llamado gallinero, se distribuía en seis filas y se extendía desde la parte izquierda del local a la derecha, en forma de concha. Circundado por él se encontraban dos series de palcos, una detrás de la otra, donde se sentaban las familias conocidas de Las Palmas, y el patio de butacas en un plano horizontal, mirando al escenario levantado en alto para la mejor visión de los espectadores. El telón formado por cortinas de cierto grosor, se abría para los lados, a fin de dar mayor amplitud al lugar donde se verificaban las representaciones. La orquesta se destacaba por sus tocatas románticas y las lámparas diseminadas por los distintos lugares del local, alumbraban mortecinamente el espacio circunscrito.

Al igual que otras veces, la inauguración de la temporada de invierno revistió en la Ciudad caracteres de novelería y curiosidad, pues estando en construcción el nuevo teatro Pérez Galdós y no existiendo otros locales más o menos confortables y capaces de entretener al público, la gente acudía al Cuyás, como se le llamaba popularmente, ávidas de espiritualidad y deseo de pasar unas horas, libre de las preocupaciones del trabajo diario.

IV

Por aquella fecha dispusieron las autoridades de la isla, que el cenit o mediodía fuera señalado para todos sus habitantes, por el estampido de un pequeño cañón colocado en el punto más alto de la cresta que circunda la Ciudad, precisamente en el sitio conocido con el nombre de «Atalaya», por ser el lugar desde donde se descubre el máximo espacio de tierra y mar que la rodea. Aún recordamos el cuidado y atención con que el vigía delataba la presencia de algún buque en el horizonte, su nacionalidad y título, para comunicarlo, a las casas consignatarias radicadas en el Puerto de La Luz y Las Palmas, después de haber puesto en los extremos de la cruz, preparada al efecto, las banderas y gallardetes correspondientes.

Pues bien, ya sabíamos que el estampido del cañón señalaba las doce horas del día y que con él todos los relojes de la Ciudad, para ser exactos, debían de estar de acuerdo y maquinalmente sacábamos del bolsillo la máquina encargada de medir el tiempo, adelantando o atrasando el minuterero, para que estuviesen latiendo todos al unísono. Y maquinalmente también, decíamos para nuestro mundo interior ¡las doce...! y seguíamos en nuestra ruta y pensamientos, sin hacer caso del individuo que nos saludaba al cruzar la calle, o del que pasaba a nuestro lado, con su silencio y preocupaciones.

Los carteles estampados en las esquinas de las calles anunciaban, aquel día, el estreno de una comedia que llevaba por título «A Campo Traviesa». El Circo, como otras tantas veces, estaba completamente ocupado de ciudadanos ansiosos de oír literatura. El patio central, con sus incómodas sillas, daban cobijo a numerosas familias de la Ciudad. Los palcos y plateas se llenaron con los abonados de siempre y el anfiteatro destinado a entrada general, aparecía rebosante de ese público heterogéneo que lanza en alta voz los más agudos comentarios y las más opuestas opiniones. La presencia de tantos espectadores daba al local el aspecto y la suntuosidad de los grandes acontecimientos.

Terminado el primer acto sin pena ni gloria, los asistentes, con un mínimun de exigencias, admitían el argumento de aquella comedia

insulsa y vulgar, en gracia a tener ocasión de pasar el rato y charlar con los conocidos, después de oído el chiste chabacano o la frase más o menos picaresca, que algunas veces conseguían despegar los labios del auditorio, no sabemos si para echarse a reir, o para disimular el bostezo del sueño.

En el entreacto, el público masculino salió a los pasillos a luchar contra el aburrimiento que se enseñoreaba en algunos, encendiendo los correspondientes cigarrillos. Otros comentaban las noticias políticas que circulaban por la ciudad, referidas a la nación y al extranjero, sin que faltara entre ellas, los que dedicaban su crítica mordaz a las cualidades morales y físicas de algunas de las damas presentes. Entre tanto, el elemento femenino que permanecía en el interior del local, alegraba el ambiente con sus conversaciones salpicadas de buen humor, las parejas amorosas en dulce arrullo, atraían la atención de las curiosas y algún galán, enamorada o pasado de moda, apoyando su cuerpo sobre el espaldar de la silla situada en la fila anterior, doboraba con sus prismáticos las perfectas facciones de aquellas bellezas isleñas, creyendo despertar ilusiones y promesas. Mientras estas escenas se sucedían, se oía dentro del escenario el ruido producido por el movimiento de telones y bambalinas, disminuido o disimulado a la vez, por las notas cadenciosas de la pequeña orquesta.

El timbre prolongadamente sonó por tercera vez y los espectadores, apresuradamente, se dirigieron a sus asientos, al tiempo que las débiles luces fueron paulatinamente apagándose. Dio comienzo el segundo acto y los artistas, como autómatas, movíanse de acuerdo con los pensamientos del autor, en tanto las escenas transcurrían a través del tiempo y del espacio, sin conseguir despertar el interés que suele ponerse en estas manifestaciones del arte. En consecuencia podía afirmarse, que si era cierto el propósito que se trataba de buscar con aquellas representaciones para compensar el ayuno espiritual y artístico a que estaba sometida la Ciudad, también lo era el que de vez en cuando se oía el bostezo de algún somnoliento rasgando el silencio de aquella atmósfera.

De pronto, un diálogo de amor, lleno de romanticismos y de palabras dulces y armoniosas vino a lograr lo que no pudo obtener el acto anterior. La pareja desempeñada por las principales partes de la Compañía, puso en aquella escena sus mejores facultades pronun-

ciando las frases con ardor y vehemencia. Los viejos espectadores recordando la época fogosa del amor, los jóvenes por estar viviéndola y los que no habían sentido los efluvios de ese mal del alma que hace mirar al mundo con optimismo, prestaban y fijaban la máxima atención hacia aquel momento que conmovía profundamente el ánimo y que fue motivo de nuestros sueños. De pronto y súbitamente, al llegar la escena al momento álgido en que las palabras se amontonan y precipitan cuando buscan los más bellos pensamientos que sólo el amor es capaz de expresar, un ruido sonoro, indiscreto o inarticulado, salido de las entrañas del isleño, a quien por lo visto le habían hecho daño las judías, según diagnóstico unánime de los médicos allí presentes, corroborado por el facultativo que lo tenía en tratamiento desde hacía tiempo, interrumpió la viveza del diálogo, haciendo mover las cabezas de los espectadores, en busca y orientación del lugar donde se había producido.

Como es de suponer, cundió la inquietud en la entrada general y se oyeron risas contenidas y exhaladas a borbotones para no llamar la atención de los que disimuladamente trataban de hacerse los distraídos. Sólo se sabe que en la oscuridad que dominaba el local, aquella explosión humana pudo más que la plática mantenida por los actores y que a lo lejos los ciudadanos levantaban sus nalgas y exclamaban en baja voz, no tan baja como para poder oirla, ¡que pase... que pase...! para volverse a sentar.

Y como si esto fuera poco, no faltaron las palabras de otro isleño socarrón y gracioso que en alta voz y vibrante exclamó prolongadamente:

—¡Las do...ce...!

Y hubo incauto que automáticamente sacó el reloj de su bolsillo, para confrontar la hora.

LA ULTIMA DESPEDIDA

I

No es solo el paisaje, en su acepción más amplia, el lazo de unión del hombre con la tierra que le vio nacer. No es solo el paisaje considerado como un conjunto de factores espirituales y difuminadas reminiscencias, el que es capaz de despertar en el alma, la emoción que hace llorar, sin que se arrugue la cara ni se cierren los ojos. Existen otros que le hacen extenderse y perdurar a grandes distancias avivando el dolor de la lejanía, cuando recordamos su visión o nos hablan de recuerdos que llevamos guardados en la subconciencia.

En todos estos casos, el anhelo de revertirnos a la patria de donde arranca nuestra propia vida, bulle en el interior mientras ella dure, pues ante el consuelo de regresar por el mismo camino y de hallar semejantes el paisaje y los elementos que lo componen, vuelve a tener realidad y a sentirlo con mayor éxtasis, nuestro propio yo. Este dolor dura tanto como la vida, porque los motivos que se graban en nuestra mente, se suceden en ella, como los radios de la rueda en pleno movimiento. Pero cuando el dolor de la lejanía es producido por la marcha definitiva, hacia lo desconocido, de aquellas personas que vivieron junto a nosotros estableciendo la unión corporal y espiritual que nos hizo ser constantes en la lucha diaria para alivio de nuestros males y esperanzas de un mundo mejor, entonces este dolor, el dolor de la lejanía eterna, adquiere caracteres peculiares que solo el que lo haya sentido, ha sabido expresarlo con lenguaje único y singular.

Se ha dicho muchas veces que morir es un deber tan fuerte como el derecho a vivir. Se ha dicho otras tantas, que siendo cierto el que c. da segundo vivido representa el momento de una agonía silenciosa que nos lleva, sin sentirlo, a la última congaja del moribundo, también es cierto que no podríamos acostumbrarnos a esta idea aunque

tuviéramos juicio de razón. Idea que no podemos silenciar pensando en continuarnos en nuestros hijos, pues solo la muerte natural puede envolvernos en la grandeza que significa el penetrar más allá de las fronteras de nuestra existencia individual.

¡Dolor producido por la lejanía eterna de lo desconocido! ¡Dolor originado en el más allá de nuestro mundo pecador! Y sin embargo, aunque nacido muy lejos y por lo tanto sin conocimiento de la distancia que nos separa, lo sabemos sentir y lo hemos conocido muy de cerca, cuando nos llega, como consuelo, la desesperación y rebeldía que nos produce la marcha de lo que fue nuestro y no supimos impedirlo.

Y es curioso que este acercamiento tiene lugar, cuando nos aislamos del mundo exterior en las horas destinadas al sueño, en esas horas en que acuden nuestros muertos a conversar con nosotros, reviviendo escenas pasadas, experimentando el goce de poseerlos, respirando el mismo aire y oyendo el rumor de sus voces como murmullos de una sinfonía imperceptible o de palabras, que nos traen claros recuerdos de la infancia y ocultas y vividas sensaciones.

Al despertar, este dolor de la lejanía avivando nuestros recuerdos como heridas sangrantes, hace que los párpados vuelvan a cerrarse para que no llegue al fondo de los ojos el más leve rayo de luz. Entonces, en esa dulce laxitud que produce el soñar despierto, no sabemos si es desesperación o conformidad lo que ha dejado en nosotros el dolor de la lejanía eterna, pues este dolor, en contraposición con el paisaje, no podemos percibirlo volviendo por el mismo camino, ya que en éste conocemos la distancia que nos separa, y en aquél ignoramos nuestra situación frente al enigma de ultratumba.

Lo único que podemos afirmar es que estos sueños los deseamos gozar con místico arrobamiento, pues durante ellos nos acercamos a quienes quisimos profundamente y a quienes oímos apagadamente sus voces, y con ellos, nos oponemos a cuanto pudiera significar endurecimiento, imposibilidad o creación de un campo de anestesia frente al dolor. Este dolor que produce la lejanía eterna, hay que amarlo para acrecentarlo, ya que es el camino de purificación que puede distinguirnos de los que no han querido ni sabido apreciarlo y porque es el único medio que poseemos para hablar con nuestros propios muertos, aun cuando más tarde suframos el desengaño.

II

La muerte, ese misterio indescifrable que nos trajo la Vida, porta consigo el dolor del alma expresado en la tristeza, la aflicción, el silencio del sufrimiento y la efusión de lágrimas como único alivio a la pena y recuerdo que dejó el que pudo traspasar las fronteras de ambos mundos.

Desde antiguo este dolor que produce la separación definitiva de los seres que constituyeron un día el más preciado tesoro que nos dio el Supremo Hacedor, ha sido interpretado y manifestado de distintas maneras por los isleños, a medida que los años han ido sucediéndose. Efectivamente desde los que el signo exterior de la pena y el duelo era expresado por el color negro de sus vestimentas y adornos, llevados sobre el cuerpo durante un número de años o meses, según la categoría del muerto, hasta los que se reducen a llevar una corbata del mismo color durante un tiempo variable, pero menor en duración, han existido y existen gustos para las distintas maneras de pensar y sentir. Desde aquellos en que el dolor iba acompañado de la renuncia a la asistencia al teatro, bailes y demás espectáculos públicos, hasta los que lo declaraban compatibles con todos los actos sociales, se admitían términos medios según el ambiente y la época del año en que ellos tenían lugar. Desde aquellos en que se verificaban los entierros en las primeras horas de la noche, presididos por señores encopetados, enlevitados y acompañados por los amigos en vida, portando algunos de ellos hachones para alumbrar el camino, hasta los que se llevan a cabo en cualquiera hora del día, detrás del coche fúnebre, sin orden ni concierto, en busca del sitio señalado para despedida del duelo, se han establecido variantes en la época actual, pues los hay que van seguidos de la misa «incórpore inse-pulto» celebrada en la iglesia parroquial, hasta los que van directamente al cementerio y celebran sus funerales pocos días después.

Pero para otras personas no es solo esta manifestación externa que debemos al dolor de la muerte, la única manifestación de que se valían los isleños para poder expresarlo. El sentimiento por la pérdida del ser querido había que ostentarlo de una manera aparatosa.

Y a este fin lo acompañaban de entonaciones de la voz en forma de alaridos, llantos estentóreos y quejidos de diferente sonoridad, midiendo la intensidad del dolor por la que daban el grito exhalado. Muchas veces éste adquiría tono de verdadera actriz dramática que hacía temblar y conmover los sentimientos de los humanos. No de otra manera desahogaban sus penas, los que en aquel instante pasaban por el amargo momento de la separación definitiva.

III

Sobre la cama donde había sufrido la enfermedad que le llevó al sepulcro, yacía cubierto su cuerpo por una sábana, Secundino Évora, el majorero de la isla sedienta que en busca de trabajo y de dinero, había atravesado el charco, en el pailebot «La Bella Lucía», hizo la friolera de cinco años.

La habitación mortuoria, la mejor de la casa, donde vivía con su familia situada en una de las calles del Puerto de La Luz, estaba repleta de acompañantes. Esta costumbre puesta de manifiesto en las últimas horas de estancia en la tierra del que dejó de sufrir para dormir el sueño eterno, es una de las expresiones que pone en juego el isleño para mostrar su condolencia y pesar a los familiares del muerto. Por ello, las habitaciones del hogar no daban avío a los numerosos amigos y conocidos que llegaban dispuestos a pasarse toda la noche junto al que estaba sin vida, vestidos de negro y con corbata y sombrero también negros, en señal de ofrenda al que se marchó definitivamente de este mundo terrenal.

Secundino Évora, muchacho que acababa de cumplir los veinte años, había entregado su vida a la Eternidad víctima de la tuberculosis pulmonar, cuando las ilusiones bullían en su cabeza, había comenzado a guardar dinero y contaba con un grupo de amigos que le estimaban por su buen corazón y nobleza de alma. Por todas estas causas fue sentido su fallecimiento como algo propio y por las mismas razones fue invadido su domicilio, aquella noche, de manera espontánea y elocuente.

En otra habitación muy reducida y contigua a la del muerto, permanecían las mujeres haciendo compañía a la pobre madre tendida

pór el dolor y la pena sobre su cama y a su hermana, Luciana, que aún lloraba la marcha hacia lo ignoto, que el Misterio resolvió llevándose a su Pepe, su inolvidable marido, cuando el azar truncó su vida en un accidente marítimo. Vestida de luto con un pañuelo negro cubriendo su cabeza y amarrado al cuello, no cesaba de verter sus lágrimas sobre la cara macilenta y triste, cada vez que la ocasión le era propicia. Este dolor de ahora, renovábale su pena y asociándolos, daba a la triste escena que estaba viviendo, la exaltación del sentimiento humano que hace humedecer los ojos y anudar la garganta. Lloraba amargamente, se rebelaba contra el destino y gritaba con pequeños intervalos de silencio, cuando su cuerpo era invadido por sacudidas histéricas que hacíanle caer después en el mayor y profundo de los mutismos.

Las personas sentadas a lo largo de la pequeña habitación se creían obligadas a participar en el duelo, recordando la bondad del fallecido, sus buenas cualidades de hombre amante del trabajo y su cariño hacia aquella madre que, tendida en el lecho, permanecía con los ojos cerrados, arrebujada en el sobretodo de felpa que cubría su cuerpo. Y se oían en el ambiente lúgubre de la pequeña estancia, frases pronunciadas para dar consuelo a los que quedaban...

—Era muy ridículo para las comidas— decía una de las asistentes tratando de dar justificación a la causa de la muerte.

—No se ayudaba la enfermedad— exclamaba otra no menos dispuesta al comentario.

—Se pasaba todo el día en la calle— añadía una tercera para hacer ver que nunca hizo caso de los consejos del médico.

Y así sucesivamente calificaban aquellas mujeres las causas originarias de la muerte del pobre Secundino que, encerrado en la caja mortuoria, esperaba el momento de ser conducido definitivamente al lecho eterno.

IV

La última noche que dormimos, sin despertar, sobre la tierra, había transcurrido sin aflicción ni padecimiento para nuestro mari-
nero y los primeros rayos solares, al amanecer el día, delataron

sú presencia en el aposento, por la claridad que daba al humo del tabaco existente en la mansión. Los familiares, amigos y compañeros de trabajo que velaron durante las horas pasadas, al observar la luminosidad de la mañana, sin haber cerrado, unos, los ojos durante la noche y otros, medio adormilados estirando los brazos y bostezando exageradamente, se dispusieron para salir a la calle en busca del frescor de la madrugada y de la tienda más cercana. El jilorio que sentían en sus estómagos les pedía beber la taza de café aromática y caliente que otros sustituían por la del oloroso ron. El reloj acababa de tocar seis campanadas y la casa fue poco a poco quedándose medio vacía, por haberse ido unos, como dijo el poeta, sollozando y otros en silencio.

Al quedarse así, una de las ventanas fue entreabierta para dar entrada al aire del exterior y empujara al de aquella atmósfera cargada de humanidad. Fue entonces cuando Luciana, la inconsolable viuda de Pepe, aprovechando aquellos momentos en que de la triste alcoba todos se salieron, se acercó a la faz fría y tranquila de su hermano, para darle también su último beso. y al darse cuenta de que no sonó como los que le daba en vida, comenzó a llorar de tal manera y a gritar con tal desesperación, que solo las mujeres que quedaron pudieron dar fe de la angustia que a todas las embargó, pues pocas cosas hay en la vida que se contagian tan rápidamente como el llanto y las penas. Los brazos de sus amigas la retiraron del lugar prodigándole toda clase de consuelo, hasta que Luciana excitada por la mala noche pasada, envuelta en su espesa pañoleta y el pañuelo empapado en lágrimas, volvió a sentarse al lado de su madre, cogiéndole apretadamente sus manos entre las suyas.

La vida de la Ciudad, como todos los días, fue manifestándose pujante en aquellas primeras horas de la mañana. Los pequeños ganados de cabras acusaron su estancia en las calles, por el balido de sus voces y el ruido metálico del cascabel colgado a sus cuellos. La mujeres que amamantaban, o los niños débiles de constitución, acudían a los sitios elegidos del ordeño, casi siempre en las puertas de las casas, provistos de sus vasos o escudillas y del oloroso gofio tostado para desayunarse, pues siempre se tuvo la creencia de que la leche de cabra tomada de esta manera, era el mejor profiláctico de la tuberculosis y el mejor tónico para combatir la *nemia en la sangre*.

El carro de la basura conducido por una famélica mula y un aburrido asno, pregonada su presencia por el tintineo inarticulado de la campanilla colocada en su parte delantera, precipitaba a todos los vecinos a verter sobre su almacén, las inmundicias y polvo del barrido de las casas. Así mismo eran lanzadas las que recogían de las calles, el cuerpo de inválidos, barrenderos, constituidos por hombres entrados en años, retrasados mentales y deformes, que no tuvieron otra aspiración en la vida que la de ocupar uno de sus puestos. Los chicos, a voz en cuello, repetían los nombres de los periódicos matutinos que leían los ciudadanos, mediante el pago de diez céntimos o una perra gorda, para enterarse de las últimas noticias y acontecimientos ocurridos en la península y extranjero.

La noticia de la muerte de Secundino cundió rápidamente entre el resto de sus amigos. Cercana la hora de conducirlo al cementerio, todos acudieron a la casa para rendirle el último tributo, en tanto el muerto colocado en su féretro, cubierto su rostro y su cuerpo con las flores que encontraron en los distintos puestos de venta del mercado, recibía la última bendición de la Iglesia.

Dio el reloj las diez campanadas como mazazos sobre el cerebro de los recuerdos y como la hora temida, esa hora que siempre llega y que no podemos detener, cuando tratan de quitarnos y nos quitan lo que fue nuestro, había sonado para todos, el ambiente fue entristeciéndose profundamente y la gente enmudeció al darse cuenta de que la buena madre y su hermana Luciana, lloraban a lágrima viva ante la separación definitiva.

El murmullo de los acompañantes que esperaban en la calle llegaba al interior de la alcoba, como abejón irritado. Poco después, fue cerrada la caja y colocada sobre los hombros de sus familiares y amigos. Entonces Luciana, que observaba nerviosamente tan tristes escenas desesperada ante el recuerdo vivo de su Pepe, que la había dejado, meses antes, con los ojos henchidos de tristeza y melancolía, con el pelo suelto sobre el cuello, dio unos pasos hacia el féretro que iba atravesando la puerta del zaguán, aproximó su cara a la cabecera de la caja y exclamó con voz anegada en llanto:

—¡Adiós Secundino, dale memorias a Pepe!

¡OH... QUE HERMOSAS!

I

Una visión retrospectiva de la Ciudad nos lleva a buscar en el silencio de los años, como las aves que aletean en el espacio para salvar las distancias, el elogio y la nostalgia que ella se merece. Elogio y nostalgia que perdurarán a través de los siglos, cuantas veces tratemos de buscar amorosamente en su regazo, el sentimiento de lo bueno, bello y verdadero.

En aquella Ciudad de nuestros antepasados, sus casas proyectadas por el sol sobre las calles llenas de luz, ocupaban alturas que hacían hacedero, en unas, el acceso de la mano del caminante sobre sus azoteas, mientras otras de dos pisos, aparecían a los ojos del espectador con sus frontis disarmónicos, pues al lado de la ventana pequeña cerrada por su reja tan dada a las aventuras amorosas existía otra de grandes dimensiones cerrada también por su balcón. Tanto en una como en otra se ocultaba la novia, o la que ansiaba serlo, al oír el taconeo de su doncel en el silencio de las noches africanas.

Por estas calles transitaban junto a sus familiares, las que más tarde iban a ser nuestras compañeras, sin que nadie a su paso, osara molestarlas con palabras de buen o mal gusto, o tratara de acompañarlas en su destino. El hombre se contentaba con mirarla y contemplarla, basta llegar a comprender en la dulce expresión de su arrobaamiento, que un pensamiento fijo latía en su cabeza, haciéndole concebir las más gratas ilusiones.

En el andar pausado de las horas, las puertas de las casas permanecían abiertas, sin que el extraño se atreviera a penetrar en ellas. En sus patios, el tintineo del agua de la pila que gota a gota caía sobre la olla rodeada de plantas, era la muestra imperecedera de la actividad funcional de los seres, que palpitaba en la mansión

canaria sin preocupaciones ni problemas de ninguna clase. Parecían ellos, sitios de paz y sosiego, donde dejaron de oírse las estridentes voces de los que se empeñan en dejar mal parada la esencia de la civilización.

Los centros de estudios estaban reducidos a locales, en los que los meses se sucedían tras los pupitres, apoyadas nuestras cabezas sobre las manos anchas y abiertas, como el corazón, aprendiendo en los libros la verdad, pregón eterno de su vida posterior. Frente a ellos, bajo la luz mortecina de las lámparas, el alma se alejaba batiendo sus alas invisibles y el espíritu se evadía volando lejos del salón de estudios, forjando mil lances novísimos y venturosos de otra vida que comenzaba a palpitar en nuestros cuerpos.

Nuestros maestros constituyeron el símbolo de nuestra dirección cultural, al guardar de sus consejos, el honorable recuerdo de lo que nos enseñaron con el cariño hecho raudales. Las primeras nociones del mundo, fueron los guías que nos condujeron a ser hombres y a comportarnos como tales con nuestros semejantes y la sociedad. Y si bien es verdad que en algunos momentos de la vida llegamos a olvidar las obligaciones que nos imponía esta civilización mal comprendida, en otros, en cambio, supimos agradecer el bien que nos hicieron.

II

Hay una edad en el isleño, dentro de las que señala la fisiología humana, que pudiéramos llamar patológica en el sentido más amplio de la palabra. Esta edad que los poetas llamaron gris, porque es triste, lánguida, apocada y disconforme, corresponde a los años que el isleño, dejándose seducir por su alma descontenta y solitaria, aspira a viajar por el mundo en busca de su educación esmerada y cultura superior. Una de sus características es mostrar su inexplicable desagrado hacia todo lo que atesora nuestra Ciudad, hacia los valores intelectuales de sus hombres y hacia lo que significa y representa en ella, el espíritu de nuestras mujeres.

Nuestras calles, plazas y jardines, nuestras costumbres y modismos, nuestros hombres públicos al frente de sus corporaciones y

cuanto representa un valor en nuestra vida cotidiana, no han tenido para él jamás, belleza, psicología, ciudadanía y otras características que pueden enorgullecer a la pequeña patria. Son ellas inferiores a las de otras capitales y ciudades que visita, juicio establecido a priori que le hace resistir a reconocer lo que da prestigio y representación a la tierra en que nacimos. Da la impresión, su manera de proceder, de ser un inadaptado o resentido contra todo lo creado a su imagen y semejanza.

Pero esta manera de actuar que nada tiene de particular en personas que empiezan a deletrear su vida y que podríamos tachar de elogio en cuanto significa interés y curiosidad por lo que le rodea, tiene en cambio una modalidad que le hace mal visto por los demás; ella es, la de creer que todo lo ajeno es mejor que lo nuestro.

—¿Qué te parecen nuestros jardines?— le preguntó un isleño, compañero de viaje, al llegar a una provincia andaluza, mientras recorrían sus parques y plazas públicas.

—Al lado de éstos son una birria— contesta el preguntado, sin haber tenido tiempo de enjuiciar y tener idea de lo que ante sus ojos iba desfilando.

—¿Has visto qué muchacha tan guapa ha pasado por nuestro lado?— vuelve a preguntarle socarronamente para convencerse de su falta de acomodación al ambiente.

—¡Ya quisieran parecerse las nuestras a éstas!— contesta secamente, con un dejo de triunfo mal disimulado.

Y así podríamos repetir escenas en las que el isleño atacado de esa enfermedad espiritual, insatisfecho e indeciso, no duda en pronunciar el mismo juicio ante un teatro, un paisaje o un edificio antiguo.

Este empeño en postergar lo nuestro, unas veces por desconocimiento y otras por esnobismo, llega a la superación cuando se trata de personas. Entonces ningún paisano, político, abogado, literato o médico, por no citar más representantes de la intelectualidad humana, reúne para el isleño que sufre este estado de displicencia y desabrimiento, condiciones que le individualizan de competente, moral o patriota. Todos tienen, en su opinión, algún defecto que le hace enjuiciar mezquinamente las virtudes o faltas de que están provistos, dando pena oír brotar de sus labios los más ligeros e injustos concep-

tos de aquel hombre o mujer, que procuró en vida soslayar sus vericuetos y obstáculos, en busca de la personalidad que le hizo distinguirse del resto de los hombres.

III

Una tarde luminosa de otoño, recitaban y leían poesías, unos cuantos amigos ligados por la edad en que el corazón se inquieta por lo que acaso nunca llegará. Habían elegido para dar expansión a sus almas puras y soñadoras, la maravillosa playa de Las Canteras.

Los que hemos visto y vivido cerca del mar y hemos acertado al mismo tiempo a sentir la honda placidez de sus días serenos, su biamar furioso, el encaje magnífico de sus espumas y el choque terrible e impetuoso de sus olas contra el alto acantilado, sabemos que su espectáculo excede a toda maravilla. Si añadimos además, que lo amamos, admiramos y contemplamos absortos y silenciosos horas y horas, con los ojos clavados en sus aguas inquietas, como románticos enamorados, podemos afirmar que no puede haber persona, por indiferente que sea a los fenómenos naturales, que haya podido sustraerse a sus maravillosos encantos. Y por ello y porque nuestro mar canta, llora y nos adormece en el silencio de la noche, después de habernos brindado en cada hora un motivo distinto, nos subyuga y nos atrae como algo que buye en nuestro cerebro.

Sin embargo hay una, en la que las emociones que nos despierta alcanzan su máxima intensidad y ésta es a no dudarlo, la hora del crepúsculo, esa hora en que el Sol, antes de escaparse por el horizonte, pierde su contacto con el paisaje. Es entonces cuando sentimos encender o agigantar el sentimiento del recuerdo, como si de su visión se levantase un vaho de melancolía que se mete en nuestra alma llenándola de infinitos elementos ocultos. Es entonces, cuando nos recreamos viendo las olas, en su constante ir y venir, deshacerse en espumas que bañan sin cesar la barra y la orilla, mientras su canto arrullador y tierno llega a los oídos, como el rumor de la vieja canción con que nuestras madres adormecían el sueño de la niñez. Es entonces, cuando divisamos a lo lejos, el horizonte en línea limpia marcando el más allá de las ilusiones y a sus lados las tierras

de la isla señalando con sus altos montes la silueta de una vida, hecha patente, cuando surgió del fondo del Océano. Es entonces, cuando se anublan los ojos y sentimos la inquietud en los mares de los recuerdos que se agolpan en el cerebro, al luchar por extender las olas sobre la inmensidad del azul, que si en el fondo de este indefinido sentimiento palpita la angustia, también sentimos en nuestro corazón el vehemente deseo de adueñarnos de algo que flota en la lejanía inmarcesible.

Y es entonces, en esta hora de la penumbra, hora de la melancolía, donde nuestro verbo, como dijo el poeta, es el más dulce, expresivo y delicado término de nuestra alma, porque en esta misteriosa asociación de emociones que despiertan las puestas de sol, el pensamiento enmudece, absorto y ensimismado al contemplar, cómo se desvanece el último rayo de luz que aún permite sorprender la última silueta del paisaje dejándonos sumidos en aquella melancolía.

Todo era paz y sosiego en torno al silencio que los dominaba y todo era dulzura de boca y batir de alas, cuando acudieron a sus cerebros los recuerdos de un mundo vivido al socaire de las tardes esplendorosas de esta estación del año.

Y de pronto, surgieron, versos como los surtidores nacidos en la paz del jardín, abriendo sus claros abanicos y los hilos de plata de la luz crepuscular, dejando ver a nuestros pies, féretros de espumas y cadáveres de algas.

IV

Por entonces existía en Las Palmas, un plantel de poetas famosos que daba a la Ciudad prestigio intelectual. De ellos quedan solo algunos que asoman a los ojos de los demás, con alguna estrofa que engalana las columnas de la prensa, o dan a la luz pública un libro amorosamente editado y recogido por las manos de sus admiradores.

Del grupo de amigos que se había citado aquella tarde, en la arena dotada de la maravillosa playa de Las Canteras, formaban parte un ilustre universitario que fue más tarde catedrático de la Central, dos estudiantes de bachillerato, médico y abogado después, con inquietudes poéticas, y el isleño descontentadizo y meticuloso. Cogido

el libro entre las manos o dichos de memoria, el recitador anunciaba, con énfasis, el título de la poesía y el nombre del autor, dando así expansión a su alma llena de romanticismos... Y empezaba a decir en voz alta, con entonación apropiada, las estrofas que iban esparciéndose en aquella atmósfera hasta perderse en la lejanía, como las naves arrastradas por el viento. La poesía era recogida por los asistentes con emoción y deseado bienestar, pero no así por el isleño protestón, que al saber y conocer la ciudadanía del autor, exclamaba con saña.

—¡Fuerte porquería! ¡Mejor se ocupara de otras cosas!

Acto seguido leyó otro de los concurrentes un espléndido soneto de otro autor canario que iba siendo conocido por sus publicaciones en revistas y diarios. La prensa juzgaba con las mejores opiniones la labor poética de este nuevo vate que fue recogida por la intelectualidad de la isla, con los mejores auspicios. Y cuando todos creían que nuestro personaje criticón aplaudiera o diera su conformidad al contenido de aquellos versos escritos con inspiración, no llamó la atención, por esperada, su sentencia y comentario.

—¡Qué cursilería! ¡Valiente estupidez!

Convencidos los presentes, de que aquel amigo padecía de este mal de postergación que mezclaba o confundía el valor poético de aquellas estrofas llenas de contenido lírico, con el prejuicio que mantenía hacia los vates canarios, tomó la palabra un tercero, que ocupó después cargo importante en el Colegio de Médicos, dispuesto a poner en evidencia, de una vez y para siempre, el mal que padecía el enjuiciador sin conocimiento de lo que oía. Y entonces recurrió a su ingenio para desnudarlo y poner en evidencia la fobia que padecía, anunciando que los versos que seguían en turno, eran de Rubén Darío.

La tarde fue ensombreciéndose, el cielo azul iba perdiendo su azul para dar salida a las estrellas que alumbraban la noche, el vuelo de las aves, y el paso de las nubes cesaron en busca del descanso y el mar impulsado por el viento, jinete sin color de los caminos, seguía, moviéndose para continuar preguntando a la playa, si la verdad estaba en él, huidizo y movable, o en la orilla que lo miraba siempre quieta y firme. Y fue entonces, cuando el recitador dejó oír los clamorosos cuartetos de un poeta isleño consagrado, cuyos restos se

guardan bajo una losa en cuya superficie se lee un epitafio grabado en letras doradas. Y fue entonces, cuando el isleño extático y mudo, siguiendo sin perder sílaba los movimientos de aquellos labios que decían:

—*Un clamor que viene de las sempiternas nébulas del Norte...*

—¡Oh, qué hermosas...!— gritó lleno de emoción, mientras el sol se despedía en el horizonte.

Y cuando se le dijo que la composición había nacido de la inspiración de un poeta isleño, cerró su boca, miró para la arena sobre que descansaba y no dijo nada.

Aquella lección bastó para no volver más en su vida, a enjuiciar, sin base ni argumentación, la personalidad y el mérito de los habitantes de su tierra.

¡AY MI MADRE, SI ME LA ESTAN CALAFATEANDO!

I

Amanecía, sobre la Ciudad dormida y silenciosa, caían los primeros rayos solares, como bendición de Dios. Las casas extendidas sobre el ámbito de la población, aparecían a la vista del observador, como mopas blancas separadas por líneas oscuras. En éllas la vida de los nativos se mostraba pujante y ardorosa, como corresponde a los ciudadanos que dan fe de su amor a la patria laborando y produciendo en bien de la comunidad.

El mar se mostraba aquella mañana, sereno, apacible y reluciente, sin altibajos en su superficie. Sonoro y azul como el firmamento, se perdía en la lejanía buscando otros horizontes, subyugando nuestros sentidos, al cantar y llorar, después de haber brindado en cada momento, un motivo distinto. Así mismo, el espíritu se recreaba viéndole lamer los sillares del malecón dormido y borrando las huellas del caminante solitario al jugar sus olas con la orilla. Y mientras esto sucedía, se oía la voz del marinero cantando una copla acompañada y alegre, que sonaba en los oídos al igual que los recuerdos de cosas y escenas pasadas, cuando al pie de la ventana, los enamorados se decían las más bellas palabras del diccionario del Amor.

A poca distancia del Puerto de Refugio, se dibujaba la silueta del «Faustino», barco pesquero lleno de historia canaria, que hacía la travesía entre la isla y la costa de Africa, conduciendo grandes cantidades de pescado salpreso, especialmente de chernes, que más tarde habían de ser vendidos entre los isleños, como elemento importante de nuestro saboreado y famoso sancocho. A lo lejos, parecía el buque una gaviota blanca con sus alas desplegadas, que iba acercándose paulatinamente a la tierra, en busca de su merecido descanso. Mientras andaba y la distancia que lo separaba del muelle

iba acortándose, se escuchaba la voz del patrón, comunicando órdenes para arriar las velas.

—Pedro— decía dirigiéndose al contra maestre de la tripulación, dando a sus palabras las necesarias fuerzas para ser obedecido —que vayan bajando al golpito la vela mayor para que el barco disminuya su marcha, y que Panchito se ponga en la proa y prepare el cabo, tirándolo al muelle, cuando hayamos llegado al sitio del atraque.

Con las cachorras puestas sobre sus cabezas los más, y sus boinas bilbainas los menos, los marineros del «Faustino», llevando la pipa entre sus labios o el cigarro apagado y fijo sobre la lengua, cumplían las órdenes del patrón guiados por la rutina de otras veces. Habían baldeado momentos antes, la cubierta del velero y ésta aparecía a los ojos de los dueños y familiares de la tripulación, limpia y reluciente como un espejo.

El pesquero, mientras esto sucedía, iba aproximándose lentamente al lugar señalado, arriado definitivamente el velamen y colocados en sus sitios, la mayor parte de los artefactos. Entre tanto, permanecían asomados a la borda de barlovento, los que estaban en aquellos momentos libres de maniobras. El patrón en su puesto de mando aseguraba el éxito del atraque llevando entre sus manos las ruedas del timón, hasta dar por terminadas las operaciones consiguientes. El «Faustino» quedó entonces amarrado al costado del puerto, dispuesto a dormir su sueño bajo el arrullo de las aguas del mar y del ruido de la cuerda de la polea, que puesta en acción, le desembarazaba de la carga que guardaba en sus entrañas. Llegó el momento deseado de dar el patrón permiso a los que esperaban sobre el muelle para saltar y entrar en el buque y sin que nadie se diera cuenta, pronto vióse la cubierta ocupada por numerosos grupos de visitantes y familiares de los marineros.

Cristóbal, uno de ellos, protagonista de nuestro cuento, avezado a las tareas del mar porque en él encontró siempre su mejor amigo, dotado de gruesos y abultados labios, de fuertes bombas, según nuestro léxico, piernas llenas de pelos y dedos gordos de los pies asomando por los agujeros de sus alpargatas, tiraba nervioso de la cachimba y echaba al aire espesas bocanadas de humo oliente del tabaco de Virginia, cuando se dio cuenta de que su mujer no había acudido, como otras veces, a la cita mañanera.

Inquieto y pensativo, con sus ideas puestas en su compañera que tenía fama de curiela entre sus vecinas, pues raro era el año que no sufría las consecuencias de la estancia de su marido durante los Carnavales, fiestas en los que el vino, el ron y el descanso corporal se daban las manos para actuar como excitantes de sus naturalezas fuertes y sanas, empezó a entristecerse al solo recuerdo de que le hubiera pasado algo o estuviese enferma de verdad. Y como un brinco que le tiró al corazón, se puso a recordar lo que de antemano sabía cuando a su salida del puerto para comenzar la campaña de la pesca, le había dicho, medio ruborosa, acercándose a sus oídos:

—¡Cristóbal, me parece que vuelvo a estar para niño!

Y en efecto, sobre la cubierta del buque, llena de sol ardiente y de alegría por el feliz encuentro de todos, alguien le dijo, al verlo disgustado, que Josefita, su mujer, desde hacía unos días no se encontraba bien. Juanita, la Cambuyonera, mujer entendida en el papel de comadrona y asistenta en todos estos menesteres, le había dado la noticia, hacía unos días, pero nada podía añadirle, porque no había visto a nadie de su familia.

Con esta noticia escueta y fría, Cristóbal sintió en el fondo de su alma la idea de que algo serio estaba sucediendo en su casa, pues siempre había su mujer acudido presurosa a recibirlo. No en balde los años y los hijos habidos, habían contribuido, a pesar de los pesares, a que participaran del mismo cariño, cariño que fue acrecentándose a medida que los guayetes fueron alegrando el hogar construido con el trabajo de cada día y con las malas noches pasadas sobre el pesquero, mirando las estrellas del cielo y el cabeceo de la nave al cortar las aguas del inmenso mar.

No pudo esperar más y brincó de un salto la distancia que le separaba del muelle. Andó presuroso sobre las locetas y adoquines extendidos a lo largo de aquel recto camino, sin saludar a nadie, ni hacer caso de las llamadas de sus amigos para no detenerse ni perder un momento y cuando se dio cuenta del sitio por donde caminaba, se encontró frente a su casa. Tembló un momento y empujó decidido la puerta de la calle. Unos segundos después, se halló junto a su compañera que al abrazarle, medio llojosa, le dijo entre jipidos y lágrimas:

—¡Ay Cristóbal, que malita estoy. Desde hace unas horas siento dolorcitos, como picadas en la raíz del pelo y me está saliendo sangre. Por eso no fui a verte. Tengo miedo que me pase algo!

El marinero, al verla en tal situación, no pudo menos de sorprenderse y se llenó de canguelo. Corrió presuroso, sin decir nada, en busca del médico que vivía en las proximidades y allí tuvo que esperar unos momentos hasta llegarle su turno.

Una sala de espera sencillamente arreglada. En su centro la mesa donde descansan periódicos y revistas para los consultantes que tienen ánimos y deseos de leer evitando la impaciencia. A su alrededor, sillas de madera fuerte dispuestas a recibir los golpes e intemperancias de los niños en sentarse, a pesar de las advertencias de la buena educación. Colgados de las paredes unos cuadros de paisajes marineros, protegido contra las moscas y otros insectos por cristales, a fin de evitar las huellas indelebles del producto de la digestión y la falta de la mano depuradora y limpia. Una escupidera de loza basta colocada en un extremo de la habitación, llamaba la atención de los fumadores para que en ella vertiesen las colas de sus cigarrillos, ya que las que allí acudían quedaban depositadas en sus alrededores. Cristóbal miró rápidamente el contenido de aquella sala de espera magüado y preocupado al mismo tiempo, no solo por no haber podido dar satisfacción a su animalidad, sino porque se llenó de pavor ante la idea de que a su costilla pudiera ocurrirle algo malo.

Terminada la consulta de la enferma que estaba en el despacho, el marinero sirviendo de guía al facultativo le condujo a su domicilio.

En él y colocada en su cama, la pobre mujer perdía sangre, los dolores apretaban y la angustia que la dominaba se contagió de tal manera al marido, que en aquel momento no sabía que camino tomar. Dándose cuenta de ello, el galeno comprendió que no había otro remedio que efectuar, sin pérdida de tiempo, un taponamiento vaginal que evitara la continuación de la hemorragia, pues en caso contrario había que practicar un raspado de matriz y la transfusión consiguiente. A tal efecto prescribió los utensilios y medicamentos propios del caso, para actuar con la urgencia posible.

La noticia había cundido por la vecindad, al solo hecho de haber visto entrar, momentos antes, al médico, en casa de Josefita. Basta, en este país la observación de este hecho, para que los vecinos y conocidos sean picados por el bicho de la curiosidad, bicho que muchas veces llegó a producir perturbaciones en los que no lograban satisfacer su deseo. La visita de un facultativo realizada en horas estemporáneas y acompañadas del familiar, con cara más o menos preocupada, es suceso que corre rápidamente de boca en boca, pues solo en estos casos es llamado el galeno sobre todo si la enfermedad adquiere caracteres de urgencia o reviste síntomas de gravedad.

Decir que las convecinas se enteraron rápidamente y que la casa se llenó de conocidos es todo uno. Ya sabían que el médico había mandado a buscar gasa en cantidad, algodón, algunas inyecciones, alcohol, tintura de yodo y otros aparatos y ello les bastó para pensar que a Josefita le pasaba algo de importancia. Por estas razones resolvieron, en nombre de una amistad nacida al calor de chismes y cuentos, de dimes y diretes, entrar en su casa, ya que esa amistad exige en estas ocasiones la demostración de que todas se hacían coparticipes en tan tristes momentos de lo que estaba pasando, con palabras llenas de consuelo, cariño y afectividad. Si a ello añadimos que en todas estas escenas interviene en gran parte el fisgoneo para humear, atisbar y acechar todo lo que en el interior de un hogar tiene lugar, no podemos menos de añadir que la curiosidad, en estos casos, se traduce por un deseo de burla y crítica que ha dado lugar, en varias ocasiones, a disgustos y retiradas de saludo entre los actores de la contienda.

La casa de Josefita limpia como el oro y con señales de mejoramiento ornamental por parte de sus dueños, reunía las condiciones que se llaman mínimas en estos domicilios de gente modesta, pero honrada. Contaba principalmente con dos habitaciones, una destinada a la alcoba del matrimonio y otra a salita de espera, donde unos muebles de mayor prestancia, daban al hogar ribetes de familia no necesitada que se sostenía dignamente, con el trabajo de cada día.

Dispuesta la intervención, los cariñosos vecinos y amigos, fueron saliendo de la estancia para dejar espacio y libertad a los que debían de resolver la urgencia del caso. Pasaron todos a la sala y en ella ocuparon sus asientos las que menos gozaban del vicio de adquirir lo que no les importaba. Las que por el contrario se pirraban en busca del comentario, sentido que se da a alguna cosa o conversación maliciosa, se pegaron como lapas a la puerta de vidrieras que separaba ambas habitaciones, dispuestas a no perder detalle de lo que seguidamente iba a suceder en el cuerpo de Josefita. Mientras tanto, Cristóbal, nervioso, desmadejado y oliendo a pescado salpreso, observaba lo que ordenaba el facultativo para proceder en consecuencia. Y se dio cuenta de que a su mujer la colocaban en posición conveniente sobre la cama, para que sus muslos y piernas estuviesen libres sobre su borde y que dos mujeres entendidas en estos trances, las cogían levantadas y separadas a fin de que el médico comenzara la intervención.

Dispuestas sobre una bandeja de loza previamente desinfectada con alcohol, el especulum, tijeras, pinzas, algodón y los metros de gasa estéril cortados convenientemente, Cristóbal no tuvo valor para continuar al lado de su compañera y decidió pasar a la sala, pero cerca de la puerta, para seguir paso a paso y muy atentamente la operación.

Sentado el médico en su silla para poder actuar con comodidad y teniendo a su lado izquierdo la mesita del instrumental, procedió a lavar con angua oxigenada y agua hervida, las partes externas de Josefita manchadas de sangre, expuestas en aquel momento, sin recato ni pudor, a la vista del que quisiera mirar porque todo se hacía en beneficio de su salud. Cumplidos todos los requisitos, D. Luis fue introduciendo por el canal vaginal metros y metros de gasa, sin fijarse en las muecas de dolor que mostraba Josefita para no exhalar gritos que pudieran disgustar a su Cristóbal.

El momento estaba impregnado de un silencio emotivo, adulterado principalmente por el olor a pescado salado y a tabaco de Virginia. Se oía la respiración de todos los testigos que seguían sin descanso las incidencias del acto, tomando datos para comentar por detrás lo que ahora estaban presenciando. La intervención fue transcurriendo reglamentariamente, y el galeno seguía introduciendo más

gasa para que el taponamiento fuese perfecto, pero al observar Cristóbal que aquel espacio que consideraba pequeño no terminaba de llenarse no pudo menos de exclamar lleno de espanto, recordando lo que se hace con los barcos al carenarlos:

—¡Ay mi madre, si me la están calafateando!

LA FIEBRE DEL ISLEÑO

I

Los primitivos habitantes de las islas Canarias tenían sus costumbres, modismos y tradiciones que fueron poco a poco, mixtificándose con el cruce de los extraños, a tal punto que cuando ellas fueron incorporadas a la Corona de Castilla, toda la civilización hispana, se derramó en su interior y la vida canaria fue adaptándose a aquellas oleadas de amor y justicia que predicaban en nuestra madre patria los Reyes Católicos.

Por estas razones se ha dicho, alguna vez, que en nuestras tierras atlánticas se han remansado corrientes culturales de múltiples procedencias, entre las cuales destaca por su heterogénea y predominante influencia, la ejercida por la de España que si ésta fue asiento de una encrucijada de razas, el archipiélago afortunado, por su geografía, fue un constante cambio de rumbos, que trajeron a su vida, voces, canciones, modismos y costumbres, de los lugares más apartados.

Y si a ello añadimos que las islas se incorporaron a la historia de la medicina europea en un momento de fuerte vulgarización que se extendió a América, nada tiene de extraño que las prácticas curanderiles de los aborígenes y las creencias médico populares de los conquistadores, se entremezclaran con las que importaba la medicina europea vulgarizada y las que aportaba la medicina popular americana. Y es que en este aspecto psicológico de la falsa ciencia de curar, influyen en la bondad de sus resultados la Naturaleza, madre y salvadora de todos los males, la acción del espíritu sobre el cuerpo y el poco de verdad científica, pero verdad al fin, que encierran los remedios populares. Con ellas se construyó la base del edificio en que se asentó la medicina del pueblo canario cuya fe, en los remedios, fue cada vez más firme e irrefragable.

A ello hay que añadir la culpa que en la gran confianza puesta en los curanderos y santiguadores tuvieron la Medicina y los médicos

de entonces, pues atrasada aquélla y escasos éstos, los primeros ocuparon lugar preeminente en el tratamiento de las enfermedades, hasta llegar a los tiempos de hoy, en que alcanzando el prestigio científico de que gozan los médicos, se acepta y practica el curanderismo, como mal menor, en todas las clases sociales, preferentemente en la más pobre, por vivir en ella, elementos tradicionales que desde hace mucho tiempo desaparecieron en los países de origen.

II

Pueblo del interior de la isla, donde la lluvia hace fertilizar la tierra que labora el hombre con el sudor de la frente. El campo sembrado y poblado de trigo, recuerda, con sus movimientos, la brisa sanjuanera sobre el mar, levantando espuma sobre su superficie. Solo que, en este campo, las espigas por la acción del viento, reptan de aquí allá por el tallo que la sostiene, mientras de trecho en trecho las amapolas en flor, motean de rojo la palidez amarillenta del extenso valle triguero. Olía el camino a incienso y dicho olor invitaba al paseante a respirar profundamente para que el perfume penetrara en lo más íntimo de sus órganos. El jumento sobre el que cabalgaba el galeno, marchaba pausadamente por vericuetos y pasillos siguiendo las líneas marcadas por el técnico, a fin de asegurar la economía del tiempo y la garantía personal del caminante.

La tarde hinchada de luz declaraba la distancia que aún quedaba por recorrer y allá, a lo lejos, el acompañante, casi siempre propietario de la caballería, señalaba, con su mano, el lugar donde el enfermo esperaba ansioso la llegada del médico. Y como a éste le parecía muy largo el camino que aún le separaba, preguntó a su compañero y guía:

—¿Queda aún mucha tierra que recorrer?

—Aquí trasito— le contestó finamente.

Y el galeno inclinando su cabeza, asentía su conformidad, por que en aquellos momentos se entregaba a la realidad de los hechos. Y mientras iba montado sobre la mula, observaba en la inmensidad del valle, casas albeadas en blanco que semejaban nidos de palomas agrupados en serie. Los nísperos en flor perfumaban el ambiente invi-

tando a conciliar el sueño, pues el silencio que se sentía, interrumpido rítmicamente por el taconeo de la caballería, parecía rimar los movimientos de su cabeza con el número de pasos andados.

Las buenas tardes pronunciadas repetidamente por las personas que cruzaban el camino, o que se asomaban a las puertas para fisgonear la marcha del galeno, eran contestadas con toda dulzura y agradecimiento, porque le hacían concebir la esperanza de que el fin del viaje se acercaba. Mientras esto sucedía, el acompañante sacaba de su bolsillo la cachimba que fue llenando con tabaco virginio, a medida que lo prensaba con los dedos de su mano derecha. Colocada después entre sus labios, se oía chisporrotear el que estaba encendiéndose y se veían las columnas de humo disiparse en el aire, como las correrías de los tiempos mozos.

Continuaban en silencio el largo espacio que les quedaba por recorrer sin mediar entre ellos, otras palabras que las necesarias para entenderse y cuando la desesperación empezaba a invadir su alma, el jumento paró en firme unos metros más, sin que la voz de su amo se lo hubiera ordenado. Empezó a mover los pabellones de sus orejas como invitando al que portaba encima de su lomo a bajar al suelo y en un santiamén éste saltó sobre la tierra, al verse delante de la puerta de la casa apetecida. Frente a ellas, unas gallinas picoteaban sobre las hierbas con retintín y rítmico golpe y unas pieza de ropa blanca, cantaban al sol en despedida, su limpieza extremada, para ser guardadas en las gavetas del ropero o de la cómoda, que olían a fruta fresca, como señal de salud y pureza.

III

Terminado el saludo ritual penetró decidido en la habitación donde descansaba el paciente y a los pocos minutos, pasado que fue el encandilado de sus ojos por la luz que inundaba el exterior de la estancia logró darse cuenta de que varias mujeres ataviadas con el clásico mantón canario, acompañaban al enfermo rodeadas por un profundo silencio, ya que nadie osaba cruzar palabras en evitación de quejas y molestias.

Es ésta una de las tantas costumbres que se conservan en los pueblos en señal de respeto al doliente y consideración a sus familiares. Y si la enfermedad es grave o se prolonga más de la cuenta, entonces la mansión es lugar de cita para que todos los conocidos y amigos se vean obligados a pasarse el día, o parte del día, curioseando, contándose chismes y a veces jerimiqueando en un llanto superficial y fingido, medio puesto en solfa, para hacer ver la participación de su dolor en el de sus familiares.

Al entrar en la alcoba, ninguna de ellas hizo ademán de levantarse y sólo la madre encanecida y medio llorosa, le ofreció el suyo situado al lado de la cama del enfermo. Su primer impulso, al encontrarse frente a frente del paciente, fue ordenar al numeroso acompañamiento la retirada de la habitación, para reconocerlo con todo el detenimiento posible, pero sabedor y conocedor que era costumbre arraigada en el país, el que las amistades mostraran a la familia del enfermo su condolencia, haciendo uso del paso interminable de las horas en diálogo con el silencio, desistió de hacerlo y comenzó el interrogatorio.

Sobre la cama construida en estilo antiguo, con la tea de nuestros pinares, el paciente ardía en fiebre. Abrigado hasta el cuello, con manta de lana, cubierta su cabeza con tohalla ribeteada de colores, a fin de que el aire no entrara por ninguna parte en su cuerpo y sobretapados sus pies con la clásica traperera de nuestros pueblos, no aparentaba tener más que la piel y los huesos. Desmeдрado, macilento y recogido sobre sí mismo en actitud de tristeza y abatimiento, presentaba el aspecto de un cadáver ambulante aunque provisto de suficientes energías, pues su juventud y su vida pasada hacían confiar en un pronto y rápido restablecimiento.

Su silueta semejava a la del buitре cuando posa en lo alto de una peña.

—Está usted enguirrado amigo mío, y así no se va a ninguna parte—, exclamó el médico al observarle.

El pelo de la cabeza y barba habían crecido desmesuradamente hasta ocultar gran parte de la cara, porque es también tradición en ellos, el no afeitarse ni pelarse, cuando están enfermos, por temor a coger una pulmonía con el agua usada para estos fines.

Empezada la exploración, sólo se oía la voz quejumbrosa del doliente, interrumpida por el deajo que delataba, bien claramente, su antigua estancia en la isla de Cuba. Su retorno a la patria chica efectuada hacía unos años, no había desfigurado la cadencia melodiosa del habla cubana. Sus ademanes y arreglo ornamental de la casa, hacían pensar que en aquellas tierras lejanas había amasado una pellita.

—Desde hace unos días vengo malo. Empecé a sentirme fañoso y a sentir mucho fuego en el estómago y hervidero, como un sesido en el pecho. Creí que todo me venía de un disgusto que tuve con un chafalmeja y a quien no le di una galleta, por no vérmelas con la justicia. No tardé en notar me homigueración en los brazos, un derrumbe en la cabeza y cada vez que tomaba el alimento me fajaba a vomitar. Mi madre me decía: «Miguel, no tomes las cosas tan a pecho», pero yo Dotor, no lo podía remediar. Desde que me tumbé en la cama, la fiebre no me deja y por eso le he mandado a buscar, porque me han dicho que es usted muy especial para el estómago.

Después de explorarlo con toda minuciosidad, el médico sacó la conclusión de que la enfermedad que le tenía encamado, era un tifus abdominal. Desesperado el paciente porque la fiebre no desaparecía con la cantidad de hierbas caseras, frotaciones de extractos de plantas y demás remedios y menjurjes que el cónclave de doctoras, sin título, le aconsejaba, decidió hacer renuncia de éllas y someterse a la sabiduría de la Ciencia.

—Estoy que no puedo más, Dotor— seguía diciendo. —Esta fiebre me consume y me tiene enjillado. Va a dar pronto con mis huesos si usted no pone sus estudios en mi favor.

La fiebre, para muchos isleños, es síntoma sin importancia. ¡Cuántas veces acuden a los despachos de los médicos personas con fiebre alta, sin que al parecer le concedan valor alguno! Por el contrario otros, con sólo décimas, son dominados por una verdadera obsesión que les impide vivir en calma. Al médico le interesa, claro es, conocer su causa para conseguir su desaparición en el más breve espacio y tiempo posibles, pero algunas veces nos vemos en la imprescindible necesidad de hacerla descender siquiera un momento, para despertar la fe en el paciente. Y como llevaba el facultativo unas pastillas de piramidón, le invitó a tomar una antes de terminar

el reconocimiento, en la confianza de que pasado el tiempo reglamentario, comenzaría a disminuir. Acto seguido rogó a los familiares pasasen a la próxima habitación para darles cuenta del diagnóstico hecho y del tratamiento a seguir.

Afortunadamente la enfermedad evolucionaba sin complicaciones, por lo que el galeno esperaba que al hacer las medicinas que le prescribiera su efecto, ya que hasta la fecha no habían hecho otra cosa que meterlo en manos de las curanderas, la fiebre comenzaría a disminuir hasta llegar a su desaparición.

Terminado el cambio de impresiones con los componentes de la familia, volvió a la alcoba donde el pobre indiano atormentado por la fiebre, ponía a prueba su paciencia soportando las visitas de aquellos vecinos con sus respectivos sobretodos y entonces, creído llegado el momento de lograr el éxito deseado, calculando que el antitérmico había puesto en acción su poder defensivo contra la fiebre, puso su termómetro en la axila del enfermo esperando la sentencia.

Transcurridos los cinco minutos, cogió entre sus dedos, sin entregarlo a su dueño, inquieto y nervioso, el afilado medidor de la temperatura. Y cuando todos los presentes y el mismo médico confiaban en ver aparecer en su cara la sonrisa del consuelo, no pudieron menos de acusar y silenciar la contrariedad, al oír, con tono de mal talante y humor, entregándose a su dueño:

--¡Todo el canuto, Doctor!-- Y cerró su boca triste y desesperado.

LOS ORADORES QUE HAN HABLADO A POSTERIORI

I

Tiempos precursores de la segunda República española. El Gobierno del General Berenguer deseoso de congraciarse con el pueblo español, había anunciado en una de tantas conferencias de prensa, la celebración de las elecciones municipales para el mes de Abril de 1931. La masa popular esperaba con pasional vehemencia la llegada de esta fecha, porque tenía la seguridad de que el triunfo de los ideales que sostenía y defendía, daría al traste con la monarquía que regía los destinos de España.

La propaganda política llevada a cabo durante los tres primeros meses del año 1931, había alcanzado los límites de la superación. La prensa peninsular y la isleña llenaban las columnas de sus periódicos con las reseñas y comentarios puestos en acción por los numerosos mitines celebrados. La cantidad de oradores que surgían, por generación espontánea, de aquel contingente de hombres que formaban parte de la opinión pública, aumentaba día a día porque era muy fácil hablar de la justicia vilipendiada y de la conducta moral de los dirigentes españoles. A boca llena se mostraban frases repletas de malquerencias y a pluma llena, se escribían artículos inflamados de virulencia. Lo importante era levantar el espíritu de la nación, para que todos sus habitantes interviniesen en los comicios próximos.

Los comités locales de los partidos políticos situados en la oposición, se reunían por las noches con relativa frecuencia en los locales elegidos al efecto, a fin de llevar el control de los votantes y poder juzgar, a priori, el resultado de las elecciones. En cada uno de ellos existía una mesa, de mayores o menores dimensiones, situada en el centro de la habitación y unas pocas sillas colocadas en derredor, para que sobre ellas descansaran los asesores. Ni un cenicero

se veía para recoger las colas de los cigarrillos, ni un escupidor para verter los esputos de los catarros. Allí se fumaba sin descansar, hasta hacer irrespirable la atmósfera, pues lo único que interesaba era controlar las listas electorales para llevar a cabo el cómputo de los partidarios y enemigos del pueblo.

En cada reunión se exponían las impresiones recogidas de las conversaciones sostenidas con los pronosticadores profesionales y de las consecuencias deducidas por las disposiciones adoptadas por las autoridades, ya que muchos ciudadanos no gozaban de la independencia política necesaria para disponer, a su libre albedrío, del pensamiento y de la voluntad.

Todo este bagaje de preocupaciones por el triunfo en la lucha que se avecinaba, constituía el objeto principal de la discusión entre aquellos ciudadanos y camaradas, pues mientras unos, los menos apasionados, apoyaban su cabeza sobre las manos abiertas para no dejarlas caer sobre la mesa polvorienta y sucia, otros con las listas del censo señalaban el recuento de sus amigos, poniendo el lado del nombre de cada persona inscrita, una cruz como indicación de que ya había sido interrogada y comprometida en la batalla entablada entre amigos y enemigos de la Monarquía.

—Fulano de tal— decía uno de los asistentes pronunciando el nombre y apellidos de los que en ellos aparecían.

Si la persona que los llevaba no era conocida de los presentes, el silencio respondía momentáneamente a la voz que acababa de vibrar en el ambiente. Y digo momentáneamente, porque acto seguido uno de ellos, poniendo cara de circunstancia, interrumpía dicho silencio, diciendo después de hacer un esfuerzo mental:

—Es el marido de Juanita la Valera, aquél que tiene unos bezos, como lebrillos y siempre está maguado cuando está en puerto—. Y entonces, otro más decidido y conocedor de los manejos puestos en marcha para hacer claudicar las conciencias, responde marcándole con una cruz:

—Adito—. Y la gente asentía, para continuar con el que seguía en la lista.

Si por el contrario, la persona nombrada no era fácil de convencer y necesitaba ser halagada para ceder el voto, toda vez que se presumía iba a poner remilgos y a mostrarse requintado, ante el favor,

el comité local hacía punto por unos instantes en espera de que algunos de los conspicuos del partido, diera la solución correspondiente, En este momento surgía la voz de otro camarada, para hacer reflexionar sobre la idiosincrasia de estos hombres que clareaban sus ideas políticas en busca del mejor postor. A pesar de todo, añadía, dándose cierta importancia por el paso que iba a dar:

—¡Apúntamelo a mí!

Y de esta manera continuaban las sesiones prolongadas hasta las primeras horas de la madrugada, como lo acreditaban la serie de cruces interrogantes y negociaciones escritas al margen de los nombres de los electores y el número de colas de cigarrillos esparcidas por el suelo.

II

Pues bien, en esos tiempos precursores al advenimiento de la Segunda República, los partidos de la oposición, con entusiasmos juveniles y orientaciones bien estudiadas, habían dispuesto en perfecta compenetración, celebrar mitines y otros actos de propaganda en distintos sitios de la población, a fin de que todos sus partidarios escuchasen las razones tendentes a conservar la fe puesta en el triunfo, ya que del resultado del sentir popular dependía el porvenir de España. Y unas noches en el Puerto de La Luz, otras en el barrio de Fuera de la Portada y otras en el Circo Cuyás, Centro Republicano y Pabellón Recreativo, los oradores caldeaban el ambiente de sus recintos, atrayendo adeptos y convenciendo a los indiferentes de tal modo, que cada acto de propaganda se traducía en un desfile de partidarios hacia los campos antidinásticos. Tal eran el fervor y la pasión puestas en la lucha durante aquellos tiempos, que sólo se libraban de la congregación de los dirigentes, los desengañados y convencidos de que el cambio de régimen nada nuevo había de traer a la Nación.

Una noche le tocó el turno a un populoso barrio de la Ciudad que desde hacía años, se rebelaba contra el poder constituido, porque en él la semilla del republicanismo había florecido de una manera manifiesta. Los correligionarios que en él vivían para llevar a cabo

su propaganda, tantos años sobornada y adormecida, pidieron ayuda a los dirigentes del Comité Central de Las Palmas a fin de que el éxito fuera definitivo. Y en la mañana de dicho día, como aire que aviva el fuego, quedaron nombrados los prohombres de la Conjunción republicano-socialista que habían de alentar al pueblo en la campaña de rebeldía y protesta que prendía, como las epidemias, en muchas capitales y pueblos de la Península.

A la hora anunciada para la celebración del mítin, las calles del barrio aparecían repletas de curiosos que esperaban la llegada de los jefes y oradores. No otra cosa deseaban en aquellos instantes, porque al conjuro de sus propios latidos, sentían en su interior impulsos de una nueva vida, que habría de traer paz en la tierra y bienestar corporal y anímico a cada uno de sus habitantes. La multitud, aquella noche dominguera, atraída por el estampido de los voladores que sonaban en la atmósfera con más intensidad y luz que otras veces, acudían llenos de novelería al local, para saciar el deseo incontenido de un cambio de régimen y gobernantes. Muchos no se habían dado cuenta de lo que pedían, pero al pedirlo, soñaban con la idea de que se iba a trabajar menos y a ganar más.

El salón media hora antes de la reunión, en que se iban a exponer asuntos políticos y sociales estaba, como se dice en el argot periodístico, lleno hasta los topes. Los hombres, en su mayoría trabajadores, habían ocupado todas las localidades. Los gritos y conversaciones en alta voz, impedían entablar diálogos con los vecinos de las cercanías y era tanto el humo que invadía la atmósfera cargada de aire mefítico y de olores nauseabundos, que sólo el ambiente popular y la ilusión puesta en el resultado de aquellas elecciones municipales, ya convocadas, podía justificar la permanencia en el local impregnado de olor a tabaco y humanidad sui generis.

Aplausos de los impacientes, bostezos y eructos puestos en solfa por los aburridos y dispépticos, se oían sobre el rumor constante de aquel auditorio que come y escucha y aprender de reivindicaciones sociales y derechos personales. Comenzaba a impacientarse el público, al empezar a comprobar que no hacían acto de presencia los oradores en el escenario, a pesar de que el reloj acababa de tocar las campanadas anunciando la hora, pero pocos minutos después, los elegidos por los partidos, con aire de revolucionarios por

un lado y de timidez por otro, dieron comienzo al mitín poniendo de manifiesto los errores de la Monarquía y la bondad del régimen que apetecían, para salvación de la Madre Patria.

Una mesa en el centro del teatro convenientemente dispuesta para señalar el sitio donde habían de sentarse los miembros directivos de la conjunción política y el Delegado de la Autoridad gubernativa a la izquierda de la Presidencia. Sobre la mesa, un tapete rojo y la campanilla a la disposición del representante del poder constituido, para llamar al orden si los ánimos se caldeaban. A poca distancia, tres filas de sillas ocupadas por las figuras destacadas de los partidos y en uno de los extremos, otra mesa de menor tamaño, donde la botella de agua de Fargas y el vaso de cristal esperaban mitigar la sed de los oradores, bien mojando sus labios o humedeciendo sus gargantas.

El presidente abrió la sesión con toda mesura, por tener cohibidos sus ímpetus ante la autoridad allí presente. Se hizo el silencio en la sala y el auditorio preso de emoción abría los párpados sin limitación alguna, para agrandar visiblemente los ojos. Retumbaban las palabras de los líderes en aquel amplio salón y sólo se oía con cierta frecuencia el rascar luminoso de las cerillas sobre el esmeril de sus cajas y las chupadas del virginio que ardía en la pipa costera, como los saltapericos de nuestros tiempos.

El primer orador que hizo acto de presencia, hombre avezado a estos menesteres, leído y enfrascado en obras avanzadas, de recia envergadura por entremezclar la política con la filosofía pero de mérito evidente, porque a su voluntad debió su cultura, saludó al público después de haberse tragado un buche de agua. Con palabra reposada al principio, pero caldeada a medida que sus pensamientos fluían con facilidad por su boca, desbordada la inquietud de los oyentes con frenéticos aplausos de aprobación, al tiempo que retaba a la caótica situación porque atravesaba España en aquellas horas nefastas. Describía con pinceladas trágicas, el malestar nacional que nos ahogaba, bordeaba con habilidad y temor los errores e inmoralidades de los gobiernos del que todo lo podía y cuando ya el tema peninsular se agotaba, tal vez porque las gentes no llegaban a entenderlo, continuó trazando en párrafos exaltados la política local nacida

desde muchos años antes. Y surgió, como era de esperar, la desgracia del 15 de Noviembre.

El auditorio que empezaba a cansarse, al oír esta fecha y venir a la memoria de los más viejos la serie de sucesos que tuvieron lugar en un colegio electoral de esta Capital, con motivo de la lucha entablada entre el poder y estos partidos antidinásticos, volvió a enervorizarse, sonando los aplausos con más entusiasmo y llegando el caldeado ambiente al punto de ebullición. Nuestro hombre, ronco por la emoción y satisfecho por el éxito obtenido, creyó que había llegado el momento de pintar descarnadamente la escena angustiada de aquella tarde, en que cayeron bajo el fuego de la metralla, tres hombres. Y sin poder contenerlo, al solo recuerdo de lo que fue testigo en su lucha por el ideal, desbordose su valor al tiempo que exclamaba trágicamente:

—¡Y había que ver ciudadanos y camaradas aquellos femures y aquellos humeros sembrados por el suelo de la calle 15 de Noviembre!

No debieron de sonar bien a sus oídos el acento de aquellas palabras, pues acto seguido al darse cuenta de la sonrisa contenida de algunas caras de los médicos allí presentes, sacando rápidamente de un bolsillo de su americana, un pequeño papel que leyó rápidamente, rectificó el acento de las mismas diciendo a continuación:

—¡No, aquellos fémures y aquellos húmeros!

Una estruendosa ovación premió la dialéctica exaltada de este dirigente político y mientras recogía los apretones de manos que le ofrecían los camaradas de su partido, salió a la palestra el segundo orador, médico famoso, de palabra fácil y arrebatadora y de voz mitinesca, que saludó a su querido pueblo augurando un horizonte pleno de luz y libertad. Fumador empedernido, alto y delgado, representaba al partido moderado de la conjunción que había de regir los destinos de la isla durante los años que se avecinaban. Afirmó que los tiempos indignos que estábamos viviendo iban a fenecer y que en fecha cercana, nacería con los brazos desplegados para estrechar a sus hijos la Segunda República que a pasos agigantados se aproximaba al solar patrio.

Acogido con el mismo entusiasmo que su predecesor, no había duda y en ello estaban contestes partidarios y enemigos de la situación, que el éxito estaba asegurado. El auditorio quedó plenamente

satisfecho y cuando los ánimos tranquilos y fervorosos, se disponían a finalizar el acto para salir a la calle, llena de aire fresco y puro, el presidente, honrado camarada y hombre forjado en el duro bregar diario, se levantó del asiento para hacer el resumen de lo que se había dicho y leer las conclusiones que habían de entregarse a la representación de la autoridad gubernativa. Y fue entonces, cuando, rodeado del respeto con que siempre le había distinguido el pueblo por su veteranía y serenidad comenzó su perorata en actitud protectora, con las siguientes palabras dichas en tono dulce, suave y prolongadamente:

—¡Ciudadanos y camaradas, los oradores que han hablado a posteriori...!

No está de más decir, que los asistentes, comentando unos y en silencio otros, del local urbano, todos se salieron.

TEMO QUE SE SORPRENDA

I

El isleño, como todos los habitantes de este mundo, tiene psicología propia, manera de ser y poder intuitivo que hacen a su alma revestirla de facultades y fenómenos diferentes a las de los demás vivientes. Esta psicología que le permite estar en desacuerdo, muchas veces, con sus semejantes, depende en gran parte de las modificaciones que imprimen al alma las múltiples circunstancias por las que atraviesa en la vida.

Es un hecho demostrado, aquel que nos dice, de una manera terminante, que las variaciones atmosféricas y geológicas (luz, calor, humedad, composición del suelo, etc.) originan cambios en la naturaleza orgánica del individuo, bien aumentando su talla, peso, fortaleza y resistencia a las enfermedades, bien modificando y dando personalidad a la antropología de los habitantes de un pueblo. De la misma manera todo lo que atañe al espíritu (ánimo, valor, vivacidad, ingenio) se refleja en la manera de ser del isleño haciéndole, unas veces, arisco, huraño, tímido, lleno de complejos y otras locuaz, expansivo, dicharachero y pleno de expansiones afectivas.

Y si eso sucede en la vida corriente donde Dios nos ha dado méritos y procedimientos para corregir nuestra manera de ser, nada tiene de extraño que al experimentar una alteración más o menos grave de la salud, tenga el enfermo reacciones que hacen dar a las enfermedades, síntomas, lo suficientemente destacados, para hacerlas distinguir de las que se conocen con el mismo nombre, en otros países. Por ello el enfermo de las islas, en su manera de hablar, expresarse, responder y relatar su historia clínica, llega en algunas ocasiones a tergiversar los hechos y producir confusiones mentales, tal vez influidos por las costumbres, tradiciones populares, mitos, y creencias tan arraigadas en la cultura de los habitantes del campo.

Este aislamiento, esta separación del ambiente de la Ciudad y esta dulce conformidad con el destino, han sido muchas veces las causas de esta falta de ilación de ideas y de cronicidad en la exposición de sus males.

Debido a estas razones, he oído comentar, más de una vez, a varios compañeros de la isla, en términos más o menos justos, sobre los esfuerzos que tienen que llevar a cabo para recoger los decisivos datos que hacen llegar al diagnóstico de la afección que padecen, en un sentido de orientación determinado y poder incluirlo, por lo tanto, en una de las innumerables enfermedades que señala y especifica la Medicina. Y llega a tal punto esta falta de capacidad explicativa por parte del paciente y su poca participación en el diálogo establecido, que muchas veces, ante la imposibilidad de fijar y destacar los síntomas reveladores del mal, se han visto obligados a renunciar a esos magníficos y elocuentes datos que se obtienen del interrogatorio discretamente dirigido, porque en lugar de aclarar las dudas, las ensombrecen y agrandan.

Existen, sin embargo, excepciones, ya que tenemos entre los enfermos representaciones de los diferentes prototipos del saber humano, pues unos creen explicarlo todo con las palabras pronunciadas, otros lo hacen esmerándose en la expresión y dicción de los términos que creen relacionados con la Medicina y unos últimos, a fuerza de astucia, se ensañan en el tono y pronunciación que dan a sus frases, hasta el punto de que en nuestra isla podríamos distinguir los habitantes de los pueblos y a los pueblos mismos, no sólo por su topografía, cultivos dominantes, pluviometría etc., sino por el dejo característico que dan a sus conversaciones y por sus creencias en el arte de Hipócrates. A este propósito podemos añadir, que no hablan de la misma manera los habitantes del Norte si se los compara con los que viven en el Sur. La manera de decir, el tono que dan a sus palabras, el silabeo que suele acompañar a cada una de sus preguntas y respuestas, haciendo caso omiso de otras manifestaciones de su vivir cotidiano, ha llegado a ser descrito de una manera explícita y clara por los cronistas.

II

Un día solicitan el consejo del médico, dos hermanas solteras, nacidas en un pueblo sureño de la isla, para tratar de poner remedio, una de ellas, al mal que venía perjudicando su salud de una manera manifiesta. De todos es sabido, que el paisaje del Sur llama la atención por la grandiosidad de sus montañas y por sus vastas llanuras perezosas, agrias y secas, donde se encuentran vergeles y oasis que ponen la nota estridente, pero atractiva y refrescante, a los distintos lugares que se van encontrando en el camino. Esas llanuras nos recuerdan el paisaje africano disimulado por tantos y tantos labradíos, con sus casetas blancas, y molinos a manera de palmeras artificiales. Su vegetación, además, origina un espectáculo único, pues sus cardones recuerdan a capillas votivas donde sus pencas parecen velas rizadas y adornadas de encendidas flores rojas y donde el viento llega a ahogar, en algunos instantes, el ruido que producen las olas al estrellarse, el graznido de los cuervos que revolotean en las alturas y el chirriar del carro que anda perezosamente tras la yunta de bueyes.

Con peinado recogido en la parte posterior de la cabeza, arrollado en un espléndido moño, color sonrosado de su cara, esbelta y de mirada inquieta, la mayor se sirve de sus robustos brazos, para dar más entonación a sus palabras y expresión a su lenguaje. Su hermana, en cambio, robusta también de cuerpo, calla sentada en la silla mientras mira a los ojos de la que sin cesar va contando la serie de contingencias por las que ha ido pasando la enfermedad que la tiene amargada.

Esta escena, que se repite en los despachos de los médicos, no deja de tener su fisonomía propia, por cuanto es lógico pensar, que nadie puede referir mejor lo que siente en su interior, que la que lo sufre, pero en la isla se da el caso, con frecuencia, de que es la acompañante la que se cree sabedora de los males del familiar y por ello toma la palabra, da comienzo a su perorata y no deja meter baza al médico. En esta ocasión la enferma con treinta años cumplidos, sin historial amoroso y candidata a la soltería sin remedio, era persona altamente nerviosa, aprensiva, llena de temor a las enfermeda-

des y de las cuales creía huir, abrigando su cuerpo para no dejar al descubierto más que su empolvada cara. Tan seriamente se cumplía este requisito, que el médico tratando de aquilatar el color de su piel para proceder al estudio de su hábito externo, puesto que el de su cara estaba artificialmente simulado, no pudo lograrlo porque sus manos las tenía guardadas dentro de unos guantes negros.

Frente a frente los tres actores y sentados alrededor de la mesa donde el galeno escribía el historial clínico, el silencio que acompañaba a las frases escritas era interrumpido, frecuentemente, por la que desempeñaba el principal papel en la consulta. Y es que en su afán de contarle todo, amasaba sus palabras de tal manera, que hizo perder el hilván de la relación al médico cuantas veces trató de poner orden en las notas recogidas. Vista la insistencia en seguir hablando, desiste de continuar escribiendo, para disponerse a oírla con toda la paciencia de que hizo alarde Job. Y comenzó su relato:

—Pues señor *dotor*, esta hermana mía es como un *almenaque* de muchas hojas. Cada día se siente de algo distinto, pues aparte de que el fastidio se la va a comer, desde que traga el alimento se siente una *esconformidad* en el *estógamo* que no la deja *hirir* y son tantos los *erutidos* que echa por la boca que no hay nadie que se acerque a su lado. Algunas veces tiene *intreñimiento*, otras *templanza* y como está *debe* y son tantas las *mortandades* que tiene en el cuerpo, queríamos saber si tiene *úrsula* para que le ponga un *régimo*, pues no es posible seguir sufriendo con tanto *arrancamiento* de vida, que no la deja algunas veces ni *tosiar*.

Al terminar su discurso, los tres quedáronse mirando cara a cara. La protagonista feliz y contenta, porque en su interior sentía el gozo de la total explicación, la enferma callada y silenciosa, por haberse ahorrado todo el presente vocabulario, y el médico sin poder colegir juicio clínico, ya que había quedado sumido en un mar de confusiones.

La escena había llegado a caldear el ambiente de aquella habitación, llena de libros y revistas. El médico, como es de presumir no se dio por satisfecho con aquella retahíla de síntomas expuestos sin orden ni concierto. Daba vueltas entre sus manos al bolígrafo en busca de nuevos datos anamnésicos, e interrumpió el descanso del monólogo para continuar preguntándole:

—¿Tiene vómitos?— Y sin esperar a que continuara el interrogatorio, la acompañante respondió:

—*Gómitos* no, pero algunas veces se siente *provocaona*, cuando se nota el *estógamo valonado*.

En vista de que el léxico continuaba y nada se aclaraba, el médico se propuso continuar las respuestas por el canal de la verdadera historia clínica sin poder conseguirlo, pues cuantas veces insistía, imponiendo su autoridad, otras tantas obtenía la misma fraseología.

Ante esta imposibilidad, se dispuso a obtener los datos que pudiera lograr de la exploración objetiva invitando a la enferma a que se despojara de aquel almacén de telas que llevaba encima y se acostara sobre la cama de reconocimiento. Y señalándole la habitación contigua, cerró la cortina que la separaba de su despacho, para que a sus anchas y sin temor a ser vista, procediera a quitarse parte de los vestidos de su cuerpo y proceder a su mejor estudio.

Mientras esto sucedía, sentose el médico en la butaca de su despacho en espera del aviso correspondiente. Escribió unos cuantos datos que recordada, mientras fue formando su juicio clínico, en este caso deficiente y fuera de lugar, ya que los modismos médicos de aquel pueblo no entraban en el buen decir de los ciudadanos medianamente cultos. Y como el tiempo pasara sin esperar la orden, rasgó las vestiduras de la cortina para encontrarse con la enferma que continuaba vestida con el mismo ropaje que trajo de su casa. Volvió a insistir en la necesidad del reconocimiento corporal como paso obligado para hacer un diagnóstico cierto y el tratamiento adecuado. La enferma no quiso obedecer porque temía enfriarse si se despojaba de su vestimenta. ¡Era tal la carga que traía encima y la negativa a cumplir lo que se le ordenaba, que por mucho que tratara el médico de palpar y percutir en el supuesto de haberse echado sobre la cama, nada útil ni provechoso hubiera obtenido de aquella exploración rudimentaria.

Vista la solución tomada, a pesar de los consejos de su hermana, el galeno desistió definitivamente de su obligación y pasó a su despacho derrotado y asombrado ante la escena sucedida. Su deber le impuso la resolución de no recetar, ya que la consulta no había llegado a su verdadero final. Y así lo comunicó a sus visitantes. Pero la protagonista no se conformó con lo que acababa de oír y alegaba,

en su defensa, que el buen médico solo necesitaba de las palabras que decía un enfermo, para conocer la enfermedad que padecía. Y como la Medicina, gracias a Dios y a la Ciencia, cuenta con muchos recursos inofensivos que nacieron con el mundo, no dudó el galeno en disponerse a recetar, acuciado por las exigencias de la paciente y por el afán de terminar la consulta que se prolongaba más de la cuenta.

Frente a frente otra vez los tres actores, tomó la palabra el discípulo de Hipócrates para prescribir el plan que creyó conveniente. Infusiones de tila y matalahuga después de las comidas, paños de agua fría sobre el estómago para quitar el salto del epigastrio, supresión de comidas picantes y excitantes y dar paseos por el campo a fin de hacer desaparecer el susto y el temor que sentía ante las cosas y los hechos. Pero sobre todos ellos, la necesidad de darse unas duchas de agua ligeramente tibias por las mañanas al levantarse a fin de calmar el temperamento nervioso que la dominaba y hacer limpieza para aquel cuerpo que de seguro encerraba un vaporoso olor a sudor ácido y corrompido, culpable, sin ningún género de dudas, de aquella negativa a despojarse de las ropas que la envolvían.

Y cuando más enfrascado estaba en su catilinaria, explicando la manera de ducharse haciendo uso del regador que se emplea para echar agua a las plantas, en el caso de que no existiese cuarto de baño en su domicilio, la hermana mayor interrumpiendo dijo:

—En lugar de esas *huchas*, doctor, ¿no podría mandarle otra cosa que le hiciese el mismo *defeto*? Porque si se da esos baños temo que se sorprenda.

—¿Sorprenderse ella?— exclamó estupefacto, sin salir de su asombro. —¡Ni que fuera una niña chica para asustarse!— terminó diciendo.

La mujer no supo que responder y vaciló antes de contestar, pero al fin, dominada por la verdad del hecho, replicó:

—¿Cómo no va a sorprenderse, si en su vida se ha bañado?

Ante la respuesta no tuvo más remedio el médico que dar definitivamente por cierta, la resistencia de la paciente a desnudarse y su negativa a ser reconocida.

¡CONSIDIO MARINERO...!

I

Emplazada al final de la calle de Triana, cerca de la muralla que circundaba a la Ciudad, y en un paraje desierto, donde la calle terminaba para convertirse en camino real del Puerto, la ermita de San Telmo constituía la última edificación de este barrio y la más al Norte intramuros del mismo. Situada en el sitio que ocupa la que persiste en la actualidad, fue destruida por los holandeses en su éxodo por la isla; en el año, 1599. Sus alrededores y las huertas próximas a poniente eran lugares muy visitados por desocupados paseantes, ya que en sus frondosos vergeles se podía encontrar sombra y acomodo, principalmente en las calurosas tardes de verano. La muralla principal de la Ciudad, a la que hicimos alusión al empezar, construida en el año 1577, no tenía otra puerta que la de Triana situada en la prolongación de esta calle, y por ella se hacía el tráfico diurno entre Las Palmas y el vecino Puerto de La Luz.

Destruída, como acabo de decir, por la invasión de Van der Doez, en el año 1599, fue reconstruida en el mismo lugar de su emplazamiento anterior y con arreglo a idénticos patrones, en 1694, por la Confraternidad de Marineros de Canarias que guardaba en sus actas, 80.000 pesos de capital, cantidad que les permitió traer artífices de la Península para su mejor orientación y ornamentación. Esta misma Confraternidad hizo edificar una fuente para la aguada de buques, sostener doce camas en el Hospital de San Martín para marineros pobres, y remediar, mediante aportes económicos, las necesidades de los navegantes.

La ermita de San Telmo llamada así en honor de Pedro González Telmo, marino de aquella Cofradía que logró ser santificado, fue la sede de la Confraternidad de Mareantes del mismo nombre, bajo

cuyo patronato nació y se desarrolló el gremio de marinos y pescadores. Esta Confraternidad se había establecido antes en la ermita de San Sebastián, construida con antelación a la que me ocupa, en terrenos próximos a ella y allí acudían todos los días del santo el Cabildo Catedral en prerrogativas de que no sufriese la Ciudad las enfermedades pestilenciales. Desaparecida, más tarde, la iglesia, fueron ocupados su lugar de emplazamiento y el del cementerio anejo, por el actual parque que lleva su nombre.

El 9 de Mayo de 1745, según reza la inscripción que figura en un cuadro existente en su sacristía, dióse principio a los cimientos del tercero y último templo en sustitución del anterior, dado el estado ruinoso en que se encontraba el erigido en 1674. Fue terminado el 20 del propio mes de 1747 con fondos de la propia iglesia y su Hermandad, a instancias de su Mayordomo, Valentín de la Concepción, natural de la isla de La Palma.

La ermita de San Telmo, hoy parroquia de San Bernardo, se alza frente al antiguo y pequeño muelle de Las Palmas de Gran Canaria, con armoniosa y típica traza exterior y decorado interior, que la hace calificar de verdadera joya de arte. Retablos del más rico barroco canario que recuerdan el arco hispano americano en el que destacan sus oros sobre las colgaduras de damasco situadas en la única nave de que se compone, la hacen aún más valiosa y estimada. En el presbiterio y separada de ella por el arco triunfal, se conciertan su techumbre, la decoración de los muros y sus magníficas esculturas religiosas, entre las que destaca la Inmaculada Concepción de Alonso Cano.

La Confraternidad de Mareantes de San Pedro González Telmo, a la que hicimos referencia anteriormente, fue fundada espontáneamente por la gente de mar, sin estatutos ni ordenanzas civiles y religiosas. Su gobierno estaba constituido por una Junta de 12 miembros y un mayordomo con poder y facultad para disponer de lo poco que aquellos especificaban. Se nutría económicamente de las aportaciones de los miembros, consistentes en un tres por ciento del producto de la pesca, tanto de los barcos que salían para la Costa de Africa, como de los que «pescaban del frente de esta Rivera». Este tres por ciento se dividía por partes iguales: una mitad formaba un fondo destinado al culto del patrono y adorno de la ermita que «era

ja mejor iglesia después de la Catedral», al decir de los Congregantes y la otra, a socorro de invalidez, dotes, entierros y enfermedades, auxilio a cofrades pobres y demás prestaciones y beneficios especificados en los estatutos.

Por último, en marzo de 1868, fueron trasladados las alhajas, ornamentos y vasos sagrados existentes en la ruinosa parroquia de San Bernardo construida en el Monasterio de Bernardas de la Concepción de esta Ciudad, a esta ermita de San Telmo, por el sacerdote D. Juan Inza Morales, quedando, por consiguiente, enriquecido su tesoro artístico.

II

Cansados de pelar la pava y de estar *mociando*, Pancho y Madalenita habían fijado la fecha de la noche de San Bernardo para contraer nupcias. Tenía el joven marinero que emprender un largo viaje a la Costa y no quería, como otras veces, retrasar la boda. Llevaban algunos años requiriéndose de amores y hablándose por la ventana, hasta que resolvieron, dar por terminado el período de relaciones. Duchos en el arte de arrullarse, decidieron juntar sus cuerpos indefinidamente en la noche antes citada, porque el patrón del pesquero donde viajaba Pancho, había resuelto salir a la mar en la madrugada del siguiente día. Las noticias que se tenían de la Costa eran extremadamente halagüeñas y no era cosa de perder más tiempo en la bahía.

Eran las ocho de la noche y la iglesia de San Telmo, a la que tanta fe tenían los marinos, se iluminaba para recibir a la feliz pareja. A sus espaldas existió el varadero famoso hasta su desaparición, porque en él fueron construidos los mejores buques que salían para la carrera de Africa y América. Así mismo era de sobra sabido que toda la gente de mar tenía gran fe religiosa en los santos que se veneraban en su interior, por lo que muchos se unían en los indisolubles lazos del matrimonio, ante la Virgen de la Concepción que presidía el templo.

Las campanas de la iglesia tocaban a rosario y poco a poco fue llenándose el templo de familiares, amigos y curiosos. Pancho y Madalenita, con sus trajes recién confeccionados, cruzaron la estan-

cia asorimbados, pues nunca, claro es, se habían visto en tal trance. Ella con la cara colorada donde se podía freír un huevo y él dando trompicones en el suelo porque los zapatos le apretaban los pies.

Terminada la ceremonia, la pareja convertidos, por el amor, y la gracia de Dios, en marido y mujer, no levantó los ojos en todo el trayecto de la ermita hasta la puerta, pues llenos de rubor, daban paso a la serie de pensamientos que los mal intencionados dejaban correr por sus cabezas. Y así cuando sus padrinos y familiares, con esa picardía que ponemos en nuestras palabras al sospechar lo que tiene lugar después, les daban enhorabuenas, palmaditas en la espalda y consejos cariñosos, los ojos de Madalenita se pusieron como chernes y Pancho se reviraba como una panchona, para no hacer caso de las indirectas que le lanzaban sus compañeros.

Llegados a la casa, sostuvieron un rato de charla que aprovecharon los invitados para tomar el chocolate con los sabrosos bizcochos que preparaba en Tamaraceite seña Dolorcita, hasta que al moverse once veces la campana del reloj, el solo picar el ojo del más desconsolado y la sonrisa burlona del que guarda el secreto cuando no hay más que decir, los hizo levantar, sin atreverse nadie a desearles buenas noches. Por ello (se dijeron) lo mejor es salir al golpito y pedir a Dios la bendición para la pareja, sin que ninguno pensara en aquellos momentos que Pancho tenía que abandonar su casa antes de alborear el día.

Solos al fin, corramos un tupido velo. Como en un sueño, el joven marinero, poco tiempo después, abandonaba su hogar marchando por los callejones del Risco de San Lázaro, a fin de llegar lo antes posible al Puerto, dejando en el lecho conyugal a su Madalenita del alma que lloraba sin consuelo, la ausencia de su marido. Muchas veces durante el camino dudó en continuarlo, pensando que había dejado sola a lo que más quería en el mundo, pero su palabra era su palabra y soltando el cabo por la mano como el otro que dice, continuó andando, sin titubear, hasta verse sobre la cubierta del pesquero, magüado por la pena y el desconsuelo que entristecía su alma.

III

El regreso de aquel viaje se hizo eterno. Entorpecimientos en la pesca, enfermedades de los tripulantes y el deseo del dueño del barquito de cargarlo hasta los topes, hicieron que el tiempo transcurrido entre la llegada y la salida del barco oscilara alrededor de los seis meses. Pero como todo llega en el mundo, cuando Pancho entró en su casa para besar y abrazar a su media naranja, la encontró gruesa como un tonel y con el vientre crecido. Ambos al verse se ruborizaron y no pudieron articular palabra.

Al fin y al fallo, eso era lo que tenía que suceder (se dijeron los dos in mente) y como si nada hubiera ocurrido, comenzaron a contarse las novedades que se habían sucedido durante el tiempo de separación y lo bien que había soportado su nuevo estado, pensando siempre en la alegría que habían de llevarse cuando no fuera posible continuar en dicha situación. Ello fue lo suficiente para quererla más, pues no podía olvidar que con lo sucedido a su mujer lo elevaba a la categoría de padre y por lo tanto le obligaba a trabajar más y a guardar sus pequeños ahorros. Discurriéndolo así, Pancho, no cesaba de ilusionarse con su futuro hijo y a él le dedicaba, sin haberle venido al mundo, las sonrisas de su cara y la baba que le caía por la boca.

—Se llamará Pancho, si es un varón y Madalenita, si es una niña hembra— decía en el colmo del entusiasmo.

—Déjate ir al golpito— le respondía ella deteniéndole en sus manifestaciones sentimentales y pensando en el mal rato que le esperaba aún pasar. Y Pancho satisfecho en su interior, por haber dejado bien puesta su masculinidad, al recordar que aquella noche, la primera que había pasado junto a su costilla, había transcurrido sin darse cuenta, como quien hecha un sahumero, callaba y meditaba en silencio deseando una y mil veces que los tres meses que quedaban para el feliz acontecimiento se sucedieran lo más pronto posible.

IV

Y como hecho que tiene lugar en cada momento desde que Dios hizo al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza, la pobre y feliz Madalenita un buen día comenzó a sentir los dolores de la maternidad, con gran alegría por parte de su marido y con gran temor por la suya.

Todo estaba preparado para recibir al nuevo hijo. Una cesta en forma de cuna bordada con lazos celestes y rosados, una mesa apoyada en la pared sobre la que esperaban, como testigos fieles del nacimiento, la botella de Agua Florida, la esponja, el tubo de vaselina y el jabón oloroso, la cama camera con su colcha de colores chillones y dos o tres sillas repartidas por la habitación, constituían el escenario de aquella vida que comenzaba a alegrar la existencia de aquel feliz matrimonio.

La partera, viejecita y menuda, con una gran práctica en el oficio de traer niños al mundo, porque las comadronas escaseaban en la Ciudad, animaba a la parturienta con palabras rimbombantes y vaporosas. A cada resoplido de dolor lanzado por Madalenita, indicando el curso progresivo del parto, rubricaba la partera su conformidad y se mostraba contenta, no sólo por dar ánimos a la que sufría, sino para inspirar mayor confianza a las que le acompañaban. Y unos ratitos acostada y otros paseando por la alcoba, comenzaron los sudores a invadir la cara y los temores a apoderarse de aquel cuerpo, lleno de juventud, que suspiraba acongojado, para que pronto llegara el fin. Pancho, por su parte, iba poniéndose cada vez más nervioso y las piernas le flaqueaban ante el cuadro que presenciaba; por ello, salía con frecuencia a la calle para tirar de la pipa y embriagarse con el humo oloroso del tabaco. No hacía caso a lo que le rodeaba y solo ansiaba ver salir del trance a su Madalenita del alma.

Y como todo llega en este mundo, también llegó el momento en que una voz nueva para todos, reclamaba el aire que le pertenecía desde que asomó a la vida.

—¡Un niño varón!— pregonaba, muy oronda, la comadrona dueña de sus actos y del ambiente.

—¡Qué mono es!— exclamó una de las presentes, vecina curiosa y entrometida.

—¡Y qué gordito está, mujer!— responde otra no menos entrometida.

—Se parece todo a su padre— agregó muy fina la partera tratando de halagar a Pancho.

—Tiene algo de su madre— añadió la abuela materna saliendo en defensa de los principios de la herencia.

Y Pancho el progenitor, nerviosillo e inquieto miraba y miraba sin saber qué decir. Oía todos los comentarios de los asistentes y no resolvía qué camino tomar, si el de salir a la calle para respirar el aire fresco de la tarde o permanecer junto a ella, recreándose en la obra. De lo que sí estaba convencido era que su papel de padre le parecía tan raro, que aún no podía acostumbrarse a la idea de que ya lo era.

Y cuando todo parecía que aquello había terminado y cuando todas las personas presentes se disponían a marcharse y cuando, tanto Pancho como Madalenita, estaban ordenando las cosas para descansar, fue presa ésta de nuevos dolores, mostrados en su cara por las muecas repetidas. Entonces se dieron cuenta de que volvían los mismos síntomas y de que de su abultado vientre nacía otro hijo perteneciente como el anterior al sexo feo.

Al darse cuenta Pancho de este nuevo nacimiento, abrió desmesuradamente los ojos y guardó silencio un momento, al convencerse de que no era un sueño lo que presenciaba. Optó por tomar las cosas con paciencia sin saber qué hacer, ni qué determinación tomar. Solo se sabe que, ante esta inesperada visita, exclamó con voz de marino y con gesto resuelto, sin fijarse ni hacer caso de la gente que le oía:

—Consio marinero y eso que no tuve tiempo sino para subir las velas; si llego a ponerme en faena, nace un regimiento.

¡QUE MAS PLAGA QUE ESTOS!

I

La obra principal de nuestra historia se destaca ceremoniosa y aristocráticamente sobre el suelo de la Ciudad, como pregón inmarcesible de sus virtudes. Sus torres, como flechas trazadas en el espacio en busca de la lejanía, parecen alumbrar el camino de lo desconocido. Y así sucede que cuando nos detenemos ante ella, acusamos cada vez más, el orgullo de poseerla, porque nuestra Catedral serena y enhiesta a través de los siglos, es la historia resumida de nuestra Historia que como obra de los hombres, guiada por Dios, permanece alejada de la maldad humana.

Aislada de todo otro edificio y rodeada por calles y plazas, la Catedral se nos muestra como un bloque de sombra augusta, donde el alma se concentra y dispone a recibir las más exquisitas sensaciones. El ambiente de su recinto, la magnitud de sus dimensiones, sus tres naves sostenidas por diez columnas delgadas y esbeltas que terminan en el techo en forma de palmas con sus ramas ingeniosamente enlazadas, dando al conjunto un caprichoso contraste, de finísimos calados, nos invitan a fijar la mirada, y dar rienda suelta a los pensamientos que se difuminan en las alturas, como las espirales que produce al arder el perfumado incienso.

En las horas del crepúsculo, mientras los rayos del sol van apareciendo o debilitándose a través de los cristales policromados, las paredes nos hablan de los artífices que en las distintas épocas de su construcción dejaron grabados en cuadros y esculturas la belleza y realismo no envejecidos ni demacrados. En esas horas, difuminada la luz, recogidos cada uno de los presentes en su devoción y viendo a lo lejos el temblor de las lámparas de aceite, como ánimas benditas, los corazones laten más de prisa y se acrecientan las ilusiones. Y si en esos momentos las campanas de la torre lanzan al aire el repi-

quieto de sus voces, tan de lleno metidas en el alma, la emoción que ahoga en la garganta como un nudo invisible, va suavizándose a medida que nos vamos deleitando con la música que aprendimos de chico y que suena en los oídos, como si una sola voluntad se transmitiese en la onda sonora reglamentando el pensamiento y los recuerdos.

Hay días, en el año, en los que nuestra Catedral se engalana de unción religiosa y se enorgullece observando la emoción del pueblo ante la Divinidad. En ellos la ceremonia fastuosa de imponente solemnidad envuelta entre las voces del órgano y los cantos del clero, le dan una visión maravillosa que repetida año tras año, solo la comprenden y nunca la olvidan, los que acostumbran a visitarla en busca de resignación y consuelo para soportar las asperezas que presenta la cadena que nos une a la vida. En esos días nuestras mujeres ostentan sus mejores galas y bajo sus mantillas, sus rostros ungidos de melancolía, dan al espectáculo la sensación de un triunfo apoteósico.

Elogiemos nuestra Catedral y enorgullezcámonos de poseerla, porque en medio de este turbulento mundo, sabe mostrarse serena a los ojos que la miran, resistiendo los azotes del viento y de las aguas, en tanto sus campanas lanzan sus plegarias al Cielo pidiendo una vida mejor.

II

Dos hombres, hijos de Las Palmas, profundamente canarios, desaparecidos para siempre, acudían con frecuencia a nuestra Basílica, para sentir y gozar en el silencio de su atmósfera, la meditación de sus propios actos, solo rasgada por el taconeo del creyente, asiduo visitador diario, o por el murmullo del manteo sacerdotal que viene a ofrecer su existencia a Dios.

Uno de ellos, erudito de la Historia, arca inagotable de anécdotas, conversador sempiterno henchido de canariedad que hizo famosas las esquinas de las calles del barrio de Vegueta hasta el punto de convertirlas en ambulantes cacharrerías ateneísticas, charlaba de arte, literatura, política y ciencia, con los hombres respetables de la capital que habían logrado justo prestigio y respeto a través de los

años y sus obras. En ellas, los comensales salpicaban de aguda crítica el inevitable chismorreo sobre los eternos fantasmones de la vida pública de aquellos tiempos y en ellas, los asiduos concurrentes dejaban fluir en comentarios lo bueno y lo malo que en la Ciudad tenía lugar. Hoy las esquinas se doblan rápidas y no oyen otra cosa que los bocinazos estridentes, los altavoces de la vecindad y las pisadas fugaces de los que no se paran ni amparan en su regazo.

Este buen cronista, sabedor de muchas cosas que enseña la Liturgia, asistía con frecuencia a los oficios religiosos que se celebran en la Basílica, pues educado en la religión, se sentía feliz al entrar en ella y detenerse en cada una de sus capillas, unas veces de pie y otras sentado en uno de los numerosos bancos que existían en el templo catedralicio.

El otro personaje, de tipo delgado y eternamente joven con su andar acompasado y tic nervioso en los músculos del cuello, tez sonrosada y bigote atusado, como los de aquel pintor famoso que llama cada día la atención por sus extravagancias expresadas en el arte y en la palabra, se paseaba por las calles y playas recordando los tiempos en que fue dueño y señor del orden público. Durante ellos las personas que sufrieron sus persecuciones le miraban recelosos por su altanería y temor a su vuelta al cargo.

Fue también perseverante visitador del templo, tal vez para implorar del Supremo Hacedor, perdón a las culpas que su justicia dictaba a tantos desgraciados que fueron conducidos a su presencia, después de cambiar impresiones con su hombre de confianza.

Ambos se acompañaban y esperaban en el atrio de la Catedral, hasta dar comienzo los oficios o se anunciaban las grandes solemnidades religiosas para entrar rápidamente y ocupar los sitios donde pasaban las horas rezando y atisbando lo que en sus alrededores sucedía. La pareja se hizo famosa en la Ciudad por la diferencia de sus alturas y anchuras, ardor en la conversación y manera de andar. Coincidían por el contrario, en sus conocimientos de la Liturgia y en su devoción a Santa Ana que desde lo alto miraba y observaba.

III

Un día, Miércoles Santo, el templo rebosaba de fieles. Todos los asientos colocados ordenadamente sobre la vasta superficie de la Iglesia Madre, estaban ocupados por gentes de la capital y de los pueblos que acudieron místicamente a participar en el dolor y sufrimientos de nuestro Salvador. En medio del silencio que se respiraba, solo alterado por las voces de los que rezaban los misterios del día, la tristeza y la congoja eran compartidas por las almas de los que fervorosamente se incaban de rodillas ante los tronos mudos y deshabitados. Un constante ir y venir de las personas que buscaban sitio para ser testigos de las escenas de nuestra Semana Santa, distraían la atención a los que se habían entregado vehementemente a la observación y meditación del día, pero nada conseguían, porque el alma y el cerebro de los que guardan la fe, estaban fijos en los actos que se celebraban. Las naves de la Basílica, extensas y acogedoras, daban cobijo a los visitantes que permanecían en pie atentos a lo que en el interior sucedía. En el centro, el coro, obra de nuestro gran imaginero, estaba revestido de unción religiosa, porque desde él, las voces de nuestro Cabildo Catedral y de los sacerdotes que desempeñaban cargos en las Parroquias de nuestra Ciudad, se extendían por todo el ámbito, llenando de emoción a cuantos estaban presentes. Dentro del círculo limitado de los asientos, ocupaban sus respectivos sitios el gran atril con su libro abierto, los cuerpos de nuestros dos personajes, dando sus espaldas al primer banco colocado delante del coro. Mientras esto sucedía, de las puertas colocadas al lado del Altar Mayor, salió el Cabildo Catedral con el Preste a la cabeza, vestidos de cola y picacho. Como Maestro de Ceremonia actuaba un canónigo inolvidable por su cariño a las costumbres y modismos de la isla, por su convivencia con las clases humildes, por su amor al pueblo donde hizo su aparición la Virgen del Pino y por su cultura e ingenio en asuntos relacionados con la historia y la devoción en Canarias. Amigo y enamorado de nuestra música, hacía su aparición acompañando a las rondallas en cuantas fiestas populares e íntimas se celebraban en su tierra, no llamando la atención su adhesión a las mis-

mas, porque nunca le faltó humor para coger la guitarra o el timple y tararearse con su fino oído, una isa, una folía o una malagueña, ni le faltó decisión para alegrar el ambiente brindando, copa en mano, a los que con él compartían la alegría y devoción a las fiestas patronales.

De espíritu amplio, oía todas las opiniones de sus amigos para hacerse solidario con ellos, o discutir las si no las creía fundamentadas en la verdad. Con la franqueza que le caracterizaba, nuestro canónigo encendía con la misma facilidad un cigarrillo de los llamados virgínios, exhalando bocanadas de humo fuerte y oloroso hasta dejar impregnado el ambiente, que daba rienda suelta a su anecdótico rico en cuentos y dichos canarios. Nuestro canónigo era, dentro de la isla, como dijo un cronista, una institución que todo el mundo quería y respetaba y era además un gran humanista dotado de un gusto artístico fino y elegante, que hacía oír su voz cuando se debatía entre intelectuales un juicio pictórico o literario.

IV

En corporación, las autoridades de la iglesia se dirigían al coro para dar comienzo al acto exterior ejecutado con arreglo a la ley y culto a las cosas divinas. Actuaba, como acabo de decir, nuestro canónigo de Maestro de Ceremonia, dando comienzo al canto de los Salmos de David que tenían que ser finalizados antes de la Rotura del Velo, fijada, como todos los años y de acuerdo con la Liturgia, para las diez de la mañana. A tal fin, era costumbre inveterada entre ellos, repartir el tiempo que se tardaba en darlos a conocer, dedicando a cada uno, dos o tres minutos, pero quedando facultado el Maestro, de acuerdo con sus compañeros en suprimir algunos, si aquél no daba para emitirlos todos.

Dispuestas así las cosas dio comienzo la gran ceremonia con la lectura de dichos salmos por nuestro canónigo, siendo oídos por los presentes con la máxima atención y el mayor respeto. La voz del Maestro fluía en el ámbito catedralicio, como las cascadas del río al caer sobre su lecho. Pleno de tonalidad y afinamiento, los oídos se sentían halagados por aquel dulce bienestar que compensaba la pena

que a todos embargaba. Y mientras tanto, la solemnidad que fue adquiriendo el acto hizo que el tiempo se fuera alargando y acercando la hora en que sin remedio tendría lugar la Rasgadura del Velo. En su vista y ante la imposibilidad de detenerla, decidió, de acuerdo con sus compañeros, suprimir el salmo que se refería a las Plagas de Egipto.

Eliminado que fue, no tardaron los dos canarios en darse cuenta de la falta de su lectura, pero decidieron esperar a que terminara la ceremonia para hacer constar su más enérgica reprobación, ya que sus conocimientos litúrgicos les recordaban la obligación que tenían de velar por su defensa, tratándose de la grandiosidad de la Semana Santa. Y como era costumbre en ellos, una vez terminada, dieron comienzo a sus protestas orales para que las personas más próximas se hicieran cargo de lo sucedido y supieran que, en esta ocasión, el Cabildo Catedral no había cumplido estrictamente con lo dispuesto.

Atraído por las palabras dichas en alta voz, no pudo menos de acercarse al grupo un médico, elemento destacado del catolicismo canario, que era a su vez amigo de los tres, por cuya circunstancia y en defensa legítima de la religión cristiana, decidió recoger la protesta y mostrarla al Maestro de Ceremonia.

Cruzó las naves de la Catedral y fue en busca del promotor de la escena y por fin pudo encontrarlo en disposición de salir para la calle, en el Patio de los Naranjos, con el cigarro encendido entre los labios, y con el manto y sombrero cogidos y sostenidos por su brazo izquierdo. Al referirle lo sucedido, nuestro canónigo permaneció inmutable y no cambió de color. Por el contrario, valiéndose de su ingenio y de su gramática parda puestos en juego cuantas veces se trataba de estos problemas de pequeña importancia, no necesitó esforzarse para contestar:

—Es muy cierto que pasé por alto el referido salmo, pero al darme cuenta de que el tiempo apremiaba y la Rasgadura del Velo se me venía encima, miré al soslayo y me encontré cerca, los dos famosos protestones y entonces me dije, ¡qué más plagas que éstos! Y pasé por alto las de Egipto.

Está de más añadir que ambos comentaristas rieron a mandíbula batiente.

NO FUE CON NOSOTRAS, A LA EXCURSION

I

Una de las salas más interesantes y dignas de curiosidad por parte del sexo femenino, es la llamada de Maternidad. Todos los hospitales para ser clasificados como tales, necesitan dedicar una o varias de ellas al servicio de la procreación humana, porque siendo esta función prolongación de la vida, precisa la mujer contar con un local donde se le presten las máximas garantías de higiene y asistencia médica.

Las salas de Maternidad, dedicadas desde hace siglos, a servir de cobijo y guardar misteriosamente el secreto de las que trataron de ocultar su falta, consciente e inconscientemente, sirven actualmente de albergue a las madres económicamente débiles. Acuciadas, hoy más que ayer, por el instinto de conservación que las hace apartarse de sus domicilios por no reunir condiciones sanitarias y por evitar el espectáculo que la función augusta de ser madre trae consigo, estas salas del hospital contribuyen, de un modo manifiesto, a que las hijas mayores no se den cuenta de los detalles que el advenimiento de un hijo al mundo, exige, en el deseado momento. El recién nacido, al asomar a la vida, pide el aire que le pertenece en nombre de la libertad que Dios nos concedió al nacer.

Son las salas de Maternidad, por lo tanto, la más alta expresión de un mundo viviente, en atención a que en ellas brotan manantiales con luces diferentes y personales que se mueven como los protagonistas de historias extrañas aunque reales. Las parturientas acuden a sus recintos en busca de protección, después de haberse entregado al hombre por amor o por vicio, pues todas ellas encierran en sus almas características especiales traducidas y hechas patentes en la serie de argumentos y problemas sexuales que se leen en nuestras mejores novelas, comedias y dramas. Muestran, al mismo tiempo, los

más variados matices de la psicología humana, ya que unas son reservadas con sus pensamientos, otras, más explícitas, no llegan a dar importancia al paso que dieron o van a dar y otras, las menos, ocultan las aberraciones más sorprendentes que la inteligencia del hombre puede comprender. De todas maneras y sea cual fuere el motivo que las indujo a entregar su cuerpo, no hay duda que son dignas de lástima porque atraídas por el dulce palabrerío del conquistador, prometiendo lo que jamás ellas conocieron, o dominadas por la falta de rectitud moral en sus acciones, es lo cierto que desvían su camino, sin pensar en sus consecuencias.

El sexo femenino por su constitución, exquisita sensibilidad, educación y poca energía ante el hombre que la domina, se deja subyugar dentro de la ingenuidad, como la mosca sobre la miel, o seducir en su inocencia, por el varón altivo, hipócrita y mudo, que no piensa en los resultados que la unión sexual puede acarrear. En ambos casos se apoderan de la presa, sin hacer caso de la conciencia que les está de continuo martilleando en su cerebro.

Son varias las causas o factores coadyuvantes que obligan a las mujeres a cobijarse dentro de las salas consagradas a San Ramón Nonato, cuando va a llegar a su término, el producto de la concepción. Unas veces es la miseria producida por abandono, orfandad, promiscuidad e ineptitud para el trabajo, la que les hace pecar sin remedio, y otras es el vicio producido por el erotismo, la que las hace insaciables ante el deseo despertado por el amor en el ambiente en que fueron educadas. Sea uno u otro el origen de la perversión sexual, estas mujeres enfrascadas en el ocio y entregadas al alcohol para hacer más corta la distancia que las separa del galán, cultivan el comercio carnal a consecuencia de la vida licenciosa o miserable que las circunstancias de su mundo les hicieron abrazar. Tenemos que señalar también, como otra de las causas, las primeras sensaciones experimentadas al producirse el cambio de niña a mujer, sensaciones que pueden hacerlas perder el tesoro más preciado de la pubertad, si no poseen la suficiente cultura y educación moral y religiosa para silenciarlas y mantenerse en virginidad.

Todas estas causas alternando la fisiología endocrina de sus cuerpos, contribuyen en gran escala a ocupar las camas de las salas de Maternidad para dar al mundo seres, que al transcurrir el tiempo y

llegar a hombres, sentirán de continuo la pena de verse solos, llevando para siempre, como losa de plomo, la falta de cariño de sus padres.

Hemos dejado deliberadamente para un último lugar, la causa, afortunadamente poco frecuente, que hace parir contra todo deseo y rebeldía. Nos referimos a la más abyecta que darse puede, dentro de las aberraciones sexuales, porque nadie que no sea médico, puede concebirla dentro de la convivencia humana. Se trata de aquellos casos en que tuvo lugar el acto carnal deliberada y obligadamente, al hacerse uso de la autoridad paterna o de la de los parientes dentro de cierto grado. La cópula efectuada entre padres e hijos o entre hermanos, la más repugnante encarnación de la unión sexual que condena el Mundo, la hace equiparable a la que efectúan los animales, cuando dominados por el instinto de la bestia, no reparan en quien pasa por el camino. El incesto es la degradación más vil y baja que afecta a la neutralidad sexual de la familia la más indispensable en la vida humana. Por una paradoja bien evidente, la maduración genética de los seres racionales, solo puede alcanzarse si en el seno de la familia, su medio formador, la sexualidad se limita a los cónyuges, con la más absoluta neutralidad entre los otros miembros. El incesto atenta contra esta neutralidad y por lo tanto destruye la familia.

II

Véase pues cuanto puede enseñarnos y nos enseñan las salas de Maternidad. Véase pues, cuantas sugerencias brindan esos sitios al psicólogo, novelista y al médico mismo. Por ello son dignas de compasión y conmiseración estas pecadoras en el sentido más amplio de la palabra, ya que al sentirse en el trance de la maternidad y después de él, suelen ser personas que poseen lo que la gente llama buen corazón, en el sentido de ayudar al desvalido y ser seres que prometen al mismo tiempo, no dejarse engañar otra vez, por el que las poseyó halagándolas con el ofrecimiento de un bienestar problemático y el contenido de unas palabras que jamás oyeron, o por el despertar de esas sensaciones que la fisiología femenina, en contraste

con la masculina silenció, dotándola del suficiente freno para oponerse a las excitaciones del mundo exterior.

Y sin embargo las salas de Maternidad, a pesar del misterio que encierran, son alegres, llenas de vida y sol, porque al conjuro de los recién nacidos que duermen, cual los ángeles, sus primeros sueños, sin saber quien los trajo a la tierra, viven sus madres los momentos más extraños de su existencia, al sentir brotar de sus pechos la leche que ha de amamantarlos. Mecidos en sus cunas, sin saber otra cosa que llorar y alargar el labio inferior para formar el bico, comienzan a alimentarse, después de haber tomado posesión del aire que llenó los pulmones cuando respiraron por primera vez. Y en este diálogo establecido entre el hijo que derrama lágrimas y la madre que atesora su mejor alimento, se acercan uno al otro para calentar sus cuerpos y experimentar sensaciones llenas de amor puro y santo, ensombrecido, en aquel momento, por el recuerdo del instante en que la locura o el desconocimiento las hizo claudicar.

En otras camas aparte pero en la misma sala, asisten a estas escenas, las que esperan pacientemente pasar este trance maravilloso, que si tiene algo de brutal, es admirable, por cuanto pone de relieve lo que es capaz una mujer siempre cuando ha sentido, en su interior, el deseo de ser madre. Y así mismo, las que ansían liberarse de aquella carga que llevaron en su vientre el tiempo preciso, hasta verlo nacido, criado y hecho un hombre.

Estas son las páginas que de continuo vemos sucederse en las salas consagradas a San Ramón Nonato. Allí no se ven asomar más lágrimas que las que aparecen antes del sublime trance, lágrimas que traen como compensación el bienestar indefinible e indescifrable que se apodera de la madre, cuando termina el proceso del parto. Todas lo soportan con entereza y valor y si hay alguna que maldice el ominoso cuarto de hora causante de su desgracia, es también cierto que pronto lo olvida y consueta, ante la idea de abandonar el hospital y ser dueña de sus actos. De todos modos, por la sala de Maternidad ha pasado y pasa un mundo novelesco lleno de intrigas y tragedias que ha dado motivos de inspiración y fama a muchos autores, al dar a conocer las más interesantes páginas de la historia de un mundo real que ha sabido vivir al conjuro de la pasión, del amor, del ins-

tinto sexual y de la lucha entablada entre los dos personajes creados por Dios para perpetuar la especie.

III

Todos los días y a la hora señalada, el tocólogo, pasaba la visita médica a sus ingresadas. De edad avanzada, dicharachero y bromista, con andar inclinado a la izquierda, compensado con el movimiento que daba a sus brazos, cabeza cubierta de canas y gafas de conchas colgadas sobre la nariz, avisaba desde lejos la entrada en la sala, por tener siempre la costumbre de hablar en alta voz cuando recorría los pasillos que conducían a su departamento. Su cuerpo cubierto por bata blanca, encerraba un alma infantil.

La sala situada en el naciente del hospital, de reducidas dimensiones, tenía a lo largo de su pavimento una serie de camas dispuestas para recibir a las que iban a ocultar su falta por conservar el pudor que sus conciencias les dictaban y a las que imposibilitadas de dar a luz en sus casas, por múltiples circunstancias, no pusieron jamás el menor repudio ni la más ligera protesta para llevar a cabo sus funciones en el sitio más apropiado. Frente a ellas, otra serie de cunas ocupadas por inocentes criaturas perfectamente constituidas y robustas, de piel fina y sonrosada unas, anémicas y delgadas otras, tal vez porque el gene que las engendró portaba en su estructura lesiones de enfermedades adquiridas o degeneradas por la acción de los tóxicos.

En una habitación separada de la sala general pero en directa comunicación con ella, estaba situada la llamada cama de partos destinada, como su nombre lo indica, a las que tenían cumplida la fecha o término del embarazo. Cerca de ella, lavabos llenos de agua fría y caliente, pequeña tina para limpieza del recién nacido y todos los instrumentos y accesorios necesarios para que la asistencia, por parte de la comadrona, fuese perfecta.

Todas las mañanas como acabo de decir, el jefe de la sala pasaba su visita acompañado de su ayudante y de la profesora en partos, a fin de darse cuenta de las novedades ocurridas durante las 24 horas anteriores. El médico daba su conformidad a lo que oía, repasaba las

gráficas de las temperaturas, firmaba el libro de las prescripciones medicamentosas y pasaba a lo largo de la sala haciendo las preguntas que estimaba necesarias sin dar importancia a las respuestas dadas. Otras veces, desde la puerta de la sala preguntaba por los cambios sucedidos, deteniéndose solamente ante la nueva o nuevas ingresadas con el fin de hacerles el historial clínico. Si la embarazada tenía pocos meses de amenorrea señal reveladora de que el silencio había de guardar el secreto de aquella pecadora seducida o halagada durante el tiempo que se veía obligada a permanecer en el hospital, era conducida a otro departamento más alejado del trato humano, llamado del Socorro. Si por el contrario, el embarazo era de más tiempo y lo portaban damas vergonzantes que frente a la clara conciencia de su madurez sexual no pudieron resistir a los estímulos psíquicos que las incitaron a la realización del acto, entonces eran destinadas a la sala general para que fueran educándose en el ambiente, en espera del momento propicio.

Un día llamó su atención la presencia de cuatro futuras madres que esperaban el momento de ser reconocidas e historiadadas. Tres de ellas reunidas en amor y compañía, en torno a una de las camas de la sala, daban pruebas de ser antiguas amigas y conocidas. Presentaban en sus caras esa sonrisa picarona llena de impudicia, que las hacía englobar en el apartado de las reincidentes. En cama aparte y al parecer dormitando, con su cara cubierta por la sábana, reposaba la cuarta. Al parecer todas ellas tenían el mismo número de meses de embarazo.

Al verlas el tocólogo se acercó al trío y como siempre, les hizo la consabida pregunta, repetida hasta la saciedad en otros casos, en tono paternal y picarón:

—¿Para cuándo estáis cumplidas?

—Para fines de abril— contestó las más zafada.

—¡Qué casualidad!— se dijo para sí. Estar las tres para la misma fecha y como suponía que la que estaba adormilada estaría para igual tiempo, toda vez que había ingresado el mismo día, dirigiéndose a la más frescachona dijo:

—Supongo que aquella estará para el mismo mes.

—No lo sabemos—, respondió rápidamente, —pues esa, no fue con nosotras a la excursión.

¡APROVECHALOS TAMBIEN, JUANITO!

I

Hasta hace pocos años contaba la ciudad de Las Palmas con un grupo de hombres (tipo populares), que alegraban el ambiente de las calles y sociedades con sus extravagancias, sus indumentarias y sus oportunas ocurrencias. Baldomero, Guarín, Alejito, Juan Baba, Pancho el Bruto, Barbarita, Dueñas, Juan el Bobo, y Juanito Argumento, llenaban la curiosidad del caminante, olvidándole de sus preocupaciones, cuando, cuesta arriba o cuesta abajo, un grupo de personas, se reunía en torno a ellas, oyéndole sus caídas o palpando las mercancías que llevaban para su venta al mejor postor. No hay que olvidar, a este propósito, que algunos de estos personajes se alimentaban de este pequeño y barato comercio; que otros, consumían en sus organismos, el ardiente ron o el refrescante vino que obtenían de las limosnas conseguidas y que solo unos pocos entregaban la dádiva o el producto de la venta, a sus familias para mejor proveer o vivir.

De ellos han muerto unos, otros permanecieron en el hospital de San Martín sus últimos tiempos esperando dormir el sueño eterno, y los menos viven, arrastrando sus pesados cuerpos bajo la losa de sus males, en espera también de la voluntad de Dios. En términos generales podemos decir, que estos personajes, tipo populares, han ido desapareciendo paulatinamente de la tónica ciudadana y que hoy por la zozobra e inquietud en que vivimos y por el atropellado ir y venir de nuestros problemas, carecemos de estas figuras dotadas de un gran sentido del humor que en ciertos momentos proporcionaron alegría al alma y dulce bienestar a la existencia corporal.

II

De estos típicos personajes he de destacar, por su rara personalidad, el que hacía su aparición, de tarde en tarde, pero periódica-

mente, por nuestras calles, bajo la figura de un hombre de estatura elevada, andrajosa vestimenta, cabeza cubierta por el maipole (sombbrero de paja), sucio y de color bronceado, y cuerpo vestido por traje mal oliente, impregnado de manchas de distintos tamaños, que le daban aspecto de mapamundi. Los pelos de la cabeza y barba amasacotados por el sudor mugriento con que lavaba su cara y unas alpargatas agujereadas en los sitios correspondientes a los dedos gordos de los pies, pero resistentes en el resto, por la grasa que en ella se había introducido, daban característica peculiarísima a este ejemplar de nuestra fauna canaria. Unos gruesos cristales sostenidos por un armazón metálico hecho con verguillas e hilo acarreto, acentuaba su psiquis y el todo daba a esta figura que deambulaba por nuestras calles y plazas, la más alta representación de la intelectualidad isleña en lo que tenía de popular y de conmiseración humana.

Juanito (a) Argumento, conocido en las lides de la tradición canaria y en la salsa del isleñismo por este nombre y apodo, hacía su aparición en los ámbitos de la Ciudad de una manera solapada y subrepticia. ¡Cuántas veces nos dimos cuenta de su presencia, al doblar las esquinas, por la estela olorosa que invadía nuestras fosas nasales y dejaba a su paso monótono y lento! ¡Cuántas veces acusamos el aspecto exterior de su persona al conjuro de su voz atropellada y áspera, como si fuera un moscardón que lucha violentamente contra el cristal para buscar su salida!

Y era gracioso observar, cómo Juanito, llevando en su mano izquierda un paquete repleto de argumentos anodinos, haciendo pareja con otro lleno de cajetillas de fósforos y almanaques, imprimía a su cuerpo un movimiento, sin salero ni gracia, pero movimiento al fin, en tanto en su derecha el cigarrillo, sujeto a la boquilla, se consumía lentamente, sin más tregua que el descanso dado a la palabra. Juanito caminaba y caminaba pregonando la bondad de su tesoro, con voz alta y asustadiza.

—¡Compra fósforos y almanaques!— decía asomando a su cara la sonrisa del que se siente correspondido. —¡Compra pitillos!— añadía medio ruboroso y cansado. Y de esta manera, las gentes se sorprendían muchas veces, al oír el pregón de la mercancía lanzado a sus espaldas, sin que la sorpresa fuera obstáculo para agolparse en su derredor, pues nuestro personaje, una vez asegurada la venta de su

comercio, recitaba poesías que salían de su meollo, rápidas y atropelladamente, hasta llegar a escamarle la risa de sus oyentes. Y Juanito que comenzaba a decírlas contento y feliz porque se consideraba un buen poeta, terminaba triste y malhumorado, al darse cuenta de que sus odores no hacían otra cosa que burlarse.

*En el parque de Cervantes
donde las niñas galantes
paseaban, elegantes,
llevando puestos los guantes:
mientras sus novios tunantes,
iban con sables colgantes.*

La composición poética, casi nunca la terminaba, porque los mequetrefes y gente de poco corazón la tomaban a chacota. Prefirió, en ciertas ocasiones, darles un guantazo, para que aprendieran a ser bien educados, pero con hartos dolores de su alma contenía sus ganas, al recordar que en la venta de sus productos residía la base de su alimentación. Por ello prefirió, antes de embestirse, dejarlos a media vela, despidiéndose, sin decir palabra, para continuar pregonando su mercancía con el mismo gesto y la misma gracia con que lo había hecho hasta la fecha:

—¡Compra fósforos y almanaques! ¡Compra pitillos!— mientras la reunión se disolvía automáticamente.

III

Este hombre popular, este poeta de consonantes fáciles que hizo las delicias, durante varios años, a tanto isleño, venía paulatinamente adelgazándose, al tiempo que se sentía debilucho, enervado y pálido. Ojeroso y triste hizo pensar a las gentes que se cruzaban en el camino, que Juanito se encontraba enfermo, tal vez por el desgaste cerebral que iba minando su organismo, a consecuencia del esfuerzo llevado a cabo al tener que componer tanta poesía. Ya hemos dicho que el pobre lo hacía para poder alimentarse, pues la ganancia líquida que le proporcionaba la venta de periódicos y argumentos era tan

pequeña, que solo la bondad y el corazón magnánimo de su hermana, hicieron darle cama en su casa acogedora y un sitio en rededor de la mesa, donde nunca le faltó el sabroso puchero. Ello dio lugar a que las apariciones de Juanito por las calles y plazas fueran cada vez menos frecuentes, y a que sus amigos y admiradores trataran de indagar las causas de este apartamiento de las calles de la Ciudad. Juanito Argumento había alcanzado puesto relevante en las costumbres y tradiciones isleñas y las gentes no se avenían a dejar pasar los buenos ratos que su charla les proporcionaba.

Pero Juanito era un hombre y como casi todos los hombres, tenía inquietudes sexuales. Al pasar junto a una Eva de nuestra tierra, quedaba su cuerpo invadido por una especie de temblor que le hacía tartamudear y sostener los cristales de sus gafas, sostenidos, como he dicho antes, por una arquitectura primitiva. Palpitaba todo su cuerpo al conjuro de un mal pensamiento y la lengua no sabía expresar lo que sentía en su interior, porque era preso en toda su cabeza de mareos que obnubilaban su vista. Nuestro personaje, andrajoso y sucio, dominado por el complejo de inferioridad de su timidez y temeroso ante el posible peligro de caer en el terreno pantanoso donde se desenvuelve la acción maléfica de las enfermedades secretas, se entregaba al vicio solitario, sin tener en cuenta los perjuicios que tal deleite acarreaban a la salud. Y así un día y otro día, este pobre enfermo satisfacía su exaltado deseo, buscando en la soledad, la satisfacción a sus ensueños.

Poco tiempo después, sus nervios perdieron el freno de la normalidad, sus piernas flaqueaban al solo propósito de andar por los diferentes sitios de la Ciudad por el sustento, sus brazos se resistían a llevar la carga objeto de su comercio, las ideas volaban de su cerebro perturbado e imposibilitado para pensar, el sueño comenzaba a faltarle y el apetito fue paulatinamente desapareciendo. Juanito Argumento tenía todo el aspecto de un hombre enfermo que va delatando su mal por el color más o menos pálido de su cara, la mirada triste, el silencio de su boca, la ansiedad de su corazón y el deseo de revertirse a la casa que le vio nacer. Dejó de escribir sus composiciones literarias y de vender su pequeño comercio. Todo ello dio lugar a que huyera del mundo ante el temor de despertar la curiosidad de las gentes.

IV

Pero un día, sin pensarlo ni dudarlo, convencido de que su vida no podía seguir por estos derroteros, acudió a la consulta de uno de nuestros famosos médicos, por su juicio clínico, su fina y disimulada ironía y por el aire paternal que ponía ante todo enfermo que le planteara un problema de su existencia. Este médico bueno e inteligente, fue querido por propios y extraños, al haber conocido, muy de cerca, el dolor humano que le hizo perder para siempre su alegría y la ilusión de vivir.

—¿Se puede mi señor don Ventura?— dice, dando unos golpes suaves a la puerta que separaba su despacho de la sala de enfermos.

En este momento no esperaba paciente alguno y Juanito respiró a sus anchas. Le hubiera molestado que alguien hubiera descubierto el paso dado, por tener la convicción de que acto seguido lo hubiera sabido la población de Las Palmas. Nuestro protagonista, con la vestimenta de siempre y el sombrero de paja en la mano, asomó su cabeza desmelenada, por el espacio que le dejaba libre la puerta, atento a la invitación del galeno.

—¡Oh Juanito!— le respondió el visitado, apartando su vista del libro que leía, al tiempo que se ponía sus lentes para mejor fe de lo que veía. El enfermo asintió a la invitación, sin atreverse a sentar por respeto y admiración al que desde ahora iba a ser su confesor y consejero.

Don Ventura lo miró de pies a cabeza, sin poder explicarse cómo puede apoderarse tajantemente de un hombre relativamente joven, la falta de limpieza y comenzó su interrogatorio. Y en aquel despacho, testigo muchas veces de calamidades, tragedias y conflictos familiares, lleno de libros en todas sus paredes con el ambiente caldeado por las espirales formadas por el humo de cigarrillos de la Legitimidad y los puros habanos de Partagas que el sempiterno fumador no abandonó hasta su muerte, empezó Juanito con palabras amasacotadas en su boca, a contar la tragedia de su vida sexual que amenazaba con derruir su organismo si la Naturaleza no venía en su ayuda, pues aquel hombre robusto y sano se había convertido, por azares de su existencia, en una verdadera piltrafa.

Mientras el relato transcurría, don Ventura, mirándole a través de sus cristales gruesos, se hizo cargo de la desgracia que afectaba al pobre Juanito. Oía absorto su confesión y le daba mucha pena lo que sus oídos recogían, sabiendo lo fácil que era solucionar aquel caso clínico víctima de la timidez y cortedad de ánimo con solo seguir las leyes de la Naturaleza. A pesar de ello, poniendo en su cara la sonrisa burlona de otras veces, y guardando, con su silencio, la confesión pudorosa de nuestro personaje, le recomendó parquedad en su deleite carnal solitario, hasta el punto de que solo hiciera uso del mismo los domingos.

Satisfecho de la consulta, por suponer encontrado el remedio adecuado a su enfermedad, se despidió de su confesor con la promesa de cumplir, al pie de la letra el consejo dado. Pero ya en la calle, al contacto del bullicio exterior y sintiendo en su cuerpo los rayos del Sol que aquel día de primavera calentaban con más fricción que otros, la tierra bendita en que nacimos, Juanito pareció revivir y conformarse ante el convencimiento de que haciéndolo así, recobraría su salud. Y contento de sí mismo al pensar de que no tardaría mucho tiempo en volver a la vida, caminaba con más ilusión que nunca, pues creía esperanzadamente que pronto se quedaría como en sus mejores tiempos.

Pero he aquí que mientras jugaba con sus pensamientos puestos en acción para recomenzar su trabajo, una estela vaporosa de perfume excitador que dejó a su paso una nueva pecadora, volvió a invadir su cuerpo como corriente eléctrica que pone en movimiento máquinas y herramientas. Y como aguja que se clava en la piel de nuestro cuerpo, bastó sólo el impulso soberano de aquella sensación extraña que le dominaba, para regresar presto y decidido por el camino andado, hasta llegar al despacho de su confesor.

Frente a la puerta, otros golpecitos suaves y espera cautelosa de la voz de mando. Don Ventura al verlo, abrió desmesuradamente los ojos y sin más preámbulos, Juanito le dice:

—Mi señor don Ventura y si cae algún día de fiesta en la semana, ¿puedo hacer lo mismo que el domingo?

—¡Aprovéchalos también Juanito!—, contestó sin titubear. Y muerto de risa, se dejó caer a lo largo de todo el sillón.

POR EL SALITRE DE LA MAR...

I

A través del siglo XVI, la Cirugía fue considerada, por su estancamiento, como arte mediocre en relación con el adelanto de la Medicina. En consecuencia, los cirujanos y barberos se mezclaron en el ejercicio de sus actividades de tal manera, que no tuvieron más remedio que organizarse en equipos. Y así vemos repasando la historia de esta ciencia, que en París, Londres, Edimburgo y otras capitales de Europa, ambas representaciones se reunieron en corporaciones distintas para defenderse de la gama de hombres que ejercían parecidas ocupaciones.

Más adelante, en el siglo XVII, el Parlamento francés dispuso que los cirujanos y barberos se agruparan en un solo gremio, con objeto de que prosperaran y fueran respetados por el resto de sus compañeros en el arte de curar, aun cuando formaran parte de una clase social de menos relieve. Por entonces eran, en su mayoría, hombres empíricos, que se ocupaban exclusivamente de la práctica de sangrar, tratar heridas, aplicar levativas y otros menesteres de menor categoría.

Años después, se creó la clase de barberos sangradores a los que se consideró como practicantes de confianza. Ello dio lugar a que la rivalidad existente entre éstos y los cirujanos se aumentara y creciera, al considerar, éstos, deprimente, la práctica personal de las sangrías, y al ser llamados, aquéllos, Maestros de Cirujía, en atención a estar desempeñando, al mismo tiempo, los papeles de sangradores y dentistas.

Creados por último, los cuerpos de médicos-cirujanos y de practicantes, el barbero quedó reducido a su papel de auxiliar del galeno en los pueblos donde se carecía de aquellos técnicos sanitarios, quedando limitadas sus funciones a poner inyecciones, sangrar, aplicar

enemas, cataplasmas y ventosas. Con ello su representación adquirió cierta personalidad en los pueblos pequeños, donde además de ser respetados por sus conocimientos científicos, se les oía con atención cuando opinaban sobre medicina, arte y política.

II

No hay duda de que una de las cargas que tenemos que soportar en la vida desde que tenemos unos meses de edad, es la de cortarse el pelo de la cabeza cuando su abundancia llega a modificar nuestra faz y aspecto. Tan es así que no todos los ciudadanos cumplen de la misma manera con esta obligación impuesta por la civilización, pues unos rasurándose al cero o pelarse arrente, como decimos en el argot canario, hasta darle apariencia de huevo por su lisura y otros dejándose crecer el pelo para que la gente piense que en ella va encerrado un genio traducido en poeta, escritor, músico o pintor, es lo cierto que muchas veces los mortales se hacen los remolones para no someterse a las horcas caudinas de nuestros frégolis.

Por lo tanto, tan antiguo es este oficio como el origen del mundo, con la única diferencia de que el arte de pelar que al fin y a la postre sirve a los protagonistas para demostrar lo que son capaces de lograr en el sentido de la belleza, ha progresado, como todos los oficios, en ligereza, gusto, limpieza, y educación. El peluquero es hoy el hombre que entiende de todo, deja oír su opinión y se toma el tiempo en que está sirviendo a su cliente para exponer teorías, juicios críticos y considerandos. No en balde pasan por sus tijeras, muchos personajes relevantes en las ciencias, letras y artes.

Tan es ello así, que hoy, dada la prisa con que se vive y el transcurso veloz de las horas del día, es frecuente ver a muchos de los asistentes, durante el rato que posan ante el espejo, cómo aprietan entre sus dedos, el papel de los periódicos o revistas sostenidos en sus manos para no intervenir en el diálogo, no siendo raro antes de decidirse a cortar, oír entre los dos actores, la siguiente conversación:

—¿Cómo lo quiere?— pregunta amable el maestro dispuesto siempre a satisfacer, orgulloso de su arte, la forma y manera de arreglar el pelo.

—¡Sin hablar!— contesta seco y decidido el visitante para dedicar ese rato a sus pensamientos y resoluciones durante los minutos que dura la pequeña operación. Y es claro, el artista calla porque su deber es obedecer a toda persona que llega a su establecimiento, aun a trueque de tener que pegar sus labios.

III

En Las Palmas de Gran Canaria existen muchas peluquerías; desde las que ofrecen sus servicios al público en una modesta habitación sin servicios sanitarios, con una sola butaca ante el espejo, una mesita en su centro y tres o cuatro sillas sobre piso de madera, hasta las presentadas conforme a la legislación moderna en amplios salones, llenos de luz y ventilación, aparatos de esterilización del material, corte de pelo y barba y limpieza de uñas, servicio higiénico y mesa central para los periódicos y revistas. Regidas por su dueño y empleados o formando una sociedad en común, se encuentran repartidas por sus paredes butacas confortables y giratorias que hacen más amena la estancia de los que sentados en las sillas, esperan el turno correspondiente.

En el barrio de San Nicolás de esta Ciudad servía las necesidades del pelado y afeitado de sus parroquianos, una modesta peluquería encajada dentro de las del primer grupo a cuyo frente estaba maestro Pedro. De mediana estatura, color moreno, calvo por antonomasia y descuidado en su vestimenta, nuestro frégoli, con sus cincuenta años, cajas de jeringas para poner inyecciones y unos vasos de cristal grueso que destinaba a ventosas, sostenía su hogar con los ingresos que le proporcionaban estos pequeños menesteres.

No necesitamos decir que el agua corriente brillaba por su ausencia y que la destinada al lavado, enjabonado y demás pormenores exigidos por el material y los clientes, se guardaba en unas latas de las llamadas de petróleo, situadas en un rincón de la pequeña habitación, en cuyo suelo los pelos procedentes de los cortes anteriores permanecían desperdigados, esperando sin duda, a que una mano amiga se mostrara propicia a recogerlos y verterlos sobre el cajón de la basura convertida en despojos y papeles.

Por entonces, el barrio de San Nicolás estaba habitado en su mayoría por marineros pertenecientes a los pesqueros que hacían la travesía desde el Puerto de La Luz a la Costa de Africa, en busca de los ricos tesoros guardados en el mar. No nos atrevemos a calificarlos de roncotes, porque a muchos de ellos les faltaba esa voz ronca, hueca y áspera que nos describe el glorioso padre de las letras españolas. Eran gente sin trato social, de músculos fuertes y expresión dura en el sentido de tener pocos amigos, al igual que la de aquellos que se dejan dominar por esa primera impresión que recogemos, cuando vemos, oímos o hablamos con cualquiera persona que nos acaban de presentar.

Acostumbrados al trabajo monótono y hasta cierto punto triste de hacer cada día lo que se hizo el anterior, sin más testigo que Dios observando desde las alturas, el inmenso azul del mar y el viento empujando la nave, estos hombres no tenían otro consuelo que el de regresar pronto a la tierra atraídos por el cariño del hogar y el cobro de los jornales que iban guardando para comprarse una choza. Estos motivos les revestían de cierta timidez en el trato, descuido en las reglas de la Urbanidad y un poco abandonados en dejarse impregnar el cuerpo y los vestidos de ese olor que exhalaban las apretadas pillas de pescado salpreso, cuando los barcos regresaban cargados de esa mercancía tan sabrosa y tan de la tierra.

IV

Un día de calma chicha, sin una ráfaga de viento capaz de mover el más ligero trozo de papel, acudió Severino a la barbería de Maestro Pedro a ponerse guapo, como decían en el popular barrio, los más conspicuos y presumidos. Al entrar en la pequeña industria solo estaba desocupada una de las sillas que formaban parte de su atuendo y en ella se sentó dispuesto a esperar su turno. Los concurrentes eran amigos suyos y pronto se estableció la sabrosa conversación transcrita en sus propios términos, en la que se trató de muchas cosas, sin que maestro Pedro mediara, porque atendía solícito la barba del cliente que ocupaba el único sillón del establecimiento.

Las horas pasaban sin darse cuenta y el tufillo a cherne iba adquiriendo cada vez mayor intensidad. Las tijeras continuaban

hablando su lenguaje dirigidas por los movimientos de la mano diestra del artífice, en diálogo con el peine que pasaba por la cabellera del cliente en rítmico compás. Otras veces era la navaja afilada, como una hoja, la que rasuraba la barba con su canción monótona e inarmónica. Entre tanto los que esperaban hablaban sin parar:

—A Pepe el cejudo ¿te refieres?— le preguntaba Domingo a Panchito, y continuaba sin esperar la respuesta —Era un almanaquiento que exageraba las cosas más de la cuenta. Una vez se le fue el baifo creyendo que la mujer de Chanito le había salido rana y no pudo defenderse del lambriaso que le dio su marido. A última hora, después del pleito se quedó rascado, revirándose como un sargo. Se mereció eso y mucho más, pues no se puede ser tan ligero cuando se habla de personas que no se conocen.

Y Panchito asintiendo a lo dicho añadía:

—Por eso le ví enguirrado hace unos días, a pesar de lo soyajo que es el Pepito. Como el otro que dice, se llevó el castigo merecido. pues no se puede ser tan ligero para hablar de la gente que anda por el mundo. Le callaba el secreto y le tenía en estima.

De esta manera fueron sucediéndose los diálogos hasta que, terminados los amigos de arreglarse, le tocó el turno a Severino. Sentado en el sillón, le fue puesta la sábana blanca, zurcida y llena de agujeros y sobre ella una tohalla pequeña, abrazada al cuello, para que nada le cayera en la blusa. El maestro comenzó la operación después de cerciorarse que el marinero tenía barba de las llamadas cerradas y se dispuso, para rasurarla, a coger la navaja, pasarla por el asentador varias veces hasta dejarla bien afilada y deslizarla por la palma de la mano, para estar seguro de su propósito. Procedió a continuación a mojar su brocha para luego pasarla por el jabón, estregarla sin contemplación por la cara, ya que de sobra sabía y por experiencia propia, que estas barbas no podían tratarse de otra manera. Mientras tanto, Severino se daba cuenta que las molestias iban aumentando en intensidad y que los eructos eran su único alivio. Por ello y sin pedir permiso a quien de cerca le asistía, daba salida por su boca a los gases que brotaban del estómago, acompañados de exagerados ruidos y desagradables olores.

El maestro, al recibirlos en su cara, se puso en guardia, deteniéndose un momento en la operación y mirándolo unos segundos,

sin saber qué hacer, a través de sus lentes. Al fin se dispuso a continuar pensando para sus adentros, que no recordaba en todo el tiempo que llevaba trabajando, haberse encontrado con un caso de frescura igual. A pesar de todo, tenía la creencia que después de aquel desahogo se quedaría tranquilo y volvería a las buenas formas que son propias de la persona educada. Humedeció la barba por segunda vez, con agua cargada de jabón para darle la última pasada y terminar de una vez.

Pero he aquí que su asombro no tuvo límites, cuando al deslizar la navaja perfectamente afilada, Severino repitió el exabrupto con sonoridad más fuerte que el anterior y se quedó impertérrito. Acusó el impacto otra vez maestro Pedro tratando de contener la respiración para que los vapores no llegasen a su pituitaria y paró en seco su trabajo meditando si debía de llamar la atención a aquel mal educado por su salida de tono.

Le volvió a mirar esta vez sin pestañear, lleno de indignación, pero con la paciencia necesaria para no echarlo a cajas destempladas. El escándalo hubiera sido mayúsculo en el barrio y prefirió continuar mordiéndose los labios, a pesar de que el marinero, sin darse cuenta de la actitud disimulada del maestro, seguía *dibrutando* a mandíbula batiente, como si fuera su manera de proceder lo más natural del mundo. Para él, por lo visto, estas bravatas lanzadas con jactancia tenían mucha gracia, pero para los demás presentes eran pruebas de su falta de trato social.

La operación llegaba al final en medio de estos derroteros, sin que maestro Pedro hubiera pronunciado palabra alguna. Pero he aquí que cuando terminado el afeitado se dispuso a llenar los huecos de sus manos con alcohol, para estregar la cara y pasarlo por la barba ya limpia, un explosivo eructo que salió del estómago cargado de gas repelente, fue a verterse sobre la faz del maestro. La escena fue rápida, pero no silenciosa, pues lleno de ira se encaró con él diciéndole:

—¡Fuerte cara dura tiene usted!—, esperando que reaccionara violentamente. Pero no fue así. Su sorpresa llegó al límite, al observar que el marinero queriendo darle la razón por el trabajo que le había costado, le respondió sonriente:

—Es verdad que la tengo dura pero ello es debido al salitre de la mar.

Cuando maestro Pancho lo vio salir y abandonar la barbería no pudo menos de exclamar ante los demás clientes que esperaban:

—Se ha perdido éste una entrada de guantazos que le hubieran ablandado la cara de una vez y para siempre.

¿ES PEORRERA LO QUE TENGO?

I

La medicina canaria, como la de otras provincias españolas, pasa frecuentemente por la alternancia de causas y remedios calificados de heroicos por los profesionales. Así recordamos una época en la que la fiebre producida por los ganglios era el mal que dominaba a los pacientes y otra en la que todos los dolores de vientre eran producidos por la infección o inflamación del apéndice. De la misma manera pasó la del remedio santo de las inyecciones de calcio que todo lo curaban, y estamos viviendo la de los antibióticos, que ha puesto en manos de los ignorantes una serie de remedios cuya gravedad encubierta ha ido poniéndose en claro, a medida que han sido mejor estudiados.

No hemos de silenciar la que atribuía la causa de su fallecimiento a la debilidad general, es decir a la falta de fuerza física y flaqueza del ánimo que produce la inapetencia calificada por el vulgo con dos palabras cuyo origen ha ido degenerando con el pasar de los años: *Debe* y *nemia* en la sangre, por las de débil y anemia, palabras con las que se quiere soslayar la terrible peste blanca o tuberculosis pulmonar que antiguamente producía terror y vergüenza y que hoy muchos alardean de haberla padecido.

Pero sobre todas ellas hemos de hacer referencia, a la que se localiza en una de las partes del cuerpo humano que más descuidan en su limpieza los isleños. La boca es el lugar que más abandonan los naturales de los pueblos del interior, no siendo exagerado decir que raro es el ciudadano que tenga completa la dentadura. Pocas veces hacen uso del dentífrico y otras tantas desconocen la importancia que tiene su desinfección, por lo que horripila pensar en los malos ratos que los dentistas deben pasar, cuando son solicitados sus servicios en favor de estos ciudadanos.

Como consecuencia de este lamentable descuido higiénico, méditese en la cantidad de residuos alimenticios que en plena putrefacción se depositan entre las piezas dentarias de nuestros paisanos. Piénsese así mismo, en la espesa capa dura y adherida que al cubrir las les hacen perder su brillo y blancura transformándolas en corteza amarilla y fétida, para darnos cuenta del sinnúmero de personas que nos imposibilitan sostener una animada conversación, ante el temor de que el olor de su aliento pueda llegar a producirnos náuseas. Esto no quiere decir que la piorrea o flujo de pus por las encías, sea una de las principales causas que obligue y haya obligado a los odontólogos y médicos estomatólogos a intervenir, con procedimientos modernos, en la curación de esta plaga que ha hecho perder muchas dentaduras, pero también hay que recordar la serie de extracciones inútiles de piezas bucales sacadas al azar, cuando se puso de moda la idea de que el pus salido de las encías iba a depositarse en el estómago o en el intestino.

II

—Vengo a su casa para que me desengañe— dice la mujer de un matrimonio campesino sentándose en el despacho de un médico prestigioso de la isla. —Me han dicho que es usted tan especial para el *estógamo*, que vengo del pueblo para ver si me atina con la enfermedad.

Y al invitarle a que detalle el comienzo y curso de ella, puesto que lo que más le interesa es el desengaño o error en que estaba al hacer caso de los consejos y habladorías de sus conocidos, añade:

—Tengo, a mi parecer, un *durez* sobre el ombligo que me hace dar saltos, como si tuviera la madre descompuesta y como estoy *estreña*, este *durez* debe ser porquería que tengo *enriáa* en el *estógamo*.

El galeno ante aquél palabrerío y confusión trató de aguilatar las molestias que manifestaba con las que ella se guardaba a fin de ordenarlas y procurar desengañarla. A tal efecto prosiguió haciéndole numerosas preguntas que ella esquivaba en su zocarronería, para obligarle a trabajar, es decir, para esforzarle su mente en pos

del atino. Su marido ,testigo presencial del diálogo y hombre ducho en el atarear diario, intervino decididamente con el propósito de ayudarla, ya que su mujer se armaba un potage al tratar de explicar la causa y las medicinas que le habían prescrito otros facultativos. Y sin esperar más datos, añadió las siguientes palabras:

—Mujer, explícate bien, porque si le dices cuatro cosas y ocho no, el médico no se puede desarrollar.

Ante la sentencia, suspendió el galeno el interrogatorio y la invitó a subirse sobre la mesa de reconocimiento para proceder a la exploración. Despojadas que fueron sus vestiduras observó un parche mal oliente pegado, a la piel que rodea el ombligo, por un bálsamo resinoso. Este remedio que se ha dado en llamar casero y que viene usándose desde generaciones anteriores para poner en su sitio a la madre descompuesta o al pomo, según el sexo del enfermo, hace creer a la gente del pueblo que las pulsadas sentidas en el vientre, tanto más intensas cuanto más nerviosa es la persona, son producidas por un susto o disgusto que sufrió poco tiempo antes, sin pensar, claro es, que su verdadera causa reside en la aorta abdominal al pasar, como se sabe, por el lado izquierdo de la columna vertebral.

Sin hacer caso del parche, procedió a palpar el sitio donde decía tener el durez y cuando más enfascado estaba en la palpación, un sonoro ruido que llenó el aire de la habitación de un olor pestilente, le causó la sorpresa más viva de aquel día, en medio de la indiferencia de aquella enferma que no acusó la más ligera contrariedad. Le pareció tan extemporáneo su desahogo que, medio ruboroso y bastante molesto, le dijo:

—¿Tiene usted mucha ventosidad señora? ¿Acostumbra a no contener en su vientre los gases encerrados?— le añadió escamado y extrañado al observar que seguía inalterable e inmutable.

—Sí, muchas veces, y con ellas noto gran alivio— contestó sin parpadear ni arrugar la cara.

—¡Caramba!— repuso para sus adentros, sin atreverse a seguir poniendo sus manos sobre el parche.

Prosiguió la exploración dudando ya de su serenidad, para detenerse en la boca. Al separar los labios y ver de cerca los dientes exclamó la enferma, sin esperar al consabido comentario:

—Fijese bien en ella, porque me han dicho los médicos que tengo peorrera y que como consecuencia de ella, me huele el bajo.

La dentadura, como la de otras enfermas, pedía, en conclusión, un fuerte cepillo de dientes, untado de pasta o de polvos dentífricos, pero no estaba enferma de piorrea, como decían los facultativos que le habían observado días antes y aconsejado la extracción de todas las piezas para lograr su curación. Tenía en realidad, dientes y muelas de distinto tamaño, que aparecían como nublitos en la inmensidad del paisaje, y costras, como barniz pegajoso que ocultaban la blancura del esmalte. Todo ello daba al aliento un olor desagradable que producía, por mecanismo indirecto, el mismo efecto que la ipecacuana o el tártaro emético, pero dar la conformidad a lo manifestado por los que la habían visto, estaba muy lejos de la realidad vivida. Aquella boca necesitaba limpieza sin pérdida de tiempo.

El matrimonio insistía en que la enfermedad de la esposa radicaba en el bajo, pero el médico que la acababa de explorar no llegaba a comprender la persistencia en la opinión expresada, pues su aspecto exterior era inmejorable. Rozagante y fuerte lucía en su robusto cuerpo sin la más leve señal de deformidad, en el esqueleto, ni la menor alteración en la arquitectura de su pelvis y extremidades. A excepción de aquel defecto escapatorio que le hacía tener flojos los muelles, no acusaba perturbación alguna en sus funciones digestivas, urinarias y ginecológicas. Era, como vulgarmente se dice, un buen ejemplar de mujer campestre que derramaba salud en el silencio de la naturaleza dormida y le permitía hacer uso de aquellas explosiones de su organismo, sin temer a que nadie le llamara la atención.

—En las partes bajas— respondió el médico, atendiendo a la normalidad de aquellas funciones expresadas por la enferma y haciendo caso omiso de llevar a cabo el reconocimiento ginecológico e intestinal, ante el temor de que se repitiera la gracia, —no parece existir enfermedad en su mujer, pues depone todos los días y orina sin dificultad alguna.

—Claro que no— le respondió el marido al instante, —esos sitios no son el bajo. Vuelva a mirarle la boca y huélala. Nadie se puede acercar a ella, porque el bajo le tira a uno para atrás.

—Querrá usted decir el baho, mi amigo— le interrumpió un tanto nervioso el galeno. La enfermedad en este caso, era otra, manifestada por el fluido aeriforme que a la presión y temperatura ordinarias sale de su cuerpo produciendo, como señal indeleble de su existencia, un sonido inarticulado y confuso acompañado de mal olor.

La enferma lo miró fijamente, en espera del diagnóstico que había de desengañarla de una vez. El galeno no quiso hacerlo porque prefirió dejarla con la misma duda que trajo al comenzar la consulta, ya que la veía dispuesta a extraerse sus dientes, determinación que nada iba a resolverle.

Se levantó de la silla entregándole la receta con el nombre de un carminativo y un dentífrico, sin decirle el diagnóstico que ella esperaba, como tabla de salvación. Al verlo en esta actitud exclamó decidida y resuelta:

—¿Entonces es peorrera lo que tengo?

—Sí, señora— le respondió sin titubear —peorrera sí, piorrera no. Y la mujer satisfecha porque la había desengañado y atinado en su mal, salió victoriosa del despacho, sin darle importancia a lo que había hecho.

Y entonces el médico al dar por terminada la consulta y al recordar los olores que había impregnado su pituitaria salido de los extremos del tubo digestivo de su famosa clienta, no pudo menos de decir para sus adentros:

—¡Dios mío, si así tenía el bajo, como tendía sus partes bajas!

¿COMO DEFECA?

I

En un pintoresco lugar del Norte de la isla, reposa, al compás de la vida canaria, uno de los pueblos más arbolados de la provincia, que fue y sigue siendo cantado por nuestros poetas, descrito por nuestros historiadores y cronistas y sitio preferido para los que buscan descanso en la lucha diaria. Moya, uno de los parajes de más solera de nuestra historia, construido en terreno montañoso, fértil y abundante en agua, formaba parte de la célebre selva de Doramas atravesada por el famoso barranco de Azuaje, hasta finales del siglo pasado. Esta selva es todavía, una gloria para Gran Canaria, porque en ella muestra la Naturaleza toda su pujanza manifestada por árboles robustos, siempre verdes, rectos, fértiles y frondosos. Jamás penetró el sol en el laberinto de sus ramas, ni las yedras se desprendieron de sus troncos.

Rica en agua, la selva estuvo atravesada por arroyos caudalosos que cortaban y bañaban el terreno por diferentes pasajes, conservando un suelo tapizado por hierbas medicinales y olorosas. Los Tilos, por un lado, y Fontanales a lo lejos, son los sitios que invitan a excursiones cuando cansados del ajeteo de la semana, se busca el reposo sereno, para oír el canto de los pájaros y el vuelo de las aves que allí habitan.

Moya, alojada en lo alto de la montaña de su nombre, con sus anchos paseos y su Catedral decorada por columnas arcos y bóvedas, goza de un clima maravilloso y de unos paisajes que conmueven al visitante. Desde ella se observa, como ejemplo de su fantástica geología, el célebre barranco de Azuaje y sus famosas aguas minero-termales que sirven de alivio a los males de los isleños. El verdor de sus tierras, el frescor delicioso y puro y la bondad de sus habitantes, son riquezas que atesora el pueblo norteño cantadas por nuestros mejores

poetas médicos dormidos en la eternidad y vueltas a cantar por otro médico poeta que fue durante algunos años el guardador de la salud de sus nacidos.

*Siempre que te miro, veo
al río de tus platanares...
Recuerdo de ríos grandes
que fijaba mi cerebro,
se anulan al contemplar
éste del barranco fresco,
éste, que partido en dos,
por obra y gracia de Dios,
está verde y está seco.
¡Barranco que cría ríos!...
¡Santas aguas de tus fauces!...
¡Barranco con «río verde»!...
¡Verde barranco de Azuaje!...*

II

Desempeñaba la plaza de Médico de A. P. D. y por lo tanto llevaba aneja la de Médico de Zona del S. O. E. el protagonista de nuestro cuento. Solterón empedernido porque gastó su amor en el amor incomprensido y por tanto sin obligaciones familiares que sobrellevar, nuestro galeno, hombre robusto, sano y fuerte como corresponde a las virtudes del pueblo que habitaba, brindando una naturaleza que llamaba la atención por su peso y volumen, repartía las horas del día entre las consultas y visitas que le reclamaban sus clientes y los deberes sanitarios que llevaba aparejados el desempeño de sus funciones.

Sin embargo, en los pocos ratos que le dejaba libre la profesión, daba rienda suelta a una de las ocupaciones favoritas, cual era la de coleccionar toda la propaganda médica que llegaba a su poder. Ya sabemos que este medio de comunicación entre los laboratorios fabricantes y los médicos, alcanza en la actualidad límites desusados. Raro es el día que no arriba un cartero atiborrado de hojas, impre-

sós, monografías, tarjetas y cartones con los nombres de los productos lanzados al mercado para tratar y curar las enfermedades y raro es también el día, que dichas casas valiéndose de figuras estrambóticas, de fotografías policromadas y de imágenes exaltadas, logran despertar la curiosidad de los profesionales que tienen por norma tirarlos al cesto de los papeles.

Para coleccionar esta propaganda médica, nuestro protagonista tenía dispuesto, en uno de los lugares más destacados del despacho, la existencia de un armario dividido en pequeños espacios por tabiques verticales y horizontales entrecruzados entre sí, donde iban colocados y guardados aquellos, a fin de tener a mano, en cualquier momento, el nombre del específico que espera hacer honor a su composición o las indicaciones para las que fue inventado dicho remedio. Nuestro médico, hombre metódico y disciplinado porque tenía un alto concepto del deber, dedicaba además, otro buen rato, al registro de los oficios que le enviaban las autoridades sanitarias provinciales y municipales, a fin de no pecar en el olvido ni errar en el contenido de lo que estaba obligado a contestar. Y sabemos que la medicina actual, en oposición a la pasada, se caracteriza por la burocracia a que la tienen sometida y por la obligación a que se contrae el profesional cumpliendo su cometido.

Un gran letrero colocado en el frontis de su casa, anunciaba la profesión que ejercía y las horas de consulta, para que nadie fuera llamado a engaño y pudiera dirigir la menor queja al que tenía sobre él jurisdicción jerárquica. En contraposición y a ciencia y paciencia del médico, la placa anuncio le obligaba a recibir al enfermo en cualquiera hora del día sin que pudiera hacer la menor protesta, porque la caridad y la humanidad bien entendida empieza por uno mismo y nada tienen que ver con la cantidad que pagan, ni con la educación lograda.

De más está el decir, que con estas disposiciones y cuidados, el galeno procuraba atender a los que se acercaban a su domicilio al sentirse enfermos, o cuando se expresaban en impertinencias buscando otros fines para no cumplir con sus deberes.

Se resumía, por lo tanto, la vida de este profesional, sin ser testigo de la sucesión de los días y noches que marca el tiempo, en oír misa entera todos los domingos y fiestas de guardar y en dar algún

paseo por los alrededores del pueblo en busca de ese aire purificador que hace gozar a pulmón lleno, cuando se contemplan los paisajes abruptos pero teñidos de verde, se recuerdan los versos del poeta que supo describirlos, o las ideas del pintor al tratar de plasmarlos en el lienzo. Pero todas estas sensaciones donde encontró siempre motivos de reparación espiritual, no tuvo más remedio que buscarlos en la burocracia de tantos y tantos papeles que, como losa de plomo, llegaban a su domicilio desde los sitios más alejados del pueblo.

Por estas circunstancias, por su soledad mal adquirida y por sentir ansias de comunicarse con sus semejantes, nuestro protagonista buscó en su léxico las palabras más rimbombantes y rebuscadas, porque estaba harto de las que encontraba en aquellas hojas, tarjetas, monografías y cartulinas que constituían el acervo de la indigesta propaganda médica. Nuestro médico, como es costumbre decir en Canarias, tenía fama de redicho, por las frases que lanzaba buscando la admiración de sus clientes, y por la manera de expresarlas. Esta afectación la aplicaba y extendía a las comunicaciones dirigidas a las autoridades, hasta el extremo de que la finura desbordaba los propios términos del escrito.

III

Un día y a requerimiento de la autoridad superior que reclamaba un documento, se vio en la necesidad de justificar su tardanza «en la turbamulta de correspondencia acumulada en el transcurso de un mes hasta llegarle el turno de su lectura». Otro día, para responder al atento saludo que ritualmente dirigen las autoridades a todas las personas que desempeñan cargos en la isla, se creyó en la necesidad «de desearle toda clase de aciertos en su gestión, al tiempo que ofrecía su humilde colaboración, con la ayuda de Dios, para que nuestra patria querida tenga en esta avanzada del Atlántico, los servidores que ella se merece». Otro día, contestando también a la queja de unos asegurados, porque no había enviado a la Inspección Provincial el desideratum, entiéndase, partes de enfermedad, justificaba su tardanza alegando que «el olvido había sido en aquella ocasión un gaje del oficio, ante el gran número de papeles encontrados que le

hacían recordar aquel dicho famoso, aprendido en una visita que hizo al pueblo llamado «Avila del Tostado», escribir más que el tostado este mes». Y otro día, en súplica de permiso por enfermedad para reponerse de la que acababa de sufrir, de caracter leve, «como corresponde a los que nos adentramos en la Patología», anunciaba a su superior jerárquico una nueva petición de licencia, «durante el Año Santo Compostelano, para no desatender una promesa del Patrón de España.

Y de esta manera podíamos citar literatura que llegó a darle personalidad sui generis, sin referir los informes ampulosos que remitía al Ayuntamiento de Moya, cuando se trataban cuestiones técnico sanitarias, de cuya Junta Municipal de Sanidad, fue miembro destacado.

IV

Tenía fama, como acabo de decir, de redicho, esto es, de hacer uso de palabras refinadas, como acostumbraba a calificar el isleño, para envolver en confusiones ditirámicas la idea y poner en aprieto a las personas que tenían que dar sus respuestas.

Una tarde acudió a su consulta una enferma, quejándose de tos con expectoración abundante, es decir, lo que corrientemente llama la gente un catarro, pero nuestro galeno en su afán de aumentar la importancia clínica de la enfermedad, espetaba entre pecho y espalda a la paciente estas palabras al tiempo que extendía sobre la albura de la receta, la correspondiente prescripción medicamentosa, «el catarro es producido por una acumulación de moco en las fosas nasales que hace producir, por fenómeno reflejo, la tos, de tal manera que si no es atendida debidamente degenera en un amontonamiento de flemas en los bronquios, que llega a reducirlos a la más mínima expresión e impedir que el aire circule por ellos».

Y la buena mujer salía del despacho asorimbada, sin haberle entendido una palabra, pero con la confianza suficiente en la medicina recetada, ya que por lo menos no hablaba ni confundía.

Los casos se sucedían con frecuencia y eran conocidos por el pueblo con la mayor conformidad y paciencia. Unos habían optado

por no pedir aclaraciones cuando el facultativo se desbordaba en su verborrea científica puesta a la altura de la cultura popular, sin hacer caso a sus catilinarias y otros, cerraban la boca, recogían la receta y como el personaje histórico, «caló el chapeo, requirió la espada, miró al soslayo, fuese y no hubo nada».

Pero no todos los habitantes del pueblo estaban conformes con las peroratas del galeno, que nada nuevo añadían a las molestias y dolores propios de los males que sufría. Había entre ellos, como sucede en todos los sitios, alguno que no estaba dispuesto a seguir la vareada en que trataba de meterlos, creyéndolos menos listos o tontos y en efecto, Robustianita, mujer de pelo en pecho, se dispuso, cuando la ocasión se presentara, a responderle en los mismos términos y tono con que lo hacía nuestro protagonista.

Y un día lleno de sol, con el azul del cielo intensamente teñido y aire fresco del Norte que levantaba las nubes y las arrastraba hacia el horizonte, encontróse en la calle con una amiga a la que invitó le acompañara, pues se dirigía a la consulta del doctor en busca de alivio para su estómago. Y advertida, aun cuando de sobra lo sabía, de los términos en que acostumbraba llevar el interrogatorio, no dudó en entrar.

Y después de esperar un momento en el antedespacho, donde colgaban de sus paredes, aforismos de Hipócrates, sentencias médicas y consejos higiénicos, las visitantes accedieron a la invitación y sentándose en sus correspondientes sillas dieron comienzo al diálogo.

Expuestos los datos que se requieren para llenar y conjuntar la pertinente ficha clínica, Robustianita dio principio a su confesión explicando las molestias que aquejaba y que atribuía a malas digestiones.

No contento el médico con la explicación, pues entendía que no era lo suficientemente clara para enjuiciar un diagnóstico, achicados sus ojos por la exhuberancia de su cara y dibujando en ella una sonrisa medio burlona, le interrumpió, diciéndole:

—Por los pormenores que me cuenta, creo que su enfermedad radica en el piloro, parte del estómago que, al estar inflamado dificulta las secreciones biliares y la actuación de los enzimas digestivos—. Y después de algunas frases más que fueron llenándole a Robustianita la cachimba de barro, volvió a preguntarle:

—¿Y usted cómo defeca?

—Dos cincuenta— contesta la enferma, dispuesta a mantenerse a la misma altura que su interlocutor.

—Repito que cómo defeca— creyendo no haber sido entendido, en su pregunta anterior.

—Ya le he dicho, dos cincuenta— contesta la enferma dueña de sí y dispuesta a no apearse del burro.

El médico al oír la misma respuesta y pensando que no habían sido bien interpretadas sus palabras, cambió los términos de la misma en busca de la aclaración.

—Digo que cómo depone, evacúa o vulgarmente dicho, cómo hace de vientre.

Y entonces la enferma sintiéndose victoriosa porque le había hecho pronunciar las palabras con las que vulgarmente llamamos a esta función fisiológica, le respondió sin titubeos:

—Ya le he dicho, dos cincuenta o para hablar más claro, medio duro.

*¡TODO LO QUE LE DA A ESE HOMBRE...
ES FALSO!*

I

Cuando en el último tercio del siglo XVIII, la voluntad y el amor al desvalido del Obispo Servera, construyeron el hospital de San Martín, la Ciudad que por entonces vivía y progresaba al compás del patriotismo de sus hijos, jamás pensó que doscientos años después, se conservara el edificio enhiesto y enclavado sobre la misma tierra que le fue marcada. Este viejo hospital, con sus viejas salas y amplias galerías, trazadas con sobriedad y templanza arquitectónica, parece una reliquia del pasado a la que no afectan los bienes ni los males y a la que nada alegran y entristecen las excitaciones del mundo exterior. Y sin embargo, el centro benéfico a que me refiero, ha subyugado y subyuga nuestra alma, porque en su recinto y bajo el tocado de las Hermanitas de San Vicente Paul y el tintineo de las campanas de su Iglesia, que en primavera ríen y en Nochebuena cantan, la Vida y la Muerte corretean en su interior con el mayor de los silencios y el más profundo de los misterios.

Se ha dicho muchas veces, que existe un aparente antagonismo entre el instinto de la muerte y la voluntad de vivir, a pesar de que ambos se alimentan de la misma savia, pero si tenemos en cuenta que esta aparente antagonía, base de nuestra eterna lucha desde que nacimos, la vamos dominando con el andar de los años, porque, durante ellos, la pasión de vivir va eclipsando cualquiera tempestad que se interponga en el camino, se comprenderá que esta voluntad de vivir, este deseo de vivir, en el organismo sano, se sostiene y exalta por los afectos e ilusiones que ponemos en todo cuanto nos rodea. No podemos decir lo mismo si es el enfermo el que lucha, porque siéndole indiferente todo lo que anda a su alrededor, sin emoción ni contenido, como las páginas del libro que pasan por su

vista sin saber lo que mira, solo siente hastío de vivir y anhela recibir cuanto antes, la última caricia.

Este instinto de la muerte y esta voluntad de vivir, los vemos de cerca en los establecimientos benéficos, por cuyo motivo repetimos, nos subyuga la medicina asistida en ellos. De ahí también el que no sabríamos consolarnos con nuestros pensamientos, si cada día, al sentir el dolor de los que sufren, no supiéramos exaltar el sentimiento de la piedad, procurando ayudar al moribundo a franquear, silenciosamente y con dulzura, las puertas de la muerte, cuando su agonía es larga y tormentosa, o ayudando también, al que pueda salvarse, a sufrir, siquiera sea como signo de superación espiritual que ha de conducirle por el camino de la glorificación.

No tratamos con ello los médicos de hospital, de endurecernos frente al dolor, de mantenernos impasibles ante él, o de crearnos un campo de anestesia que nos permita aislarnos del mundo exterior. No. Nuestra constante preocupación estriba en procurar aminorarlo o excluirlo (sin cegar por ello la luz de la conciencia), o en conducir al organismo enfermo, merced a las conquistas admirables de la ciencia, por el camino que ha de hacerle sentir el inmenso deseo de vivir y de amar la vida, para cuando llegue el momento esperado, saber amar también la muerte.

Y es un hecho probado hasta la saciedad, que todas las mañanas, esté el cielo teñido de azul intenso, o cubierto por las nubes que entoldan nuestra atmósfera, acuden presurosos los facultativos de San Martín a sus servicios hospitalarios, para poner en práctica los recursos terapéuticos necesarios capaces de vencer el mal que aflige a los enfermos recogidos en aquellas salas desvencijadas, húmedas unas, y frías otras pero llenas de luz en su mayoría.

II

No hace aún muchos años, el viejo hospital adquirió su verdadera personalidad, cuando la Excelentísima Corporación Insular se hizo cargo de su administración. Desde entonces y coincidiendo con los viejos maestros que lo rigieron científicamente, las mañanas del establecimiento benéfico están llenas de recuerdos y de un sabor

profundamente conventual, que no obstante la diversidad de pareceres y métodos educativos, siguen surcando los campos misteriosos en los que se debate la lucha entre la vida y la muerte, con mano firme y justos asesores.

Todas las mañanas llenaban el saloncito, donde se guardaban las blusas que habrían de cubrir sus vestimentas para proceder al reconocimiento de los pacientes, los médicos de San Martín y algunos que, sin serlo, ponían en él la misma asiduidad y entusiasmo. Ayer, los más viejos ocupábamos los sitios que en años pasados ocuparon otros y hoy, los hemos dejado, para que los cubran los más jóvenes. Reunidos en él, comentábamos el último adelanto científico o la novedad política local o nacional sucedidas, pues los médicos necesitamos exponer nuestro diagnóstico y establecer el juicio clínico correspondiente, cuando nos referimos al cuerpo humano o al de la patria, ya que ambos nos duelen. De esta manera, enfrascados en nuestros criterios, hemos recordado muchas veces y visto desfilar por el recinto, las figuras venerables de don Luis Millares Cubas y don Ventura Ramírez Doreste, por solo citar los primeros y porque ya muertos, nos espanta la falta de luz, esa luz que se hace carne y espíritu en nosotros, al solo hecho de caminar suavemente con ella, hacia el conocimiento de las cosas. Y así hemos visto entrar, cada día, a don Luis, en las salas del viejo templo del dolor, mostrando en su cara el contento de verse entre sus pacientes, a los cuales regalaba palabras de consuelo y estrechaba, entre sus manos, las de aquellos a quienes había salvado la vida, estampando en su caras el beso de la alegría, cuando ellos, con lágrimas en los ojos, besaban también las suyas. Esas manos que unas veces en las cuerdas del violonchelo y otras con el bisturí entre sus dedos, vibraban de emoción al sentir en su alma los sentimientos maravillosos de las sonatas y nocturnos o el indescriptible orgullo de ver desprenderse de las entrañas del doliente, el mal que le corroía y destrozaba. Don Luis amó al hospital como si hubiese sido algo suyo y despertó en quien se entregaba a su inteligencia, la idea sacrosanta de ignorar lo que hay más allá de la enfermedad.

De la misma manera pasó también por el recinto, la figura de don Ventura, toda bondad y simpatía, fumando su cigarro, el cigarro de siempre porque nunca dejó de fumar, para derramar su gracia

natural sobre el auditorio formado por sus compañeros y discípulos. Y le hemos visto también, con su mirada inquieta bajo aquellos gruesos cristales, y la sonrisa dulcificada por tanto dolor, relatando actos de su vida llenos de enseñanzas mientras los espirales de humo del tabaco se desvanecían en el aire, tal vez para luchar con aquellos sentimientos depresivos que invadieron su alma, o para situarse por encima de toda crítica, viendo resbalar sobre su cuerpo las denigraciones, como el agua resbala sobre el plumaje de las alas. Su comentario justo, preñado de verdad, sin herir nunca, porque la verdad en labios de quien puede honrarla nunca hiere, fue siempre adecuado y sincero. Supo además adoptar, en su carrera, una actitud correcta, fuerte y tranquila, ejecutando sus acciones, con la expresión del bien y la voluntad y perseverando, sin cansancio, en el estudio.

III

Todas las mañanas, como acabo de decir, antes de comenzar la tarea diaria, nos reuníamos en torno a las dos personas antes referidas, para cambiar impresiones sobre la enfermedad del paciente, que gravemente esperaba, sobre su lecho, la visita y el consejo del médico de la sala. Otras veces el comentario se ceñía a la última noticia política que circulaba por la Ciudad, o a la conducta moral de cualquier ciudadano que ocupaba puesto destacado en la administración cívica o religiosa de la isla. Casi siempre las murmuraciones se fijaban en la actitud o manera de proceder de los que siempre aspiraron a desempeñar puestos en las corporaciones públicas.

Por entonces, el arte de gobernar los pueblos estaba monopolizado en la persona que unió a su talento natural, la virtud de apagar, por su influencia, la opiniones de los que no tuvieron inconveniente en reconocerle como amo y señor. Las ideas de los disconformes se perdían en la indiferencia, porque nunca tuvieron ambiente propicio para dejarse oír. La mayoría, por no decir la totalidad de los municipios, imponía su criterio, y la nave seguía marcando su ruta, sin que el viento y el mar encrespado logran cambiarla de destino. El concejal, era, por consiguiente, hombre ostentoso y entonado que gustaba de darse importancia ante sus servidores y amigos, pero incapaz,

al mismo tiempo, de meditar en cualquier asunto o problema que le presentara un ciudadano, como hijo de la Ciudad y amante de la justicia. Existían algunos que se mantenían fieles a las órdenes emanadas del jefe político o del Alcalde en quien depositaba su confianza y otros, que prometían ayudar en las peticiones que se les hacían, aunque resueltos siempre a cumplir lo que su superior tenía dispuesto. Estos individuos, de intención contraria a la que querían dar a entender, han abundado desgraciadamente en nuestro país, por falta de juicio crítico y valor en sus propias determinaciones. El poder del cacique llegaba a tanto, que nunca se atrevieron sus servidores a discutir y opinar sobre lo que disponía su voluntad y albedrío, por lo que amargamente, no hay más remedio que confesar que el espíritu cívico isleño sufría, desde largo tiempo, las influencias nefastas del caciquismo.

IV

Habíase presentado a la Corporación Municipal que regía los destinos de la Ciudad, una solicitud firmada por los médicos antes nombrados, encargados, a su vez, de prestar asistencia a los heridos en accidentes de la circulación y de trabajo, que tenían lugar en las carreteras y calles de la isla. Actuaban en calidad de médicos de la Casa de Socorro establecida en los bajos del hospital de San Martín, hasta tanto quedaron fundadas las que hoy existen con personal y reglamentación propias. De esta manera el Ayuntamiento, mediante una pequeña gratificación, tenía atendido este servicio municipal y el Cabildo Insular ponía a disposición su local, para que Las Palmas contara en todo momento, con esta modesta clínica de urgencia que tantos beneficios reportó a los accidentados.

Pues bien, habíase presentado, como he expuesto, dicha solicitud pidiendo aumento de haberes, aprovechando la discusión de los presupuestos por los que había de regirse la Corporación en el año siguiente y había llegado, también, el instante en que todas las peticiones iban a ser discutidas, dada la penuria económica con que se desenvolvían los organismos públicos.

Como está de más el decir y en esto no han cambiado las idiosincrasias y manera de ser, de algunos individuos, no obstante el

tiempo transcurrido, hubo necesidad de salir a la calle y visitar en sus propios domicilios a los ediles municipales, para hacerles ver la justicia de la petición y el poco aumento que solicitaban. Uno de los que ostentaba tan alta representación popular, era hombre conocido en el ámbito de la capital, por su intervención en asuntos culturales, por su afabilidad en el trato diario y por su posición económica desahogada. Gozaba, en cambio, de ser persona inconstante, versátil y por lo tanto poco cumplidora de lo que prometía. En una palabra, faltó de veracidad en las que pronunciaba, porque nunca sintió en su interior, la conformidad que hace decir lo que se piensa, sin tapujos ni compromisos anteriores. Este hombre falso en su manera de proceder, se había comprometido a apoyar la instancia, entre otras razones, por habersele presentado la ocasión de atender a uno de los dos solicitantes que fue su médico de cabecera y le asistía además gratuitamente en sus enfermedades.

Discutida la propuesta en el seno de la comisión de Hacienda, fue denegada y por lo tanto dejó de ser tomada en consideración por el pleno del Ayuntamiento en la sesión celebrada al efecto. Nada de estas determinaciones llamaban la atención de los ciudadanos, porque hartos estaban de que los problemas se mirasen bajo el matiz político en que se desenvolvían los que a la Corporación se dirigían para dirimir sus cuestiones. Lo que sí podemos dar fe, es del asombro y estupefacción en que quedaron sumidos los médicos, cuando llegó la noticia de que el famoso edil, a pesar de la palabra dada, obedeciendo órdenes del amo, había votado en contra de la solicitud.

—¡Falso y más que falso!— se decían entre sí los desengañados. Y como otras tantas cosas de la vida, los días pasaron y la tranquilidad volvió a su cauce.

V

Una mañana, como todas las anteriores, el antequirófano del hospital de San Martín, estaba ocupado por sus médicos propietarios, médicos asistentes y alumnos que estaban pasando sus vacaciones estivales, después de haber cursado en la Facultad el año correspondiente a sus estudios de Medicina. Todos nos sentábamos alrededor

de los maestros hablando del ritmo sin fin de los días, en los cuales fuimos aprendiendo los medios para borrar muchas de las causas del dolor, sin olvidar que paralelamente a ellas, se va exaltando nuestra capacidad para sentirlos y que lo único perdurable, a pesar de nuestra sabiduría, es la infelicidad.

Enfrascados en estas disquisiciones filosóficas, llegó al grupo la noticia de que el famoso concejal estaba gravemente enfermo. Nadie supo dar más detalles, porque rotas las relaciones con su médico de cabecera allí presente, solo podía dar el diagnóstico exacto de la enfermedad el que le sustituía desde su rompimiento. Así las cosas, pasaron solos unos minutos para quedar en claro el misterio, pues hecho acto de presencia su nuevo médico, cayeron sobre él la curiosidad y el deseo de conocer lo sucedido, curiosidad y deseo que no tardaron en quedar satisfechos cuando dijo, contestando a preguntas reiteradas, que el enfermo había tenido, durante aquella noche, una falsa angina de pecho que puso en peligro su vida. Al oírlo, uno de los viejos maestros, víctima de su engaño, exclamó con la ironía que le caracterizaba:

—¡Todo lo que le da a ese hombre, es falso...!

Y una carcajada surgida espontáneamente de los presentes, fue la señal de aviso para que nos levantáramos y fuéramos a cumplir con nuestros deberes.

¡ PUES NO ME HABIA DADO CUENTA !

I

Ciudad del Sur de Gran Canaria, célebre por la influencia que ejerció en la conquista de la isla en tiempos de los Reyes Católicos. En una de sus calles desprovista del colorido ornamental que caracterizó durante siglos la munificencia de sus plazas y barrios, reposa silenciosamente sobre sus cimientos, la casa en que vivió el protagonista de nuestro cuento.

Hogar sencillo, sin decoración exterior que la hiciera aparecer distinta de sus vecinas, pero lo suficientemente amplia para satisfacer las necesidades de sus moradores, estaba ocupado su frontis por tres habitaciones que daban paso directamente, desde la calle, a dos de ellas. La tercera e intermedia, recibía la luz y el aire desde el exterior, por una amplia ventana cerrada por las clásicas persianas canarias. Esta y la situada a la derecha constituían el llamado despacho del médico, de tal manera que las entradas a la casa eran independientes y por una de ellas penetraban los enfermos en la sala de espera.

En su interior la sobriedad y la modestia con que estaba adornada llamaban extraordinariamente la atención, pues solo unos bancos adosados a las paredes, sin espaldar ni otro signo de comodidad, constituían su ajuar. Sin mesa en el centro, sillas para independizarse de los demás, ni cuadros para darles la coquetería y gracia con que suelen revestir las casas canarias, la sala parecía el antedespacho de un juzgado de instrucción o el de una oficina de reclutamiento. Lo importante era verla llenar de público enfermo, pues de sobra se sabía, que más atracción y convencimiento arrastraba la fama de un profesional, que los arreglos más o menos artísticos con que la suelen adornar los que todo lo confían al hecho de aparentar. Lo importante era en estos casos, hacer pronto una buena pellita para marcharse a su pueblo natal en busca del deseado descanso.

Hombre de gran intuición y talento natural, oriundo de una de las más bellas capitales del Levante español, llegó a convencerse poco después de su llegada, de que el isleño al igual que otros vivientes de este mundo, quizá un poco más pronunciado por el ambiente y escasa cultura de que estaba dotado, poseía un alma provista de ciertas peculiaridades que era necesario estudiar. Y sin pérdida de tiempo, buscó la manera de adentrarse en su psicología para conocer su patología, ya que encontró en ella múltiples maneras de reaccionar a los estímulos exteriores. El alma del isleño del Sur a diferencia de la de otros sitios de la isla, goza de una exquisita sensibilidad para dejarse dominar por la sugestión, siendo, por lo tanto campo abonado para el éxito de la terapéutica teatral.

Abonaba a favor de este extremo, la serie de circunstancias en que se venía desarrollando la práctica de la medicina en Canarias, reveladora de la existencia de numerosas curanderas, brujas y otras personas por el estilo. Resuelto a proseguirla pasó por su mente la idea de buscar un medio que le sirviera de guía para no apartarse de la medicina y acercarse al enfermo como fin y objeto de su profesión. Y al efecto tuvo la feliz inspiración de valerse de uno de los líquidos excrementicios del cuerpo humano, fácil de recoger y observar, de tal manera que al ser eliminado por el enfermo, no dudara éste de que formaba parte de su enfermedad. Se acordó del análisis organoléptico de la orina como medicina para el diagnóstico y a tal efecto se valió de su mujer, como enlace de los actores en la contienda.

Carente de hijos, no necesitamos decir que el mejor campo de estudios del feliz matrimonio, para conocer los males de los humanos, residía, en su consultorio médico, pues en él se averiguaban todas las desgracias físicas y morales de los asistentes, se establecía la más expresiva corriente de simpatía al estar ligados por las mismas causas de atracción, y se contaban los enfermos sus penas, palpaban sus dolores y formulaban los mejores deseos de verse libre de ellos en el menos tiempo posible. No hay duda pues que el teatro de la vida estaba manifestándose de continuo dentro de las cuatro paredes de su recinto y que a él debemos recurrir cuando queremos conocer de cerca lo que es y lo que significa el mundo patológico.

De común acuerdo ambos esposos, la mujer acudía diariamente al antedespacho, como si fuera una más de las enfermas. Dama inte-

ligente, perfectamente compenetrada con su marido, reunía las condiciones necesarias para atraerse la conformidad y confianza de las concurrentes, máxime cuando se tenía en Canarias la creencia de que cualquiera persona peninsular por su labia y fácil expresión de palabras, se hacía dueña de la situación si su auditorio estaba constituido por los isleños del campo. Estos callaban extasiados oyéndola hablar y la dama amable y afectuosa, aprovechaba esas circunstancias para que todos le reconocieran sus nobles virtudes. Dialogaba al principio, lo hacía más tarde con cara de dolor unas veces y conmiseración otras, hasta que al fin lograba, con gracia y disimulo, enterarse de las molestias que cada una aquejaba. Entonces respiraba a sus anchas, las grababa en su cerebro, para transmitir las a su compañero, y se levantaba disimuladamente del asiento alegando ir en busca de la botella de orines que se le había quedado olvidada en su casa.

Y mientras esto sucedía, quedaban sentados en los bancos del antedespacho, esperando ser recibidos por aquel hombre divinizado sobre la tierra, los que aprovechaban aquellos momentos para contarse las incidencias sucedidas en otros tiempos y con otros médicos.

—Una vez— decía una que se la echaba de entendida —fui a visitar un *méico* que le gustaba mucho mandar *inyisiones*, para que recetara a mi niña y no me hizo caso a pesar de haberle dicho que esas *melecinas* no me agradaban. ¿Y sabe lo que le mandó, *usté*? Pues *inyisiones* de yema de huevo.

—¿Y en qué le hacían daño?— repuso otra más curiosa que una solterona.

—Pues en que cada vez que le ponía una, le daba la *redacción*.

Más tarde se habló del precio que cobraba el galeno por cada receta y como otra conocedora del mismo, por haberle consultado en más de una ocasión notificara que era modesto en el pedir, hizo acto de presencia en el coloquio la que guardaba silencio arrebuja y situada en un rincón, con estas palabras:

—Una vez llevé a mi *jija* a la *Suidá* para que le viera el oculista ¿y sabe *usté* lo que me cobró? Pues por ponerle unas gotas para adelantarle las niñas de los ojos, me llevó diez pesetas.

Y hubo una tercera más explicada y fina que se condolía de que a su niña con *nemia* en la sangre y recién casada, a la que le faltaba

la regla dos meses, le mandó el *dotor* unas píldoras y le vino al instante la *administración*.

Como se ve, la sala de espera del profesional de la Medicina es un enjambre de abejas que en dulce arrullo, se cuentan sus cuitas. Allí se descubren las mayores intimidades, los más enraizados secretos y se da margen a los más atrevidos consejos que darse pueden. Por algo Hipócrates recomendó el silencio en los ojos y oídos del médico.

Mientras estas conversaciones tuvieron lugar, la dama había entrado en el interior de su casa por la puerta del zaguán y su marido la esperaba impaciente en su despacho para comenzar la farsa. Una vez juntos, fácil le fue, a través del agujero de la llave de la puerta que comunicaba ambas habitaciones, señalarle los enfermos de aquella mañana y referirle las molestias que cada uno aquejaba.

Y así fueron pasando en orden de espera, sin que mediara otra conversación que la deducida después de haber vertido la botella de orines sobre la copa grande de cristal a fin de verla a su través y en todas direcciones. No es necesario añadir ni describir las caras de espanto que mostraban, cuando el galeno después de unos minutos de silencio, durante los cuales se concentraba en sus propios pensamientos, iba describiendo los síntomas que padecía y aconsejando los remedios indicados. El enfermo, como es de suponer, era dominado e invadido por una neurosis de angustia y admiración hacia aquel Dios sobre la tierra, que conocía y curaba las enfermedades de una manera tan sencilla.

No era de extrañar pues que por este método de diagnóstico y tratamiento, fuese siendo conocido en la isla con el sobrenombre del médico de los orines y que sus enfermos agrupados en legión curaran, muchas veces, por el fondo neurótico que poseían.

II

Un día acudió a la consulta un escéptico. En la vida como modalidad destacada del ser humano, el escepticismo es condición de ciertos isleños al poner en duda la existencia de la verdad afirmando que el hombre es incapaz de conocerla. Al mostrarse incrédulos, se hacen

inadaptables o no ven más que desengaño en la eficacia de alguna cosa. Por ello el enfermo escéptico, hombre perspicaz y astuto, de inteligencia virgen, pero propicio a lo natural, no concebía que por la simple inspección de un líquido que sale de nuestro interior cuando nos lo proponemos, se llegara a diagnosticar un mal con tanta facilidad, sabiendo los malos ratos que se han pasado y se pasan los sabios ensimismados en el estudio para investigar su origen y terapéutica.

Y decidió con esa socarronería propia del canario avizor, descubrir el poder de aquel sugestionador de masas cuya fama había traspasado los umbrales de aquel pueblo, hoy ciudad agrícola y patria de isleños ilustres.

Para ello una mañana sentose en el asiento que pudo conseguir, en medio de aquel público hipnotizado y charlatán y pronto se dio cuenta de que aquellas personas hablaban fanáticamente del médico de los orines y de las maravillosas curas llevadas a cabo. Absorto ante aquellos comentarios que bullían en la caldeada atmósfera, su papel se redujo a oír y observar los movimientos de la misteriosa dama que intervenía, como otras veces, en la conversación, valiéndose de los procedimientos puestos en boga para hacerse depositaria del secreto de los males de aquellos pacientes, y trasladarlos, como siempre, a su marido que la esperaba inquieto en el despacho.

El isleño inadaptado padecía del estómago. Una hiperclorhidria sintomática de gastritis le obligaba a tomar con frecuencia el popular bicarbonato sódico y como consecuencia, frecuente en algunas personas, aparecía sobre la orina turbia una capa superficial dotada de irisaciones metálicas. Este fenómeno que se interpretaba en la antigüedad como síntoma de embarazo, produjo en el incrédulo, la natural sorpresa, ya que no lo había observado ni lo había oído referir a sus contemporáneos. Ello fue lo bastante para recogerla en su correspondiente botella y llevarla al despacho del galeno, pero hombre desconfiado y zorrocloco no dijo la verdad a la misteriosa dama, porque estaba convencido de que sus secretos solo podían interesar al médico. Refíriole en cambio, para no pecar de desatento, que su mujer estaba delicada de salud y que al no poder acudir a la consulta, le traía la orina a fin de que le dijera el mal que padecía y la pusiera buena si ello era posible.

Hecho el silencio después de que la dama había obtenido todos los datos, esperó su turno observando y mirando las caras de iluminadas con que salían algunas del despacho. El hecho no era para menos porque no recordaba en su vida otro caso parecido. Descubrir los males de un paciente solo con mirar la orina, no era cosa de todos los días y por ello no salía de su asombro y admiración. Algo poseía aquel hombre que sugestionaba a la gente y como no le cabía en la cabeza que estuviera dotado de tales virtudes, se puso a pensar en aquella mujer, que tanto interés ponía en las conversaciones y tantas preguntas hacía a toda aquella gente que esperaban impacientemente ser recibidas por el médico consultor. Y cuando más enfrascado estaba con aquella idea, se vio frente a frente con él, mostrándole la orina cubierta aún por aquella capa de irisaciones metálicas.

Y entonces el galeno recordó que este fenómeno se había dado con no rara frecuencia en las embarazadas, sin pensar, que el bicarbonato sódico al alcalinizar la orina de los hiperclorhídricos, podía dar lugar al mismo cuadro. Y sin encomendarse a Dios ni al diablo, afirmó con toda la seguridad de que se sentía dueño:

—¡Su mujer está embarazada!— y el isleño al recibir la respuesta sin inmutarse y satisfecho por haberlo cogido en la trampa le contestó:

—Pues no me había dado cuenta de que así estaba y como la orina es mía, no sabe Vd. la pena que me da el no estarlo, pues he oído decir que me hubieran dado tres millones de pesetas.

De más está el decir, que desde aquella fecha los cimientos de su fama se resquebrajaron y poco a poco el poder sugestivo del médico dejó de hacer mella en los ciudadanos de la isla.

¡CREI QUE FUERA VIENTO!

I

Entre el barrio aristocrático de Vegueta y el comercial de Triana, a poco tiempo de haberse fundado el Real de la Ciudad de Las Palmas, se encuentra ubicada la Plazuela, lugar ancho y espacioso donde se celebraban, mercados, ferias y reuniones públicas. La Plazuela, como cariñosamente la conocemos, ha sido uno de los sitios de la Ciudad que más variaciones ha sufrido en el transcurso de los años, pues desde aquellos que la presentaban como una extensa y prolongada hondonada, llena de charcos, arenas y cantos rodados, separada del barranco Guiniguada por un muro de contención, hasta los tiempos actuales en que es lugar predilecto para descanso del cuerpo, ha pasado por una serie de cambios arquitectónicos y costumbristas que de seguro no sabrían acoger nuestros antepasados.

Ocupada por kioscos donde se venden variados objetos, bebidas y cafés, adornada en toda su extensión por ficus, palmeras y plantas de menos altura que le dan espesa sombra, embellecida con la fuente luminosa que hace surgir el agua de sus entrañas, cobija, en su parte del Naciente, el monumento a D. Ambrosio Hurtado de Mendoza, benemérito alcalde de la Ciudad que mira de continuo a todos los ciudadanos que van a sentarse durante unas horas en los bancos que en ella existen. Cementada en su suelo por ladrillos de diferentes colores, la molicie del Banco Hispano Americano, ve interrumpido su silencio por los gritos de los niños que corretean en este lugar, amplio y espacioso, en busca del aire que por ella circula y de la seguridad personal que les ofrece al estar aislada de las calles que la circundan.

En la Plazuela se dibujó durante mucho tiempo la célebre casa de Falcón, con su inconmensurable balconada, desde donde se divisaba majestuosa y perfilada la Catedral Basílica y a su alrededor todas las instituciones que dieron alcurnia al místico barrio de

Vegueta. En ella se amalgamaron de tal manera los espíritus antagónicos que no era extraño ver cómo lucía sus manteletas, cofias y miriñaques las señoritas del aristocrático barrio al pasar con dirección al comercio de Triana en busca de las novedades. Asimismo transitaban las personas que portaban capas, levitas, chisteras y algún que otro uniforme con rojos vivos de los señores empingorotados de Triana y Vegueta. La Plazuela fue siempre cordial y a ella se iba todos los días, sin obligación y maquinalmente.

Muy cerca de ella, la calle de los Remedios, daba cobijo a la entonces célebre botica de Las Cadenas, única en la Ciudad, donde se reunían los desocupados que solían presumir de saberlo todo, sin tener en cuenta la holgazanería. En ella se discutían y comentaban las noticias que corrían por la Ciudad, la poca listeza del abogado, la torpeza del médico, la ignorancia de los personajillos, la ineptitud de los ediles, hasta llegar a constituir una especie de Ateneo abigarrado donde sus eruditos no poseían conocimientos de las distintas ramas del saber humano, para juzgar, en buena ley, los méritos y defectos de los ciudadanos.

Allí se creaba en un solo instante, lo que poco después se llamaba opinión pública; allí se hablaba lamentablemente de historia, geografía, química, física y astronomía; allí se arreglaba, el mundo de todas las naciones con solo decir unas palabras y criticar el esfuerzo de sus dirigentes. En fin, de todo se hablaba y decidían, aquellos inagotables pozos de ciencia que eran muchas veces menos instruidos que cualquier alumno de segunda enseñanza.

Aquella reunión, con el pasar de los días, murió como mueren muchas cosas en la vida, sin dejar una huella constructiva en su pasado. Las personas sensatas y trabajadoras huían de pasar por las proximidades, porque sabían eran blanco, acto seguido, de aquella tertulia arlequinesca como la clasificó en sus «Recuerdos de un noventón» y en sus justos términos, D. Domingo J. Navarro Pastrana.

II

Durante mucho tiempo después, no hubo reunión de esta categoría en los anales de la Ciudad. Se sucedió un período de silencio

y de tranquilidad en la vida isleña, hasta que fue fundado y construido «El Gabinete Literario». Constituido por la mejor y «alta sociedad de Las Palmas, en ella se comentaba y se ponían al rojo vivo las incidencias de la política, los fracasos económicos de los ciudadanos, los altibajos del comercio y de la agricultura, la elegancia y distribución del bello sexo, pero guardando siempre el debido respeto a las opiniones encontradas, al prestigio de los que ocupaban los altos cargos y a la distinción con que se llevaban a cabo las determinaciones acordadas, porque en toda ella la educación era el lema que la dominaba y la convivencia el objeto de esas reuniones. Tal importancia adquirió dentro de la isla, que si alguna sociedad del matiz que fuese, trataba de organizarse en la capital, moría prontamente en el olvido, pues todo café o establecimiento por el estilo, que se abría al público para solaz y esparcimiento de los ciudadanos, tenían que cerrarse víctimas de la soledad, el aburrimiento y las dificultades económicas que las invadían.

Sin embargo, con el trato y las comunicaciones marítimas, cada vez más frecuentes entre la Península, el extranjero y nuestras islas y con el tráfico que estudiantes, militares y agentes de negocios fomentaron en los innumerables cafés establecidos en nuestra madre patria, hizo necesaria la presencia de estas pequeñas instituciones destinadas principalmente a las personas que gozaban comentando las noticias locales del día, las que tenían lugar en la Nación y las que procedían del exterior. De la misma manera servían de reunión a los amigos y conocidos que sentían necesidad de expansionar sus almas, para ovidar durante unos momentos, la numerosas preocupaciones que les proporcionaban los problemas del día.

Y así surgieron aquí y allá pequeñas cafeterías situadas en distintos lugares de Las Palmas que fueron animando paulatinamente el ambiente social. Ya no daba temor y vergüenza sentarse en ellos, ante la crítica despiadada y dura de los que no concebían perder el tiempo de esta manera y ya se entraba en ellos sin miedo a ser visto, pues el acto de descansar un rato ante la taza de café, era considerado por los asistentes como parte integrante del ajetrear diario.

En la Plazuela o Plaza de la Democracia, pues también ha sido conocida y denominada por este nombre, se habían establecido al mismo tiempo unos cuantos quioscos que se asomaban al cauce del

barranco como ventajas de observación a cuanto sucedía en la mar gen opuesta. Bebidas alcohólicas, cafés con leche, refrescos de todas clases, té y otras infusiones se despachaban al público que acudía en mayor número, atraído por la bondad de los productos y por la amenidad del sitio. Es de mencionar a este propósito, la personalidad y fama adquirida por el mencionado quiosco de Molina, que llamaba la atención por el colorido de sus pinturas y la serie de mesas emplazadas y repartidas en su torno, en espera de la asidua concurrencia de los clientes.

Desde las primeras horas de la tarde, después de haber satisfecho sus necesidades alimenticias, iban llegando los parroquianos en busca del descanso y fuerzas para continuar trabajando durante las horas que restaban del día. Como es natural, en ellas y en sus sillas hacían acto de presencia personas de todas las clases sociales, que unas veces de pie, ante el mostrador por tener prisa, ingerían el sabroso moka y otras se sentaban en los sitios elegidos de antemano. En todas ellas se confundían en honor a la amistad y a la convivencia humana, el universitario con el empleado de comercio, el militar con el periodista y el literato con el deportista. La democracia, en su mejor y amplio sentido de la palabra, se sentía fortalecida con los hombres de la Plazuela.

III

En una de esas mesas, se agrupaban varios amigos en amable coloquio cambiando impresiones, exponiendo criterios y manifestando opiniones sobre los distintos asuntos que forman parte de la vida. Constituían esta tertulia, famosa y popular, dos médicos jóvenes que habían hecho promesa, a raíz de organizada, de no hablar de medicina, un periodista inquieto y trapizondista, un abogado que se expresaba siempre en derecho, un empleado de banca que oía, siempre avizor, las noticias sobre economía y un hombre de edad que trataba de poner paz entre sus contertulios, si alguno pecaba de ligero o se le encendían los cascos. Como se comprenderá, uno de los temas favoritos versaba sobre las riñas de gallos, tema el más emocionante de los que se debatían en aquellos tiempos y por lo tanto se discutía

sobre los partidarios de las casas de San José y Triana, de las magníficas condiciones de pelea que poseía el gallino famoso de los Mujicas y del buen cuidado que tenían todos ellos. Se hablaba también de agricultura, poniendo de relieve el precio que tenían los plátanos y tomates, del auge que iba adquiriendo el Puerto de la Luz con la llegada de nuevas líneas de vapores y como es lógico pensar, del bello sexo, tema que no podía faltar en tertulia de varones, porque la mujer, lo más hermoso que ha hecho Dios, es uno de los mayores y mejores motivos a que puede aspirar el hombre. Y de esta manera transcurrían las horas, debatiendo sobre numerosos asuntos que cada uno resolvía según su leal saber y entender, hasta que pasaba la dama, más o menos formal bajo el punto de vista sexual. Entonces, todos a una, menos el de más edad, se ceñían y agarraban a sus ojos como pájaros dislocados.

—Hace tiempo que esta mujer está amachinada con Pepe el de la tienda de ultramarinos— decía el periodista, conocedor de la vida y milagros de los vecinos del barrio.

—Pues yo le callaba el secreto, respondía uno de los facultativos.

Otras veces era objeto de comentario, la que tenía fama de coqueta y casquivana, cuyo nombre no hace al caso, aficionada al trato frecuente con los hombres, enamorada, al parecer, de uno de los presentes.

—Es una enralada—, manifestaba el abogado, después de haber sido víctima de la alegría irreflexiva de la que pasaba, olvidando en sus palabras la discreción, la mesura y el dominio de sí mismo.

Otras veces, era la moza bien plantada, de formas llamativas y robustas la que despertaba la atención de aquellos vivientes.

—¡Fuerte machorra!— exclamó el empleado de banca haciéndosele la boca agua, sin que la paseante hubiera pensado en haber sido la causa de aquel desahogo varonil y humano.

IV

Una de aquellas tardes transcurrida mientras nuestros amigos saboreaban el rico café, cuya fama había traspasado los linderos de lo justo, los dos médicos en franca camaradería habían decidido romper

la promesa de no hablar de medicina, para entablar un diálogo científico consistente en relatar los casos más interesantes que habían asistido durante el ejercicio de la profesión. Es de señalar a este propósito, que los médicos conocedores de los términos en que se debate la vida humana, tienen siempre un público que se interesa por lo que a ella se refiere. Los casos más interesantes de problemas del hogar, las más extrañas aventuras sucedidas en el seno familiar y los consejos que se ven obligados a prodigar por considerárseles los mejores amigos de los matrimonios, son siempre oídos con atención.

Esa tarde quisieron dar fe y poner a prueba su ojo clínico, a la más ligera consulta que les hicieran sus compañeros, pero como pedrada en ojo de boticario, al observar que por la calle de Peregrina se acercaba caminando, lentamente y bien apretados los muslos, un cliente y amigo del café que concurría con alguna frecuencia, pero no con asiduidad, a la mesa, quisieron hacer un diagnóstico a distancia, en espera de dejar bien sentado el pabellón, ya que ello significaba «echárselas», como decimos en el argot isleño.

El individuo andaba de una manera extraña, pues sus pasos entrecortados e interrumpidos por un movimiento de reptación de un muslo sobre el otro, daban la impresión de que algo sucedía en el interior de su vientre. A ratos se detenía, como queriendo sujetar el pantalón, a ratos deseaba separar las piernas para dar salida a algo que le impedía caminar. Sus gestos denotaban contrariedad por lo que le estaba sucediendo y como si eso fuera poco, no cesaba de secarse el sudor de la frente con el pañuelo que portaba entre sus manos.

Al observarlo uno de los galenos, haciendo alarde de su intuición médica le pregunta al compañero:

—¿Qué opinas del mal que trae nuestro amigo?

—¿Cuál?— contesta el otro sin haberse dado cuenta de lo que sucedía.

—Ese, el de los pasos entrecortados y perezosos.

—Hombre— contestó el preguntado. —Yo creo que se trata de un cólico hepático.

—¡Quiál, nada de hígado, en mi opinión es un cólico nefrítico.

Enfrascados en la diferencia de opiniones, el individuo haciendo de tripas corazón e inusitados esfuerzos, llegó a la mesa donde esta-

ban sentados, con la sana intención de seguir hasta su casa, pero al enterarse de los motivos de la discusión entablada entre ellos, exclamó, con aire de amargura y temor ante la idea de que se hubieran dado cuenta del olor que despedía:

—Ni hepático, ni renal. Nos hemos equivocado los tres.

¿Cómo?— contestaron al mismo tiempo, los dos galenos.

—Así es, ni ustedes han acertado, ni yo tampoco. Creí que fuera viento lo expulsado, pero salió excremento.

PARA QUEDAR BIEN

I

Es indudable que la vida actual en sus múltiples manifestaciones, ha cambiado extraordinariamente en el transcurso de los años, sobre todo si la comparamos con aquella en que vimos la luz primera. Hace medio siglo, Las Palmas era una Ciudad tranquila, silenciosa, sosegada, llena de paz y serenidad en la que solo una noticia, un suceso acaecido, o un acontecimiento hecho actualidad, alteraban la monotonía que caracterizaba su lento y bondadoso transcurrir.

Por entonces, cada familia vivía en su casa rodeada de las comodidades que podía conseguir, trabajando en pos de la educación cristiana de sus hijos, sin otros fines e ilusiones que los de verles crecer y resolver su porvenir de la misma manera que lo hicieron sus padres. Trabajar y mantenerlo digno, fueron siempre los ideales que movieron la vida de los que formaron parte del contingente más importante de la Capital. Las gentes salían de las calles, sin obstáculos ni contrariedades mayores, en cumplimiento de sus deberes y sin otra interrupción que el encuentro con el amigo o las dificultades encontradas en las oficinas públicas, si era asunto de solución oficial. De esta manera se ganaba el pan nuestro de cada día y se llevaban al hogar, la alegría y compensación que daban el trabajo honradamente realizado.

Los espectáculos populares eran escasos, y todos ellos, se celebraban y tenían lugar por la noche. En el teatro y los cines, los espectadores acudían para soslazar el ánimo durante el tiempo que ellos duraban, impulsados por el deseo de apartar de la mente preocupaciones y malos humores que el bregar de las horas acumulaban en el cerebro. Los centros de educación representados por colegios particulares y escuelas públicas, satisfacían las necesidades culturales de la Ciudad de modo eficaz, porque no abundaban los alumnos y explicaban los profesores con todo detenimiento y sosiego. Los paseos de

Las Palmas eran escasos en número y extensión, a excepción de la Alameda que era ocupada los jueves y domingos de cada semana por la buena sociedad de la capital. En dichos días acudían las madres con sus hijas casaderas formando grupos distribuidos a todo lo largo del paseo central, para atisbar las miradas que se cruzaban entre el elemento joven. La banda municipal de música ponía en acción sus trombones y clarinetes para animar aquellos ratos, que el Ayuntamiento ofrecía al pueblo, ávido de entretenimiento y expansión y el todo ofrecía a la Ciudad, las únicas horas de comunicación familiar que aprovechaban los concurrentes para hablar de cuanto divino y humano existe en la Vida.

Los novios serios, los que tenían formalizadas sus relaciones, como trámite obligado para serles concedido el permiso para permanecer sentados, juntos, en los extremos del grupo formado, no prestaban gran interés al desfile constante de chicos y chicas que ante ellos paseaban. Por otro lado, los que empezaban a entrenarse y dejarse coger entre las mallas del amor, burlaban la curiosidad de las madres y hermanas respectivas, marchando de cuatro en cuatro, nunca solos, para no llamar la atención de los que de frente o disimuladamente, clavaban los ojos siguiendo la pista de los gestos, atenciones y sonrisas tenidas con la pareja. Y como es natural, no podía faltar el constituido por mujeres de mayor edad, tal vez frizando en los treinta años, que solían reunirse en otro sitio del paseo, para enjuiciar acremente las escenas vividas y sospechadas entre la masa juvenil de los asistentes.

—Te has fijado en el traje que lleva puesto Carmencita?— decía una poniendo en sus palabras un dejo de ironía. —¡Jesús qué ridícula está!

—¡Qué boba— decía otra, con acento de resentida —me está resultando Rosita desde que se pasea con Pepe Luis! Parece que le deben y no le pagan.

—¿Te has dado cuenta— añadía la última, —de lo pegada que va Ana María a su novio? Por supuesto, ella no tiene la culpa, sino su madre por que está más desagallada que una gallina clueca, para que su niña lo atrape.

Y de esta manera se comentaba en cada uno de los grupos establecidos y clasificados, según la edad, de los que concurrían a los

únicos paseos que tenían lugar en Las Palmas durante los primeros años del siglo actual; el constituido por aquellos matrimonios que habían resuelto el porvenir de sus hijas al tenerlas casadas o en relaciones formales, el de las que empezaban a presentar en sociedad a las chicas llenas de ilusiones y romanticismos, y el de las que desengañadas por no haber podido llevar a cabo el más bello ideal de la mujer, consolaban sus tristezas y soledades poniendo defectos a realidades falsas. Pero a estos grupos había que añadir el de los jóvenes tímidos y alejados de las normas educativas, que manifestaban sus resentimientos contra las chicas que no se dignaban mirarlos, o no ponían de su parte, el menor deseo para romper aquella separación, mal entendida, que en el fondo, no existía.

Los paseos públicos eran, naturalmente, la incubadora de los noviazgos y el congreso de las declaraciones amorosas.

Tenían ellos, como se ve, un encanto maravilloso, una dulce sensación de ingenuidad, que hacía soñar a los enamorados con los más puros sueños de la vida humana. Las noches de los paseos eran esperadas con las más nobles ilusiones que puede crear el alma juvenil, pues en ellas los más bellos conceptos, imágenes y representaciones que aparecen en la conciencia, sin causa real que la motive, dan nacimiento a esperanzas acariciadas que lentamente iban difuminándose por no tener base de sustentación. Durante ellos los enamorados se acercaban atraídos por ese misterioso paso que transcurre en silencio, a los seres ensueños de sus vidas, contemplando las sonrisas de sus caras, los movimientos de sus cuerpos y los encantos físicos y morales de que eran poseedoras. Y por si ello fuera poco, esquivaban las miradas de los que atisbaban, para que nunca llegaran a comprender como se amaban, contentándose después, con pasearle las calles, mudas y silenciosas, sin más lenguaje que el expresado en la cara. Tiempos después, las relaciones pasaban a ser calificadas de formales, por la exactitud, puntualidad y constancia con que se llevaban a cabo, permitiéndoseles pelar la pava desde la calle al balcón o ventana de la casa, hasta que la novia era pedida, en cuyo caso se le abrían las puertas de la casa, como si fuera un miembro más de la familia.

¡Qué duda cabe que toda esta manera de evolucionar el noviazgo durante el primer tercio de este siglo, tenía el fin de cautivar los sen-

tidos a medida que iban pasando por estos momentos tan de sí unidos a las edades de los enamorados! Nacido en el paseo público, en la casa de los amigos, o en el encuentro oportuno de la calle, ambos contendientes durante el tiempo de su duración, sentían la atracción de lo desconocido, para unirse y hacer vida en común con arreglo a derecho. Captados por el amor fundiéronse en una, sin más miras y compensaciones que la felicidad buscada a fuerza de conversaciones llenas de contenido sano y santo.

II

Hoy todo es inquietud, materialismo, pérdida de sensibilidad en cuantos actos ejecutan para la búsqueda de un deseo, sin tener en cuenta los medios puestos en juego. Todo se quiere hacer de prisa, sin tener en cuenta las dificultades que se encuentran en el camino. La vida parece un reloj, sin péndulo, que da las horas con una frecuencia irritante. Las calles son el paso obligado de los innumerables coches que forman algunas veces, el cortejo de los accidentes. Los transeuntes andan a saltos para esquivar el encuentro con ellos, la intranquilidad llega siempre a los sitios prefijados y todo ese descuido para armonizar la educación con la cultura, contribuye a que ya juventud no mire ni aprenda en el pasado. Por el contrario, su afán es llamar la atención de los demás con la ejecución de actos impropios que desmerecen de una manera alarmante. Díganlo si no la pérdida y transformación del equilibrio de su yo, en apariencias extrañas, dejándose crecer el pelo de sus cabezas hasta confundirlas con las del sexo femenino, sus trajes entallados y estrechos imitando figurines de la ridiculez humana y adoptando gestos y ademanes en pugna con su sexo.

Los novios no disimulan sus miradas para mirarse cuando nadie los mira, sino que se citan por el teléfono o el recado para encontrarse en el cine; en las calles no guardan la necesaria separación para hablarse mejor sino van cogidas de sus manos o medio abrazados para vivir más deprisa el objetivo principal del matrimonio. Para ellas no hay superación del comportamiento en sociedad, desde el momento en que hacen caso omiso de lo que pueden molestar al

traunseunte o espectador con esos actos cariñosos llenos de sensualismo. Todo este bullir diario, todo este modo de precipitarse en lo que es propio de cada jornada, son causas suficientes para que muchos matrimonios se hayan perdido en la desilusión de lo conocido.

De ahí que nunca sobrarán las palabras para poner en evidencia esa falta de respeto y de sensibilidad humana, haciendo uso de una libertad mal entendida que puede conducir, como ha sucedido frecuentemente, a la ruptura moral y física de muchos matrimonios, una vez perdido por ella el emblema de su virginidad, y una vez echado por él a tierra, el respeto que en todo tiempo merece la mujer como futura madre y compañera del esposo.

Consecuencia de este libertinaje que ha puesto en duro trance a la libertad, es el camino abierto obtenido a fuerza del trato ilimitado entre los jóvenes de ambos sexos. Este camino opuesto a la facultad natural de la voluntad humana para determinar espontáneamente sus actos, este atrevimiento o excesiva confianza que se hace en el diálogo sostenido entre hombre y mujer, cuando no se tiene, como fin, el respeto a las flaquezas que en ciertos momentos pueden dar lugar, la falta de entereza para resistir la tentación, o mantenerse en el buen propósito, ha dado lugar a que la carne, por debilidad, cometa una culpa imperdonable y sobrevenga la desgracia con todas sus consecuencias.

III

Personajes de nuestro cuento: Una madre frizando en los cuarenta años regordeta y rechoncha a la que le faltaba un poco de sustancia gris en el meollo. Por su pobreza de espíritu, falta de cultura y malicia que algunas veces la hacía bobalicona y otras inocentona, las amistades de *Señá Dolores* la calificaban, indistintamente de *sanana, sata* y *singuangua*.

La hija *Merceditas*, de diez y ocho años, buena moza, despabilada y pizpireta, no era bonita, pero tenía un reburujón que hacía desencadenar el deseo y algunas veces la pasión. Era una niña perteneciente al nuevo oleaje calificada por sus conocidas, de libertona o ligera de cascos. Las gentes de este tiempo, para regodearse con la palabra, decían que era una niña *moesna*.

Como tal, estaba siempre dispuesta a salir con su novio, a la primera llamada o aviso que le enviara, valiéndose de un hermanito pequeño o de una de sus vecinas. Una vez en la calle, con las manos sujetas y apretadas, agobiados por la incesante circulación de los coches y guaguas, tomaban rumbo a los sitios más apartados de la Ciudad, para que los transeuntes y el ruido ensordecedor de tanto vehículo no osaran perturbar el coloquio amoroso comenzado con palabras dulces, emotivas, llenas de finalidad sensual y terminado con la entrega de todos los tesoros de que era dueña. Y así, repetidamente, hasta que la niña empezó a perder el apetito y a vomitar varias veces al día.

Estaba mal comedora y *vomitosa* al decir de su madre. Con estas molestias fue adquiriendo un carácter áspero, violento, hasta llegar a engrifarse con sus propios hermanos, que como se verá, no tenían la menor culpa.

Ante el cuadro, la madre comenzó a preocuparse pensando en que se le podía enfermar y decidió consultar el caso con su médico, a pesar de las protestas y enfados de la niña que se resistía, con todas sus fuerzas, a que nadie «por muy médico que fuera la observara».

Pero al fin triunfaron las palabras y el cariño de su madre y acordaron, después de una serie de razonamientos en los que la inteligencia de la *Señá Dolores* no acusaba la menor existencia de fósforo, en ir aquella misma tarde a que el *Dotor* la viera y recetara, una vez mudadas de ropa, costumbre que es norma en las islas, cuando se van a llevar a cabo visitas de categoría.

Entretenidas estuvieron en estas faenas, hasta que la madre fijose en que *Merceditas* no tenía colgada del cuello, una medalla de oro que le había regalado el día de su santo.

—¿Dónde has puesto la medalla?— le preguntó sin alterarse.

—Me la tragué sin querer— contestó medio ruborosa.

—¿Y por qué no me lo *dijites*?

—¡Oh, yo creí!...

—Quizá sea lo que te tiene *asín*.

—¡Quizá!...— repuso ella para disimular, cerrando los ojos.

Y sin más palabras caminaron rumbo a la casa del médico, en busca de solución a la causa del mal que la aquejaba.

Una vez en el despacho, la madre, a su manera, comenzó a contar lo que tenía su hija, sin acordarse de lo que había pasado con la medalla. Procedió el facultativo a su reconocimiento y pronto se dio cuenta de lo que sucedía, mordiéndose los labios para disimular los apuros que estaba atravesando, en espera de decírselo a la madre cuando estuvieran solos. Y entonces, como pájaro que llega a la enramada, se acordó de la medalla y entabló el siguiente diálogo:

—Oiga *Dotor*, mi niña se tragó una medalla de la Virgen del Carmen.

—¿De la Virgen del Carmen?— contestó haciéndose el nuevo y creyendo encontrar en ella la salvación del momento. —¿Y cómo es esa Virgen?

—La que tiene un niño en sus brazos—, replicó satisfecha, en tanto el galeno sudaba y sudaba por evitar la escena que se acercaba.

—Miraré por la pantalla a ver si se ve la medalla, dijo, en busca de un compás de espera al temporal que se avecinaba e hizo la correspondiente exploración para disimular el papel que estaba representando. Y al encender la luz, la madre presurosa le pregunta:

—¡Qué! ¿Se ve la Virgen, usted?

Y agarrándose de aquel clavo porque se había dado cuenta de que la madre era una simplona, le respondió, exhalando un contenido suspiro:

—La Virgen, señora, no se ve; el niño sí.